

LA REINA DE LOS CIELOS

POÉTICA Y CIENTÍFICAMENTE

CONSIDERADA.

TOMO II.

LA REINA DE LOS CIELOS

CIENTÍFICAMENTE

CONSIDERADA;

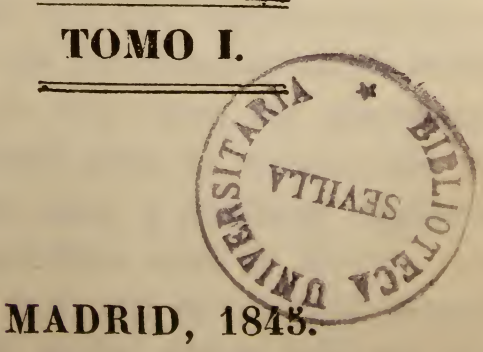
Ó

PENSAMIENTOS ACERCA DE SUS GRANDEZAS, SACADOS DE LAS CONFERENCIAS TEOLÓGICAS Y ESPIRITUALES DEL P. D'ARGENTAN.

POR

D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL.

TOMO I.



MADRID, 1845.
Imprenta de D. José Felix Palacios.

A LA CORTE DE MARIA.

Aun se piensa en los dias de la eternidad. Todavia no es el oro el dios de todos los hombres. El estruendo del mundo desalado en pos de las vanidades aun no ha hecho callar los suspiros de la oracion. De entre las cenizas de los templos se levantá el espíritu de la antigua religiosidad española. Las nubes de esta atmósfera de corrupcion las rasga de cuando en cuando una luz celestial. No la ven sobre la tierra los ojos que alguna vez no se elevan al cielo. Desdichados. Ojos de carne que ven romperse los lazos de la sociedad y no ven los movimientos de ternura, que en derredor de ellos hacen las almas espirituales encadenándose para la eterna vida de la gloria. Yo he visto nacer y dilatarse rápidamente la sencilla y piadosa corte de Maria, encerrando como en una red de caridad divina la aristocracia de la virtud que se halla en los pobres conventos de las esposas de Dios y la del si-

glo representada por matronas de la mas alta nobleza. Su objeto es visitar diariamente á la Reina de los cielos pidiéndole para todos los asociados una muerte dichosa. Esta vida de tumulto que llevamos en el valle de lágrimas, tiene un término nada lejano. Varias veces he creido que ya se estrellaba la mia en el sepulcro. Todos los mortales nos hallamos en este caso. ¿Qué es muerte? ¿Qué es eternidad? ¿Qué es la Reina del cielo? El corazon lo siente. El entendimiento lo vislumbra. Y mi alma agradece la existencia de una asociacion religiosa, cuyo pensamiento es muerte feliz y eternidad de gloria por la omnipotencia de intercesion, que dá á su tierna Madre el Juez del humano linaje. ¿Y no será del agrado de Maria que á su corte querida ofrezca yo esta obra tan propia para confirmar su santo propósito de venerarla y amarla como á sublime hechizo de corazones cristianos?

Corte de Maria, ten por tuya esta recopilacion de las grandezas de tu adorada Emperatriz (1).

(1) Véase en el prólogo que está al frente del primer tomo, lo que en él se dice acerca de esta obra del P. D'Argentan.

CAPITULO I.

Consideremos primeramente los magníficos designios del supremo Hacedor sobre Maria. Ahora no trata como al principio de los siglos de fabricar un mundo, que es una casa para morada del hombre. Propónese construir para mansion de su infinita Magestad un augusto palacio, que sea la mas hermosa fábrica de sus manos, y por su excelencia se aventaje á este grande universo tanto cuanto el mismo Señor que ha de habitarlo es mas digno que el hombre, su hechura y su vasallo, para quien con solo una palabra sacó la tierra del seno de la nada. A nuestro modo de entender las

tres Personas de la inefable Trinidad tienen en la creacion de esta Señora un interes inmenso.

El Padre que no tiene mas que un solo hijo natural y consubstancial, quiere tener una hija que le dé muchos hijos adoptivos, de los cuales se forme una familia numerosa. El Hijo único que tiene Padre, pero no madre segun su generacion divina, quiere tenerla segun su humano nacimiento digna de él y de la alteza de su destino. El Espíritu Santo, que es la única persona estéril dentro de Dios, desea formarse una esposa, á quien en cierto modo deba esa misteriosa fecundidad, cuyo dulce fruto es la persona del divino Jesus. Por último toda la adorable Trinidad quiere tener un bellísimo templo entre los hombres. Tal es su admirable designio en la predestinacion eterna de la Reina del cielo.

En honra de tan profundo misterio acostumbran muchas almas devotas saludarla frecuentemente con esta expresiva jaculatoria:

Ave, Filia Dei Patris,
Ave, Mater Dei Filii,
Ave, Sponsa Spiritus Sancti,
Ave, Templum totius Trinitatis.

Dios te salve, Hija de Dios Padre, Dios te salve, Madre de Dios Hijo, Dios te salve, Templo

de toda la Trinidad. Maria es el templo, es propiamente el mundo de la Santísima Trinidad, segun la rica frase de San Bernardo: *Eam tanquam specialissimum mundum Deus sibi creavit.*

Antes que él habia escrito S. Cipriano: Leo y concibo que Maria es un mundo espiritual y en gran manera admirable, cuya tierra firme es una humildad profunda, cuyo dilatado mar es una caridad inmensa, cuyo cielo es una contemplacion sublime, cuyo sol es una completa inteligencia de las cosas divinas, cuya luna es la hermosura y la pureza, cuya estrella matutina es el resplandor de una santidad perfecta, cuyas estrellas y demas astros son las maravillas de las mas altas virtudes.

Volvamos á S. Bernardo, el cual en menos palabras dice mas en su cuarto sermon sobre la salve. No hay virtud, asi se expresa este sol de la Iglesia, ó Reina del cielo, que no resplandezca en tí, y tú sola posees en todo su grandor cuantas virtudes se hallan repartidas en la innumerable multitud de los santos. *Quidquid singuli habuere sancti, tu sola possedisti.*

Bien puedo ahora añadir que si bien es del número de las criaturas humanas, sin embargo parece de una condicion tan privilegiada que en

ella es gracia todo cuanto en las otras se llama naturaleza. Tiene un cuerpo como las otras, pero es obra de la gracia, no habiendo logrado sus padres estériles y ancianos este fruto de bendicion, sino por especial privilegio de aquella. Tiene un alma como las otras; pero es un alma tan pura, tan santa y exenta de toda imperfeccion que en ella jamás se ha visto pecado alguno ni original, ni actual, y ni aun la mancha mas imperceptible. *Et macula non est in te. Cant.* 4. Pasiones tiene en su alma como las otras; pero tan lejos están de todas las flaquezas naturales de las otras, que en ella, asi como en Jesucristo, solo han servido para la ejecucion de los mas nobles designios de la gracia: mas bien habian de llamarse virtudes animadas que pasiones naturales, porque en ellas no habia ni sombra de aquella corrupcion de la naturaleza que á las otras inclina hácia la tierra, pues estaban abrasadas en un fuego divino que las levantaba al cielo, y á las cuales el sabio llama vapor de la virtud de Dios. *Vapor virtutis Dei. Sap.* 7, *v.* 25.

Y para decirlo todo en una palabra, la excelencia y perfeccion de esta magnífica obra maestra de la mano de Dios es tal que siendo una obra de la gracia, jamás siguió otro impulso que el de la

gracia, recibiendo de ella sus movimientos como una emanacion de la claridad del Omnipotente, para servirme de las palabras del sabio. Y Dios que la ha hecho tan grande y preparado para sí mismo, quiso igualmente ser el principio inmediato de su ser y la causa de todas sus operaciones. ¿A quién no asombran las maravillas de tan hermoso mundo? Hé aqui de lo que se trataba en la singular predestinacion de la Santísima Virgen, que es un mundo de gracias hecho expresamente para tabernáculo de las tres Personas de la adorable Trinidad.

¡Oh Maria! ¡oh Madre! ¡Cuán inefables son vuestras grandezas! Cuán incomprensibles al hombre! Habeis sido hecha de propósito por la mano omnipotente para tabernáculo de Dios: vuestro único Hijo que habita en el seno augusto de su Padre, desciende á la tierra ocultando en verdad, pero no deponiendo su majestad divina, y viene á hospedarse en vuestro seno virginal, no juzgándolo indigno de su infinita alteza. ¡Tanta es la proporcion que media entre uno y otro! Las delicias que eternamente goza en el seno de su Padre, le bañan en eterna alegria; pero las que gustó en el vuestro, le enamoraron y transportaron de tal suerte que le hicieron entrar en un éxtasis dulcí-

simo y caer desfallecido de amor en vuestros brazos.

Singular prerogativa de la eterna predestinacion de la Santísima Virgen fue haberla el Señor predestinado á la gloria antes que á todas las demas criaturas angélicas y humanas. Esta es la primer ventaja que lleva á todos los seres creados. ¡Quién imaginará la abundancia ó el precio de las riquezas divinas, que en ella derramaria aquella primera efusion de la bondad del Excelso! Figuraos un torrente hinchado hasta el extremo con extraordinaria avenida de aguas, é impaciente por romper sus diques para dilatarse corriendo y desahogar su cauce represado: aunque esta comparacion sea demasiado baja para significar la abundancia de las infinitas riquezas que la Divinidad atesora; no obstante, ¿quién será el primero que reciba la primer efusion, ó si de esta manera es lícito expresarse, el primer derrame impetuoso de aquel gran torrente cuando se rompa en la predestinacion de los santos?

Venid, Virgen inmaculada, vos sois la primer persona digna de recibirle, y vos sereis la primer persona predestinada á la gloria: vuestra plenitud será mayor que la de todas las demas criaturas predestinadas, pues sola vos sobre todas teneis suficiente capacidad y amplitud para recibir y en-

cerrar en vuestro seno la grandeza de la Majestad divina, que la vasta extension de los cielos no pudo comprender: *Quem cœli capere non poterant, tuo gremio contulisti.* ¡Oh Virgen! ¡Oh la primera y la mas bella obra de la divina predestinacion! ¡Oh cuán copiosa fuente de alegria no es para vuestros fieles siervos el veros levantada á tan alta cumbre de grandeza y de gloria! Todos los predestinados debieran tener fijos en vos el corazon y los ojos para contemplaros, admiraros y amaros, porque vos á la cabeza de todos ellos sois la primera que levantais el vuelo á la region de perdurable gloria.

Lo que á Maria ensalza sobre todos los bienaventurados y le da una preeminencia exclusivamente suya, es el haber sido predestinada de un modo tan privilegiado y admirable que entra en cierta manera á dividir todas las cosas con el Eterno Padre y con su Hijo en la obra sublime de la predestinacion de los santos. Ella por su único Hijo y en él es uno de los principios que concurren á la predestinacion y salud de los elegidos; pues como es imposible que Jesucristo lleve á cabo la predestinacion de un solo hombre sin el concurso de su Eterno Padre, porque sin él no seria Dios; asi es igualmente imposible el que la lleve

á cabo sin el concurso de su Madre, porque sin ella no seria hombre.

Por esta causa todos los elegidos están como encadenados con la Santísima Virgen, y se asegura con sobrado fundamento que es señal evidente de la predestinacion de un alma el que tenga con ella una union íntima y fuerte, una tendencia de corazon que suavemente la incline á serle devota, á servirla y amarla. De aqui las imponderables obligaciones que tenemos para con el Padre, el Hijo y la Virgen que manejan el negocio interesantísimo de nuestra eternidad. ¿Por ventura hemos sondeado este abismo? No, aun no hemos penetrado esta verdad sublime; á nadie es dado descubrir su misteriosa profundidad, sin que sean sus ojos iluminados por la luz del dia grande del Señor. No haremos mas que columbrarla á lo lejos hasta que la beatífica vision de Dios nos descubra toda verdad en su principio.

¿Dónde está pues la gratitud que debemos á esta Madre de nuestro Salvador y de nuestra salud? ¿Cómo no la miramos con el mas respetuoso acatamiento? ¿Cómo no ponemos el mayor empeño en complacerla, formándonos á ejemplo suyo en todas las virtudes? ¿Cómo no la honramos, servimos y amamos con una devocion llena de ce-

lo, de ternura y respeto? ¿No es un deber nuestro el que crezca su amor todos los dias en nuestros corazones, y que nuestro mayor deseo sea morir con su nombre dulcísimo en los labios, y exhalar en sus manos el alma á fin de que la presente á Dios como un fruto maduro para la gloria, merced á su poderosa intercesion?

¡Ay, cuán mal juzgamos de las cosas de Dios con las débiles luces de nuestra razon enferma! Sabemos que la predestinacion es un decreto libre de la divina voluntad, que manifiesta en ella un amor infinito á las almas predestinadas, pues las conduce á la eterna posesion del bien infinito; y de estos antecedentes juzgamos que todo deba ser felicidad en la predestinacion de los elegidos, siendo esta el efecto de un amor infinito, cuyo único deseo es colmar de bienes al objeto amado; y semejante juicio nos parece muy justo.

Y no obstante es contrario á esto lo que pasa á nuestra vista; pues si hay adversidades en esta vida, comunmente aquejan á los buenos, es decir, á los elegidos, mientras los que no lo son, viven muchas veces halagados por la fortuna y en la abundancia de las satisfacciones humanas. Mas nos engaña nuestra ignorancia, haciéndonos juzgar por solo la apariencia. El engaño consiste en que re-

putamos desgracia lo que en realidad es con respecto á los justos una gran ventura, pues las cruces son el camino mas seguro de la salud. Y nosotros llamamos fortuna y prosperidad lo que realmente es una espantosa miseria respecto á los enemigos de Dios, pues quien no tenga parte en la cruz, no la tendrá en la salvacion. Pero no se piensa ni se habla asi en el mundo; y si alguno quiere pasar por loco no tiene mas que manifestar semejantes sentimientos; y quien quiera perder su tiempo no tiene mas que esforzarse en persuadirlos al mundo.

Cierto es que la necia sabiduria de los mundanos usa de muy diverso lenguaje; pero ¿merece crédito? Si somos cristianos, ¿cómo no tenemos oidos para escuchar lo que S. Pablo nos dice, que aquellos á quienes Dios ha predestinado deben ser conformes á la imagen de su único Hijo? El oráculo de la fe es quien asi nos habla: no nos es permitido dudarlo. Es innegable que nadie puede estar predestinado á ser hijo adoptivo de Dios si con aquel modelo no tiene semejanza: él es el único original de todos los predestinados: todos los demas no son mas que copias; estudiemos aquel original y veremos en él verdades claras como el sol, que nos suministrarán harto motivo

para maravillarnos de nuestra pasmosa ignorancia.

Al decirnos la Escritura que Jesucristo fue predestinado á ser hijo de Dios, ¿querrá tal vez darnos á entender que tendria toda suerte de bienes, de honores y de prosperidades temporales? Creemos que su predestinacion lleva consigo el señorio de toda especie de bienes, tanto los temporales y corpóreos como los espirituales y eternos; porque si asi no fuese, la predestinacion no seria el efecto de un amor infinito. Preciso es pues considerar todo lo que Dios le ha dado como bienes y ventajas de un precio inestimable. Veamos ahora á qué le ha predestinado.

¿Acaso á los honores? No, pues fue despreciado, y hecho objeto de oprobio, de vergüenza y de toda suerte de abyecciones; esto es lo que no tiene por sí mismo, sino lo que le da su predestinacion; luego semejantes ignominias son bienes dignos del infinito amor que Dios le manifiesta predestinándole á ser su hijo, por mas que nuestra ignorancia nos los haga ver como males, por mas que la naturaleza rehuse admitir esta doctrina, teniéndola por loca. Quéjese empero, grite y se desespere; á pesar suyo subsistirá eternamente la verdad divina; las humillaciones son las señales y los efectos de la eterna predestinacion de los hi-

jos de Dios, no los honores ni la vana gloria del mundo.

¿Le habrá predestinado á las riquezas, á las dignidades y al poder? No, sino á la pobreza, á la dependencia y á la privacion de todas las comodidades de la vida. Es evidente que todas estas cosas se las dá el mismo amor infinito, que le ha predestinado á ser Hijo de Dios; por consiguiente se ha de confesar que son bienes inestimables: pues es imposible que no sea un bien todo aquello que dá un amor infinito al objeto amado. Luego es indudable que se engaña la loca sabiduria del mundo apellidándolos males. ¡Oh Dios, cuán sublime doctrina! ¿Cómo comprenderá la prudencia de la carne una filosofia tan opuesta á los sentidos y á la naturaleza? Mas es la misma verdad quien nos la enseña.

En una palabra, Jesucristo no fue predestinado para gozar placeres, sino para ser una víctima sumergida en un piélago de padecimientos; no para la inmortalidad, porque la posee por sí mismo, sino para ser capaz de morir; no para tener la omnipotencia, sino la flaqueza; no para tener la inmensidad, porque le es inseparable, sino para aparecer en la pequeñez y para ser como anonadado: y toda alma predestinada debe esperar

que Dios la trate del mismo modo que trató á su Hijo y juzgarse tanto mas afortunada y mas segura de su predestinacion, cuanto mas rica se vea de esta especie de bienes que males llama la locura del mundo.

Asentado este indudable principio, si se pregunta qué ventajas sacó la Santísima Virgen de haber sido predestinada á ser madre de Dios, responderemos que la de tener mas conformidad que ningun otro con la predestinacion de su único Hijo, participando mucho mas que ninguna otra criatura de las calamidades de su vida mortal, siendo despues de Jesucristo la mas humilde, la mas pobre, la mas atribulada, la mas despreciada y anonadada á los ojos del mundo; pues amándola en extremo, debe haberle prodigado con mucha mas largueza que á ninguna otra criatura las riquezas de tribulacion, que recibió de su eterno Padre en virtud del decreto de su divina predestinacion.

Maria es una pobre doncella, nacida en verdad de padres nobilísimos, pues cuenta entre sus abuelos gran número de príncipes, reyes y patriarcas; no obstante es mujer de un pobre carpintero, obligada á comer con el trabajo de sus manos; es madre de un hombre crucificado, á

quien para confusion suya vió ajusticiar por inhumanos verdugos y sufrir una muerte infame y dolorosa entre dos foragidos ladrones, y en presencia de muchos pueblos venidos á Jerusalen desde lejanas tierras con motivo de la celebridad de la pascua, los cuales habian de extender por la redondez del orbe la noticia de aquella infamia.

¿Y es esta la gloria de que en esta vida os rodea vuestra admirable predestinacion, ó Santísima Virgen? ¿La dignidad de madre de Dios no os da mas privilegio que el de ser la mas afligida y la mas desgraciada de las madres, segun los juicios humanos? ¡Oh cuánto se elevan sobre nuestro entendimiento los consejos de Dios! A juicio del mundo debia la madre de Dios exceder tanto en riquezas, en gloria y poderio á todas las magestades de la tierra, cuanto se encumbran estas sobre el mas ínfimo del pueblo; pero el mundo está ciego, y lo que él llama grandeza, Dios lo mira como bajeza indigna de sí y de su Madre querida; y lo que él llama pequeñez y miseria, mira Dios como verdadera grandeza digna solo de él y de sus escogidos.

CAPITULO II.

San Pedro Damian nos dice que Dios sacó el santísimo nombre de Maria del tesoro de su Divinidad expresamente para darlo á su querida Madre: *Statim de thesauro Divinitatis Mariæ nomen evolvitur. Damian. Serm. 11 de Anunc.* Y con esto nos da á entender que las tres personas de la adorable Trinidad tuvieron parte en su imposicion: el Padre contribuyó dándole su único Hijo, puesto que Ruperto Abad no teme decir que el Hijo no es otra cosa que el nombre del Padre, siendo una palabra que expresa completísimamente su esencia y perfecciones. Ahora bien,

si el Verbo expresa al Padre, expresa tambien á la Madre, pues es la misma persona quien da al uno el nombre de padre y á la otra el de madre, y establece entre ella y Dios un parentesco real y verdadero; lo que propiamente significa el nombre de Maria, en sentir de S. Ambrosio, quien asegura que Maria quiere decir: Dios es de mi familia ó de mi parentela: *Speciale Mariæ hoc nomen invenit quod significat, Deus ex genere meo.* No vemos de cuál raiz de las lenguas hebrea, griega ó latina haya sacado S. Ambrosio esta interpretacion; pero su autoridad nos basta para recibirla. ¿Y quién sino la Virgen puede llevar un nombre de tan augusto significado?

¡Oh gloria! ¡Oh soberana excelencia del nombre de Maria! Si se pregunta cuál es su origen, se nos responde que se sacó como preciosa joya del tesoro de la divinidad. *De thesauro divinitatis Mariæ nomen evolvitur.* Fue dado á la Santísima Virgen por todas las Personas divinas como prenda de la íntima alianza que ansiaban hacer con ella. ¿Pues quién no confesará que solo á ella toca llevarlo propiamente? Las que por privilegio lo tienen, deben guardarse mucho de deshonrarlo; y están obligadas mas que otras principalmente á tres cosas. 1.° A no hacer nada indigno del nom-

bre que llevan, pues como escribia S. Bernardo al Papa Eugenio, muy acre y fundadamente se puede reconvenir á los que heredando un gran nombre lo deshonran con una vida poco arreglada. 2.º Aficionarse mas particularmente á la devocion y servicio de la Virgen; puesto que en el mero hecho de llevar su nombre hacen una pública declaracion de pertenecerle, y si no cumplen con los deberes de fieles servidoras, será para ellas una contínua reprension de su infidelidad el mismo nombre sacratísimo que se les dió en la pila del bautismo. 3.º Están obligadas á amar á Jesucristo tierna y respetuosamente, ya que llevan el celestial nombre de su Madre.

¡Oh Maria! exclama S. Anselmo transportado de alegria y admiracion. ¿Cuál seria nuestra pobreza si el Padre de las misericordias no os hubiese sacado de sus tesoros para daros á nosotros? ¡Oh dicha! ¡Oh dulce esperanza! Yo siento que mi corazon quiere amaros, que mi boca anhela alabaros, que mi mente ansia contemplaros, que mi lengua desea pediros y que mi alma suspira por ser toda vuestra: recibidla, sostenedla, defendedla, conservadla, que en vuestras manos no podrá perecer.

Investigando S. Anselmo y S. Pedro Crisólogo

cual fuese la significacion del nombre de María, hallaron que en el original siriaco y hebraico queria decir señora, ó reina soberana, ó dominadora; y á la verdad que ella por doquiera domina como soberana en el cielo, en la tierra, y hasta en el infierno. Entremos por un momento en cada una de estas tres partes de su imperio para observar en ellas su absoluto dominió.

Si subimos al cielo, veremos que no lo pueblan sino reyes y reinas, no admitiéndose á nadie en aquella region de bienaventuranza sino para ponerle en las sienes una corona de gloria segun estas palabras del Evangelio: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la creacion del mundo.» Y estas otras: «No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre se ha complacido en daros un reino.» ¡Cómo ponderar la amabilidad de tal Padre! ¡Cómo describir la magnificencia de aquel divino Glorificador, que hace reyes excelsos á todos sus vasallos! *Solus Deus de servis suis decrevit facere reges.*

Pero si todos los bienaventurados son otros tantos reyes y reinas que verdaderamente poseen el imperio de Dios, es cierto que solo á la Santísima Virgen se ha dado ser la soberana y la absoluta reina de esa esplendorosa muchedumbre de

inmortales monarcas. Ni temamos que esta asercion defraude el mas mínimo grado de gloria á la suprema grandeza de Dios, pues cuando llamamos soberana á Maria, nuestro ánimo no es hacerla independiente de Dios. Esto seria blasfemia. Ni un ápice pierde la gloria de su unigénito Hijo por haberla levantado él mismo á la mas excelsa cumbre de su imperio; al modo que Salomon nada perdió de su poderío por asociar á su imperio y sentar á su madre Bersabé á la derecha de su trono. No es por consiguiente una diminucionsino una ampliacion de la suprema grandeza de Jesucristo el que á su digna Madre sea extensiva.

La Iglesia, fiel intérprete de las intenciones de su divino esposo, cantando á voz en grito sus alabanzas, llámala reina de los ángeles, reina de los patriarcas, reina de los profetas, reina de los apóstoles, reina de los mártires, reina de los confesores, reina de las vírgenes y reina de todos los santos. Si lo es como lo publica la Iglesia, infalible órgano del Espíritu Santo, ¿no tendrá Maria derecho de mandar en todos ellos? ¿No están obligados á rendirle la obediencia y homenajes que tales súbditos deben á su augusta soberana? Dichosa el alma á quien toma bajo su proteccion,

porque sea cual fuere la angustia en que nós hallemos sumergidos, puede muy bien mandar que nos saque de semejante abismo á cualquiera de los santos innumerables ó de los querubines que mira prosternados al rededor de su trono.

Ella fue quien envió á S. Juan Evangelista á instruir en el misterio de la Santísima Trinidad al taumaturgo obispo de Neocesarea, como en su vida lo refiere S. Gregorio Niseno. Ella quien envió al mártir S. Mercurio á dar muerte á Juliano apóstata, cuando este mónstruo se proponia arruinar la Iglesia, como lo asegura el santo doctor de Nacianzo. Ella quien envió á los ángeles á ahuyentar de Roma aquella terrible peste, que la infestaba en el pontificado de Gregorio el grande, los cuales en accion de gracias de tan señalado beneficio, hicieron resonar los aires con cánticos de alegria, siendo los primeros que entonaron la magnífica antífona que desde entonces canta la Iglesia en su júbilo pascual: *Regina cœli, lœtare, alleluja: quia quem meruisti portare, alleluja: resurrexit sicut dixit, alleluja.* Y Sigonio afirma que viendo S. Gregorio envainar la espada vengadora al angel exterminador, en medio de aquella angélica armonia, añadió el último versículo: *Ora pro nobis Deum, alleluja.*

Volvamos ahora del cielo á la tierra, y veremos que Maria ejerce sobre ella su dominio soberano de una manera admirable. Hablando S. Cirilo de Alejandría en el Concilio de Efeso, puso en boca de la Señora las siguientes palabras: *Per me reges regnant.* Por mí reinan los reyes: y esta aplicacion del sagrado texto que literalmente se entiende de la divina sabiduria, fue aplaudida por todos los Padres del Concilio. O reyes de la tierra, cuán dichosos seriais si conocieseis á fondo esta verdad, y si por un sentimiento de justa gratitud pusieseis á sus pies vuestro reino, vuestras coronas y personas, como S. Esteban de Hungría, que la proclamó reina absoluta de sus estados, declarándose su primer vasallo.

Si podemos decir que reina cual soberana en el imperio que Jesucristo tiene en el cielo, ¿no lo diremos con respecto á la tierra? ¿Pues en qué rincon del orbe católico no se la honra mas que á todos los otros santos? ¡Qué de Iglesias consagradas al culto divino bajo su advocacion! ¡Qué de capillas, oratorios y cofradias! ¡Cuántas órdenes religiosas, que hacen especial profesion de consagrarse á su servicio!

Si bajamos en espíritu hasta el infierno, veremos que su dominio se extiende aun á aquellas

mazmorras de dolor; y por esto S. Bernardino de Sena le atribuye estas palabras del Eclesiástico: *Gyrum cœli circuivi sola, et profundum abyssi penetravi.* Yo sola formo el círculo del cielo y he penetrado hasta el fondo de los abismos.

Ni se diga que en el infierno no se ven mas que rigores de justicia, y que jamás se ha oido llamar á la Santísima Virgen madre de la justicia, sino siempre madre de misericordia, madre de la divina gracia; y que asi no es creible que haya rigores en su dominio. Observemos cuál fue la sentencia que Dios pronunció en el paraiso cuando la rebelion del hombre: le condenó á la muerte y aunque tal pena parezca rigorosa, fue igualmente fulminada á la mujer, á quien en la sentencia se le añadieron los dolores del parto; pero la serpiente, ó el diablo enmascarado bajo su figura, que siendo la primer causa del mal, era tambien el mas culpable, fue castigado con mayor severidad. ¿Seria que se le precipitase en el infierno? No, porque ya para entonces estaba ardiendo en aquel océano de fuego por el pecado de su propia soberbia; pero la malicia que le indujo á seducir á nuestros primeros padres, merecia un suplicio en cierto modo mas cruel que el mismo infierno.

¿Cuál será este suplicio? El de llevar todo el peso del odio de la Santísima Virgen: *Inimicitias ponam inter te, et mulierem:* el estar privado de la vision de Dios y verse hecho blanco de su odio, es lo esencial de su condenacion; mas el verse privado de la dulce compasion de la Madre de misericordia y hecho objeto de su eterna indignacion, es el colmo de su infierno; porque su soberbia siente el verse humillada á los pies de la mas humilde de las criaturas mas que el estar agobiada bajo el peso del justiciero brazo del Omnipotente. Le son intolerables los tormentos que ella le hace padecer; primeramente porque en su virginal seno se efectuó el misterio de la Encarnacion, por el cual nuestra naturaleza se encumbró al infinito sobre la de los ángeles en la persona de Jesucristo, preferencia que motivó la rebelion y condenacion de los ángeles malos.

En segundo lugar, porque ella es quien se opone á todos los designios de los demonios, frustrando sus asechanzas en orden á una infinidad de almas devotas suyas, á quienes toma bajo su proteccion; confundiendo todas las herejías que ellos suscitan para arruinar la Iglesia, cuya madre es á la manera que Jesucristo es su padre. En una palabra, su odio y sus justas venganzas contra el

infierno son universales cuanto á los tiempos y á los lugares y contra todas sus maléficas empresas. Piensa S. Buenaventura que estos odios mortales se hallan expresados en el nombre de Maria, que él interpreta un mar amargo. Dice que asi como Faraon fue sumergido con sus huestes en el mar rojo, asi todas las hordas infernales sucumben al pie del muro de poderosa proteccion con que la Santísima Virgen rodea y ampara á los hombres; y de esta suerte ejerce su formidable dominio sobre el abismo.

Entre cuantos hayan recurrido al nombre de Maria, no se hallará uno que no haya experimentado lo que con tanto fervor de espíritu escribió S. Efren, á saber, que ella es verdaderamente la estrella del cielo que nos ilumina en nuestras tinieblas. ¿Cuántas veces en efecto el solo nombre de Maria nos ha hecho acordarnos de Dios y volver á la senda de nuestros deberes? Que ella es verdaderamente la ciudad de refugio en que pueden salvarse los que se ven perseguidos de muerte. ¿Y cuántas veces combatida con ímpetu nuestra alma por las tentaciones del demonio no ha hallado su reposo y seguridad en la invocacion del nombre de Maria? Que ella es la verdadera arca de la alianza y el verdadero propiciatorio. ¿Y

cuántas veces no nos ha alcanzado la paz con Dios, haciéndonosle propicio con su poderosa intercesion cuando mas irritado le teniamos con nuestras culpas? Que ella es verdaderamente el alivio de los enfermos y el consuelo de los afligidos. Seria preciso escribir innumerables volúmenes si se tratase de referir los millones de ejemplos de los que viéndose como abismados en un mar de tristeza y de dolor han arribado á puerto de salud con la invocacion del dulcísimo nombre de Maria. ¿Veriamos sin cesar correr pueblos enteros á los santuarios que llevan el nombre de Maria, si la experiencia no les hubiera enseñado que cuantos la invocan hallan alivio y remedio para todas las dolencias humanas?

¿Cómo no habia de ser aquel divino nombre una fuente de salud, estando todo lleno del Salvador? Quien dice Maria dice la Madre del Salvador del mundo; y quien dice la Madre del Salvador, dice un tesoro que encierra las infinitas riquezas del Padre de las misericordias: él le envia á la tierra para universal remedio de los males que nos agovian; pero quiere que le recibamos inmediatamente de la Santísima Virgen, habiéndole confiado con este fin tan soberano depósito. ¿Quereis saber qué abundancia de virtudes encierra su

nombre? Considerad el tesoro de celestiales riquezas que encerró Dios en su castísimo seno. El nombre de Maria participa sobremanera de la dulzura del divino Verbo; ni hay en el cielo maná mas delicioso, si supiésemos gustarlo y saborearnos con él.

S. Esteban, rey de Hungria, jamás lo pronunciaba sin la mas profunda veneracion; llamábala las mas veces la gran Señora, y todos sus pueblos á ejemplo suyo la llamaban la gran Señora; y siempre que oian el nombre de Maria, inclinaban respetuosamente la cabeza para tributarle todo el honor posible. Si habeis leido la vida de S. Erman, escrita por Surio, habreis observado el singular efecto que producia en él. Postrábase para pronunciarlo y permanecia en tal postura tanto tiempo que habiéndolo observado un amigo suyo y rogádole que le dijese en confianza qué era lo que alli hacia, le respondió: estoy cogiendo dulces frutos del nombre de Maria con indecible regocijo, pues me parece que todas las flores de la tierra y los aromas de los perfumes mas delicados se han reunido aqui para deleite mio, mientras una virtud desconocida se exhala de aquel augusto nombre, cuando lo pronuncio, bañándome en celestial consuelo y alegria; aqui

descanso de todos mis trabajos, aqui me alivio de todas mis dolencias, y quisiera permanecer siempre en esta postura para seguir gustando tan exquisita suavidad.

Un gran siervo de la Reina de los serafines dice que los verdaderos cristianos nunca han separado el nombre de Jesus del de Maria, y que unos los llevan impresos en sus corazones con los caracteres del amor, otros los tienen continuamente en la lengua no cesando de repetirlos y cantar sus alabanzas, otros los llevan escritos ó pintados por su fervorosa devocion, y otros los manifiestan en sus manos copiando en sí su santidad, y que este último modo de honrarlos es la corona y perfeccion de todos los demas.

¿Quién de nosotros, viendo las adorables personas de Jesus y de su Madre, no se arrojaria á sus pies para besarlos y abrazarlos y derramar su corazon en su presencia? Es cierto que estamos privados de tanta dicha; pero consolémonos tomando sus nombres en vez de sus personas, grabándolos en nuestra memoria, imprimiéndolos en nuestros corazones, pronunciándolos muchas veces con el mas profundo respeto, gustando su dulzura y diciendo enternecidos: ¡oh Jesus y Maria! ¿por qué no os vemos? ¡oh Jesus y Maria,

bellezas hechizadoras, á cuya sola vista estáticos los cielos se abrasan en amor! ¿hasta cuándo estaremos privados de vuestra deliciosa presencia?

CAPITULO III.

Admirable es la conducta que observó la divina Providencia con S. Joaquin y Santa Ana, padres de la Reina del cielo. Ella es quien humilla y exalta, quien mortifica y vivifica, quien empobrece y enriquece, y que parece quitarlo todo á las almas á quienes quiere dar con mayor profusion. Humilló á S. Joaquin y Santa Ana, haciéndoles sufrir por espacio de veinte años, segun S. Gerónimo, y de cuarenta segun otros, el oprobio de la esterilidad en su matrimonio, que era un estado de humillacion en el pueblo de Israel y que regularmente acarreaba desprecios, ademas de la

tristeza y aflicciones personales que le eran inseparables; y despues de esta larga prueba de paciencia los coronó de gloria con la fecundidad mas honrosa que hayan visto los siglos, si se exceptua la de su ínclita Hija.

Para probar su virtud hizo que ambos naciesen estériles, conservándolos en tal estado casi hasta la decrepitud, y cuando todo parecia desesperado, y ya habian perdido la lisonjera idea de revivir en su posteridad, les dió aquella preciosa Hija, de la cual habia de nacer la verdadera vida de los mortales, haciendo con tan maravillosa dádiva que jamás muriesen en la memoria de los hombres, y que todas las generaciones los bendijesen por el fruto de su seno.

Ahora bien, si la gloria de su hija proviene del ser madre del Hijo de Dios, como dice el Evangelio, que ha hecho su panegírico con estas pocas palabras: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*; y si Sto. Tomas nos asegura que midiendo sus grandezas por esta dignidad, se halla una especie de infinidad, ¿no debemos discurrir en la misma forma afirmando que la gloria de Joaquin y Ana consiste en ser padres de la Santísima Virgen, pues por ella tienen la dicha de contar entre sus hijos al Hijo de Dios, y por él en

cierto modo pueden mirar á todos los cristianos como su gloriosa posteridad? ¡Ah que si por esta parte medimos su grandeza, veremos que no puede remontarse á mas altura!

¿Pero cómo dispuso Dios aquella tierra estéril para que produjera un fruto tan perfecto? Primeramente viéndose ellos estériles en cuanto á los hijos, se propusieron hacerse fecundísimos en buenas obras: empleaban su vida en ayunos, oraciones y limosnas, muy distantes de la odiosa y sórdida avaricia de aquellos que viéndose privados de hijos que les hereden, se desviven por acumular riquezas, ya porque no pudiendo poner en los hijos su corazon lo ponen en sus bienes, ya porque no esperando otro apoyo en su vejez, se imaginan hallarlo en sus tesoros. Ciegos que no siguen el consejo del Evangelio, que nos exhorta á que distribuyendo las riquezas á los pobres, nos hagamos con amigos en el cielo, á fin de que nos reciban en los tabernáculos eternos cuando nos hallemos sin amparo y sin hogar.

En segundo lugar, considerándose como árboles secos hasta en su raiz, procuraban regar su esterilidad con la abundancia de sus lágrimas, bien persuadidos que las que brotan de un corazon contrito y humillado son á manera de una lluvia del

cielo que fecundiza la tierra donde cae: por esto los compara S. Juan Damasceno á dos tortolillas inconsolables que amándose tierna y fielmente no pueden consentir en que las separe larga distancia. Santa Ana lloraba en su jardin y S. Joaquin en el monte, y sus lágrimas que procedian de una misma fuente, subian juntas al cielo á presentarse de consuno delante de Dios.

Considerando aquellas aguas S. Vicente Ferrer, creyó ver lo que está escrito en el Génesis, que el Espíritu de Dios volaba ó era llevado sobre las aguas. Entiende por el espíritu de Dios al arcángel S. Gabriel, espíritu enviado por Dios y llevado sobre las aguas cuando los consoló asegurándoles que eran oidas sus oraciones y que se cumplirian sus deseos. ¡Oh Dios! qué poderío el de las lágrimas, pues hacen bajar del cielo á los ángeles, los cuales hallan sus delicias en el dolor y las sombras de un corazon afligido! ¡Cuán admirable es su elevacion, pues tienen alas para subir hasta el trono de Dios que jamas las repulsa! ¡Cuán prodigiosa su virtud, pues siempre obtienen cuanto desean! ¡Ay de nosotros que hacemos los mayores esfuerzos para no tener nunca que llorar!

Parece que en vano nos dice el Evangelio:

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados:» el mundo piensa de un modo muy diverso: los que buscan la felicidad como lo hace la mayor parte de los mundanos, huyen de las lágrimas y no quisieran mas que reir y divertirse; y no porque en ellos se haya secado la fuente del llanto, puesto que las calamidades humanas suministran suficiente motivo para llorar; sus lágrimas empero solo sirven para hacerlos mas desventurados. Otras hay que hacen felices y se convierten en alegria: vienen del cielo, son un regalo de Dios; y quien conociera su valor, antepondria una sola lágrima de esta especie á todos los goces de la tierra. Fingieron los antiguos idólatras que su Venus, madre de la deshonestidad, habia nacido de las aguas del mar; y si con esto querian decir que está siempre sumergida en tempestuoso piélago de amarguras, lejos de ser una fábula, es una de las verdades mas comprobadas por la experiencia: pero decir que Maria, madre de la pureza, ha nacido del rocío del cielo, entendiéndose por este rocío las copiosas lágrimas de sus padres, es otra verdad no menos comprobada aunque infinitamente mas dulce y halagüeña; pues si Joaquin y Ana no hubiesen derramado tantas y tan perseverantes lágrimas, no ten-

drian la gloria de haber dado á Dios una madre, á sí mismos una hija toda divina, y al universo el principio de todo bien.

No parece sino que la divina Providencia haya esperado que su avanzada edad como el invierno de su vida hubiese derramado nieve en sus cabellos y yelo en sus venas, extinguiendo los sentimientos de amor que inspira la naturaleza para animarlos con las purísimas llamas del amor divino. Las mujeres de la ley antigua deseaban tener hijos, porque todas aspiraban á ser madres de la madre del prometido Mesias: *Mulieres veteris testamenti ad Mariam tendebant.* Y tan piadoso deseo corregia en gran manera el defecto de la natural concupiscencia. ¿Y se dudaria de que S. Joaquin y Santa Ana, á quienes el arcángel Gabriel habia revelado que alcanzarian tan soberana dicha, no sintiesen abrasado su corazon en el mas ardiente deseo de dar al mundo la madre del Reparador del género humano?

¿Y de dónde nacia este piadoso deseo sino de de su purísima caridad? No tenian mas blanco que la gloria de Dios; no miraban sino á la salud del mundo; no atendian sino á aquella fuente inexhausta de gracias, que habia de convertir tantos millones de pecadores y coronar á innumerable

multitud de ellos en el cielo. Santa Brígida nos enseña que la misma Santísima Virgen ha revelado que sus padres no tuvieron la mas mínima sensacion de placer al producirla, sino que elevadas sus almas en sublime contemplacion de las maravillas que iba á obrar la infinita misericordia por medio de la Encarnacion del Verbo, tenian el espíritu todo embebido en solo Dios, y el corazon abrasado únicamente en su celestial amor. Y en verdad, ¿quién no confesará que de esta suerte debia ser concebida una madre de Dios, la cual permaneciendo virgen habia de dar al mundo á un Hombre Dios por obra del Espíritu Santo?

Maria fue el delicioso fruto de las virtudes de estos santísimos esposos. ¡Cuán magnífico espectáculo ofreceria á los ojos de Dios el conjunto de las mas eminentes cualidades que hermoseaba aquellas grandes almas! ¡Cuán asombroso no es el prodigio de la fecundidad que les comunicáran haciéndoles producir á la madre de un Dios cuando la naturaleza era en ellos impotente!

La religion estaba tan arraigada en sus corazones, que todo su contento fue estar al pie de los altares; y habiendo dividido en tres partes sus bienes, la primera y principal la destinaron al templo. Su adoracion y oraciones eran contínuas,

y sus sacrificios tan frecuentes que muchos han creido que S. Joaquin fuese sacerdote.

La humildad, que es cimiento de todas las virtudes, acompañaba su religion, y fue la que conservó la dulzura y la paz en su alma cuando con grave injuria le arrojó del templo un indiscreto sacerdote en ocasion de haberse presentado á ofrecer al divino altar sus dones: ella quien ejerciendo igual dominio en Ana, la hizo dar gracias á Dios por la afrenta que recibia en la persona de su esposo.

La soledad, el silencio, la oracion y la íntima union con Dios hacian que ambos tuviesen el espíritu muy lejos del mundo y extasiado en el santuario de la divinidad. Ana oraba en su huerto. Joaquin en su desierto oraba sobre el monte á ejemplo de Moises, que despues de hablar íntima y familiarmente con Dios bajó del Sinaí con el rostro tan brillante y encendido que le fue preciso cubrirse con un velo para que el pueblo le mirase sin quedar ofuscado por tantos resplandores. Por lo cual juzgó S. Metodio que era muy creible que Moises hubiese penetrado los secretos divinos y tuviese un conocimiento claro del misterio de la Encarnacion; pues manifestaba al pueblo una imagen suya en aquella gloria divina escondida bajo

un velo; y por consecuencia debia haber visto las grandezas de la Madre del Salvador. ¿Y quién nos arrancaria la piadosa creencia de que Dios comunicase en su oracion igual conocimiento á S. Joaquin con quien la Madre del Salvador tenia relaciones infinitamente mas estrechas?

El ayuno y la limosna se juntaron como en su centro en las almas de S. Joaquin y Santa Ana: el ayuno con sus rigores y sus vigilias, sus vestidos pobres y austeros y demas prácticas de penitencia: la limosna con sus profusiones para alivio de los pobres y consuelo de los afligidos, y demas obras buenas en que los ejercitaba su caridad para con el prógimo, pues á este fin habian destinado la tercera parte de sus bienes. Y asi no hay por que maravillarnos de que habiéndose unido en sus almas estas dos virtudes tan fecundas en obras buenas, les hayan dado aquella admirable fecundidad que produjo á la Madre de Dios.

La hospitalidad era una de las prácticas mas familiares á los antiguos patriarcas, y una de las que mas les merecian las bendiciones del cielo: ella principalmente fue en sentir de S. Ambrosio la que hizo nacer á Isaac de la vejez de Abraham y de la esterilidad de su esposa Sara. ¿Pero quién ejercitó la hospitalidad tan noblemente como San

Joaquin y Santa Ana? Su casa fue albergue de peregrinos y forasteros y de cuantos se veian privados de todo auxilio humano. Hé aqui por qué merecieron como Abraham el recibir á los ángeles del cielo. Pero cuando el mismo Hijo de Dios quiso hacerse peregrino en la tierra, ¿no tuvieron la suprema dicha de hospedarle en su casa de Nazaret que los reyes de la tierra desearian poseer, y mas particularmente en el precioso tabernáculo que le habian preparado? ¡Oh Dios! qué inmenso raudal de alegria cuando al fin de los siglos oigan que á ellos en particular se les dirigen aquellas amorosas palabras: *Hospes eram, et collegistis me*: yo era peregrino y vosotros me recibisteis en vuestra casa!

CAPITULO IV.

No hay duda en que los sagrados libros en ningun lugar dicen con términos expresos que la Santísima Virgen haya sido ó preservada ó contaminada en su concepcion por el pecado original; asi que los testimonios que puedan sacarse de la Escritura no concluirán sino por consecuencias necesarias y por la explicacion que les dan los santos Padres.

Los que se empeñaron en contradecir tan justa y piadosa creencia, citaban aquel texto en que se afirma que todos los hombres mueren en Adan. Pero no han advertido que de esta regla general

es necesario sacar una consecuencia contraria. Veámosla. Es ley comun que los hijos de Adan se contaminen en su concepcion con el pecado del primer padre; luego la Santísima Virgen no está comprendida en ella. ¿Por qué? Por ser privilegio de la Madre de Dios el no estar sometida casi á ninguna de las leyes extensivas á todos los hijos de Adan. Por ejemplo, es ley comun el que las mujeres conciban á sus hijos por la via ordinaria; y la Madre de Jesus no está comprendida en esta ley, pues concibió á su Hijo por obra del Espíritu Santo. Es ley comun que las madres cesen de ser vírgenes al adquirir el título de madres; y la de Jesus no está comprendida en esta ley, pues es una madre virgen, que lejos de perder nada de su virginal integridad la ha perfeccionado engendrando al Hijo de Dios. Es ley general que las madres paran con dolor; y la Madre de Jesus no está comprendida en esta ley, pues Santo Tomas dice que sintió una indecible alegria cuando dió á luz á su divino Infante. Es ley comun que los cuerpos humanos se reduzcan á polvo despues de su muerte; y la Madre de Jesus no está comprendida en esta ley, pues habiendo muerto á semejanza de su Hijo, resucitó como él al tercer dia, y los cielos la recibieron en triunfo cuando subió

á sentarse en el trono mas alto de la gloria.

¿Cuántas leyes generales no vemos que comprenden á todos los hijos de Adan y de las cuales está exceptuada, sin que puedan mostrarse en la Escritura palabras expresas que nos manifiesten esta exencion? Sin embargo, cualquier verdadero católico si llegára á dudar de ella, sentiria una terrible desazon en su conciencia. ¿Por qué pues no se le niega ninguno de estos privilegios que la dispensan de la ley comun? Sin duda porque son inmunidades graciosas debidas á la incomparable dignidad de Madre de Dios; y no pareceria decente que estuviese sometida á estas leyes. Sentado este principio, lo mas debido y lo mas conveniente á la dignidad de una Madre de Dios era una inocencia perfectísima; pues el que su alma estuviese inficionada por el pecado, seria mucho mas indecoroso que el que devorasen su cuerpo los gusanos. ¿No es mas indecoroso decir que fue concebida en la maldicion del pecado original, que no el decir que concibió á su único Hijo por la via ordinaria de las otras madres que es cosa inocente? ¿No es mas indecoroso decir que su alma santa no siempre fue virgen por haber incurrido en el pecado original, que el decir que su cuerpo no quedó virgen asi antes como despues de su

parto divino? Confesemos que si hay alguna ley general de la cual debió eximirla su dignidad de Madre de Dios, fue la del pecado original.

Vemos en la sagrada Escritura á la reina Esther temblar y desmayarse y casi morir de espanto á los pies del trono de Asuero, que habia pronunciado un decreto de muerte contra la nacion á que ella pertenecia. Parece que esta ley general habia de envolverla en la desgracia de todos los judios; pero advertimos que el rey baja de su trono á sostenerla, á ponerle en las sienes la corona, y acariciarla con dulcísimas palabras de consuelo. ¿Qué teneis, hermana mia? ¿Por qué es ese temor, amada mia? No temais, no moriréis, porque esta ley que se ha hecho para todos no se ha hecho para vos: *Non enim pro te, sed pro omnibus hœc lex constituta est.* ¿Y será posible que Asuero tenga mayor poder y bondad para eximir á una princesa, á quien ama, de una ley general que condena á muerte á todos los judios, que Jesucristo para exceptuar á su Madre de la ley general de los hijos de Adan? No es posible: ama á ella sola mas que á todo el resto de las criaturas. ¿Cómo pues habia de tratarla con semejante rigor? No, no podia mirarla como objeto de su cólera en su concepcion como al resto

de los hijos de Adan: *Non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.*

Otra de las razones aparentes con que se ha querido derramar alguna sombra en los resplandores de la inmaculada Concepcion de Maria, es aquella sentencia de S. Pablo, que asegura haber muerto el divino Salvador por todos los hombres, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos sino para aquel que murió por ellos; deduciendo de aqui los que torcidamente entienden este paso, que habiendo muerto Jesucristo por todos, tambien la Santísima Virgen tuvo necesidad de redencion. Es cierto que ninguna criatura tuvo tanta parte en el beneficio de la pasion y muerte de Jesucristo como Maria; ni algun otra fue rescatada con su sangre de una manera tan noble; ninguna se ha reconocido tan obligada á vivir únicamente para él, y ningun otra se dedicó á su servicio con tan admirable fidelidad. Pero engaño es deducir de aqui que hubiese muerto por el pecado; pues de estos antecedentes se infiere por rigorosa lógica lo contrario. Maria tuvo mayor parte que todas las demas criaturas en la gracia de la redencion; luego esta gracia no solo la libró del pecado, como lo hace con todas las demas, sino que la preservó de él, lo cual es un

favor especialísimo. Su hijo la rescató de un modo mas noble que á todas las demas; luego no solo lo hizo librándola de la esclavitud del demonio, sino preservándola de la desgracia de ser ni por un momento cautiva de Satanás. Jesucristo la salvó de una manera mas excelente que á todo el resto de los hijos de Adan; luego no ló hizo permitiendo que se perdiese en el naufragio universal del mundo, sino haciendo flotar esta arca de salud sobre las aguas del comun diluvio. Si asi no fuese ¿cuál seria su privilegio sobre los demas hombres?

Visto ya que en la Escritura no hay nada que favorezca á los que en otro tiempo suscitaron disputas para poner en duda la inmaculada Concepcion de la Reina del cielo; pasemos á observar un texto que contribuye á poner mas en claro el privilegio de Maria. Está escrito en el principio del Génesis que Dios dijo á la antigua serpiente seductora de nuestros primeros padres, ó mas bien al demonio que habia tomado aquella figura: *Yo suscitaré enemistades entre tí y la mujer: tú le pondrás asechanzas, y ella te quebrantará la cerviz.* En este lugar de la divina Escritura no está claramente expresado que la Santísima Virgen haya sido preservada del pecado original en su

Concepcion; pero lo está de un modo oscuro: del modo con que las verdades del nuevo testamento están encerradas en las Escrituras del antiguo que son figurativas. Ahora bien, ¿á quién toca descubrirlas y darlas á conocer á toda luz? A los doctores y á los padres de la Iglesia debemos atenernos para penetrar su verdadero sentido. Pues oigamos á S. Ambrosio, á S. Gregorio, á S. Agustin, á S. Epifanio, á Ruperto Abad y á otros muchos que dicen á una voz que esta mujer es la Santísima Virgen: que la cerviz de la serpiente que ella quebranta, es el pecado original, el cual entra primero como la cabeza de la serpiente es la primera que penetra por donde quiera que esta se dirija. Hé aqui segun la interpretacion de los santos padres el verdadero sentido que el Espíritu Santo tenia encubierto en la oscuridad de aquellas palabras, el cual enseña con bastante claridad que la Virgen triunfó del pecado original en su inmaculada Concepcion.

Pero no es este el único lugar en que la Escritura se declara en favor de este dulce misterio. En el salmo ochenta y cuatro leemos las siguientes palabras: *Señor, vos habeis bendecido vuestra tierra* (aquella tierra viviente de la cual fuisteis formado en vuestra segunda generacion, como dice

el profeta Isaias), *y vos habeis alejado el cautiverio de Jacob.* No se dice en este lugar que Dios libró á Maria del cautiverio, sino que la preservó.

Del capítulo octavo de los Proverbios tomó la Iglesia aquellas palabras que aplica á la Santísima Virgen: El Señor me ha poseido desde el principio de sus caminos, antes que se hubiese *hecho nada, desde el principio.* Cuando el Criador quiso comunicarse á sus criaturas, principió por mirar á Jesucristo como á la mas noble de sus obras fuera de sí, y luego á su divina Madre. Aun no existia Adan ni Eva, ni habia pecado original: pues el primer Adan no fue criado mas que para dar con el tiempo la vida al segundo, que es Jesucristo, y á la segunda Eva que es Maria; y ellos ya estaban concebidos y vestidos de inocencia y de santidad en los eternos decretos de Dios, y lo que concibió en la eternidad, lo ejecutó en medio de los tiempos.

En este lugar debemos apropiarnos la profesion de fe del real Profeta: *Yo os confesaré, Señor, con todo mi corazon en el concilio de los justos, y en su congregacion.* Estamos obligados á recibir con sumisa docilidad y respeto las decisiones de los Concilios como oráculos emanados

del cielo, pues el Espíritu Santo es quien los congrega, los ilumina, y nos habla por su boca. El primer Concilio de la Iglesia celebrado por los Apóstoles, el cual debe servir de modelo á todos los otros, pronunció en esta forma sus decisiones: Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros etc. Asi los verdaderos Concilios de la Iglesia deben usar del mismo lenguaje. Nos cumple pues escucharlos como órganos del Espíritu Santo con profundo respeto é identificarnos en un todo con sus sentimientos.

Los que se han dedicado al sagrado estudio de los cánones, saben cuan honoríficamente hablan de la Santísima Virgen todos los Concilios ora generales, ora nacionales, despues del Concilio general primero de Efeso, habido el año cuatrocientos. Este la llama inmaculada, esto es, exenta siempre de toda mancha de pecado, como interpreta esta palabra el antiguo Sofronio citado por S. Gerónimo: *Ideo immaculata, quia in nullo corrupta. S. Hieron. Serm. de Assumpt.* Es cierto que no dice expresamente que fue inmaculada en su Concepcion; pero el decir que jamás la tiznó mancha alguna, ¿no es excluir de una vez tanto la del pecado original como la del actual?

El sexto Concilio general celebrado en Cons-

tantinopla el año seiscientos ochenta recibió con universal aplauso la carta del gran Sofronio, patriarca de Jerusalen, en la cual llama á la Virgen inmaculada, santa de cuerpo y alma, libre de todo contagio de pecado. ¿Y los padres de aquel gran Concilio habrian aprobado estas palabras, si se hubiera creido en la Iglesia que tuvo Maria la mancilla del pecado original? Medítese bien el texto de Sofronio: *Mariam fuisse liberam ab omni contagione peccati.* Palabras contenidas en la carta en que hacia su profesion de fe. En términos tan claros dice que Maria estuvo libre de todo contagio de pecado: no dice solamente que estuvo exenta de cometer pecados, lo que se entenderia del pecado actual, sino de todo contagio de pecado, lo cual indica el original que se contrae por via de contagio.

El Concilio general segundo Niceno, congregado el año setecientos ochenta y siete y aprobado por el Papa Adriano, habla de ella como entonces hablaba toda la Iglesia, llamándola santísima, inmaculada, irreprensible y mas pura que toda la naturaleza corpórea é intelectual, esto es, mas pura que los ángeles del cielo, los cuales jamás han sido culpables del mas mínimo pecado ni actual ni original. Si el Concilio se contentó con

hablar en general, sin decir que fuese inmaculada hasta en su Concepcion, fue porque en aquellos tiempos no se trataba esta cuestion, y se hubiera tenido por gran irreverencia aun la sospecha de que Maria hubiese sido afeada por el mas mínimo pecado actual ú original.

El Concilio general de Constanza aprobó las revelaciones de Santa Brígida, que están llenas de testimonios formales en favor de la inmaculada Concepcion de Maria.

Pasemos en silencio los muchos Concilios nacionales que han manifestado su piadosa inclinacion á creer sin mancilla la Concepcion de Maria, dándole, como en todos tiempos le ha dado la Iglesia, el bellísimo dictado de inmaculada y mas pura que los ángeles; y oigamos á los padres del Concilio de Trento en el decreto en que se trataba del pecado original, oigámosles declarar que no era su intento comprender en él á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios: *Declarat hæc Sancta Synodus non esse suæ intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, Beatam, et Immaculatam Dei Genitricem.* No habiendo pues querido comprenderla el sagrado Concilio en la ley general del pecado, ¿quién se atreverá á atribuirselo?

CAPITULO V.

El atrevimiento de algunos novadores que de todo dudan, de ningun modo debe servirnos de guia en nuestras opiniones; y tendremos tanta mayor seguridad de acierto cuanto mas nos acerquemos á la fuente de todas las verdades cristianas que es Jesucristo. El agua mas inmediata á su manantial es siempre mas pura y mas saludable que aquella que ya vá lejos: asi las verdades cristianas son siempre mas seguras cuando se sacan de los apóstoles y de los antiguos padres de la Iglesia, habiendo mucho menos lugar á la sospecha de que estén corrompidas.

Poseemos las Liturgías, es decir, las misas de Santiago y de San Marcos el Evangelista, que se hallan al principio de la Biblioteca de los Padres. El primero llama á la Virgen Maria, *santísima, gloriosísima, inmaculada* y de ningun modo comprendida en la esfera de los hombres pecadores. El otro la llama asimismo *santísima*, *inmaculada y bendita siempre Virgen Maria madre de Dios.* Ahora bien, ¿le hubieran dado el glorioso título de inmaculada si hubiesen creido que su Concepcion fue manchada por el pecado original?

Esta verdad ha ido pasando de los apóstoles á los santos inmediatos á su tiempo. San Hipólito obispo y mártir, que vivia por los años doscientos veinte, en su célebre oracion del fin del mundo llama á la Virgen Maria santa é inmaculada. Orígenes que no distaba mucho de aquel tiempo, la llama santa é inmaculada Madre del Santo Inmaculado. ¿No parece que quiere hacer un paralelo entre la pureza del Hijo y la inocencia de la Madre á fin de que ni remotamente pueda nadie imaginarse pecado ni en la Madre ni en el Hijo? ¿No bastan estos dos testimonios para probar cuál era la creencia del tercer siglo? Pues oigamos al taumaturgo de Neocesarea San Gregorio, y nos dirá: Que un angel, que no tiene cuerpo, fue enviado

á una virgen pura é inmaculada. Aquel que jamás fue culpable fue enviado á aquella que es sin mancha y sin corrupcion de pecado. El gran obispo de Cartago San Cipriano nos dice: Que la Santísima Virgen convenia con el resto de los mortales en la naturaleza y no en la culpa. ¿Podian estos antiguos padres expresarse con mas claridad al asegurar que no contrajo el pecado original como el resto de los hombres? ¡Avergüéncense los ignorantes que se atrevieron á sostener que esta doctrina fue desconocida en los primeros tiempos del cristianismo! Lo que está demostrado es que no ha sido impugnada hasta el siglo décimo cuarto.

Doctores aun mas ilustres y en mayor número sostuvieron en el siglo cuarto la Concepcion inmaculada de Maria. San Epifanio, obispo de Salamina, que vivia el año trescientos setenta, dice hablando con la Señora: *Vos sois llena de gracia, ó bienaventurada Virgen, y despues de Dios os aventajais á todas las criaturas: desde vuestro ingreso en el mundo fuisteis mas bella que los querubines y que los serafines.* ¿Y se aventajaria la Hermosa de Nazaret á aquellas nobles inteligencias que no pecaron ni por un instante, si en el momento de su Concepcion la hubiese mancillado el pecado original? San Ambrosio que floreció por

aquel mismo tiempo, escribia aquellas palabras que despues se pusieron en el oficio de la Concepcion: Hé aqui una Virgen en la cual no se ha hallado ni el nudo del pecado original, ni la corteza de la culpa actual. San Gerónimo asegura exponiendo el salmo setenta y siete que *la Santísima Virgen es una nube que jamás estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz*; quiere decir, siempre en la gracia, y jamas en el pecado. Asi preconizaron la inmaculada Concepcion de Maria aquellas grandes lumbreras del siglo cuarto.

Si pasamos al quinto, encontraremos desde el principio á San Agustin, águila de los doctores de la Iglesia: oigámosle disputando con el hereje Pelagio enemigo de la gracia de Jesucristo y que negaba el pecado original. Prueba convincentemente que todos los hijos de Adan se contaminan con la culpa de este en el mismo momento de su concepcion; pero exceptua de ella en términos expresos á nuestra dulce Abogada, por la honra que le ha cabido de ser madre de Dios: *Exceptâ Sancta Virgine Maria, de qua propter honorem Domini nullam prorsus, cum de peccatis agitur, volo habere quæstionem.* Y en otra parte disertando contra Juliano, establece esta máxima fundamental: El no tener la debilidad de caer en el

pecado actual, ni aun en el mas mínimo venial, es prueba evidente de que el alma jamas ha sido herida del pecado original.

Ahora bien, es doctrina católica enseñada por los apóstoles y definida como certísima por el Concilio de Trento que la Santísima Virgen jamás cayó en el mas mínimo pecado actual; luego es segurísimo que jamás fue mancillada por el original. Vemos pues la inmaculada Concepcion de Maria sostenida por el águila de los doctores, y que no solo la apoya con su autoridad, sino que la prueba con la razon.

Consultemos en el mismo siglo á San Máximo, arzobispo de Turin; en el sexto á San Fulgencio, obispo de Ruspa, á San Eligio, obispo de Noyon; en el siglo séptimo al insigne Arzobispo de Toledo San Ildefonso; en el octavo á San Juan Damasceno; en el noveno al santo y sapientísimo autor conocido por el Idiota; en el décimo á San Fulgencio, obispo de Chartres; y todos contestarán á una voz que han creido y ensalzado la Concepcion sin mancha de la Reina y Señora de los Santos.

En el siglo undécimo San Pedro Damian, San Anselmo, Arzobispo de Cantorberi, Ibo de Chartres, San Bruno, Patriarca del orden de la Car-

tuja, todos confesaron y bendijeron la inmaculada Concepcion de Maria. Léanse sus obras y se verán las magníficas alabanzas que tributan á tan soberano misterio.

En el duodécimo vinieron á reforzar el numeroso ejército de los sabios y santos defensores de la inmaculada Concepcion el abad Ruperto, Hugo de San Victor, Ricardo que vivia hácia el año de mil ciento treinta, el maestro de las sentencias Pedro Lombardo, Pedro de Blois, y tantos otros contemporáneos, que se hicieron ilustres por su sabiduria y santidad.

Aunque fuera cierto que San Bernardo y otros varios doctores hubiesen principiado á enseñar que la Santísima Virgen fue concebida en pecado original como el resto de los hombres, ¿qué fuerza tendria una opinion nueva, que no está de acuerdo con el sentir de todos los siglos pasados?

¿Mas por qué se ha de hacer tamaña injuria á estos célebres doctores, que como estrellas luminosas brillaron en el firmamento de la Iglesia? ¿Por qué imputar á varones esclarecidos por su santidad y doctrina y devotísimos de la Señora unos sentimientos tan indignos de la sublimidad de la Madre de Dios hasta creer que haya sido esclava del demonio, objeto de la ira divina, y man-

chada en su Concepcion por el pecado original? ¿Y fue tal por ventura su verdadera creencia? Vamos á verlo con la posible brevedad.

¿No es cierto que segun la máxima legal *testis varius, testis nullus*, nada se puede fundar en la deposicion de un testigo de cualquier calidad que sea, si afirma en pro y en contra? En semejante caso se hallan estos graves autores, cuyos testimonios unas veces son favorables y otras contrarios á la inmaculada Concepcion de Maria.

Con respecto á San Bernardo, cuya carta á los canónigos de Leon se ha citado en apoyo de la opinion contraria; no vacilamos en responder que no los reprendia porque creyesen inmaculada la Concepcion de Maria, sino por haberse avanzado á instituir de propia autoridad su fiesta, sin esperar la de la Iglesia romana, cuyas órdenes debian seguir, muy lejos de prevenirlas. Pero aunque concedamos que San Bernardo en aquel ó en algun otro lugar se manifestase poco inclinado á la inmaculada Concepcion de Maria; es innegable que tambien habló clara y formalmente en favor de ella como en el cuarto sermon sobre los cánticos, donde se leen las siguientes palabras: *Innocens fuisti ex originalibus, et actualibus peccatis, nemo ita præter te*; afirmando que solo ella estu-

vo libre de todo pecado original y actual. Y en la citada carta ciento setenta y cuatro leemos lo siguiente: Dios me guarde de creer que ha sido manchada por ninguna culpa. Es pues indudable que el astro de Claraval jamas se opuso á esta antigua creencia, esperando, como él mismo dice, las determinaciones de la Iglesia romana, á cuyo juicio sometia su carta, dispuesto á mudar de parecer por conformarse con ella. ¿Quién duda que si hoy viviese y viera que va creciendo de dia en dia en toda la Iglesia el fervoroso empeño de honrar la inmaculada Concepcion de la Reina del cielo, no abrazaria el mismo partido de todo corazon?

Santo Tomas y San Buenaventura no han hecho mas que dejarnos en duda sobre su verdadero modo de pensar en este punto, porque como el gran S. Bernardo hablaron en pro y en contra. Leemos en la suma de Santo Tomas: Es verdad que la Santísima Virgen contrajo el pecado original, pero se libró de él antes de nacer. Empero el mismo Santo dejó escrito en el opúsculo cuarto en que expone el Ave Maria: Maria fue purísima cuanto á la mancha, porque no incurrió en el pecado original, ni en el mortal, ni en el venial. Hé aqui un testimonio clarísimo en favor de la inmaculada

Concepcion de Nuestra Señora. ¿Y cuándo podrá afirmarse que dice la verdad? ¿Cuando la defiende ó cuando la combate? Está visto que el santo Doctor buscaba la verdad y no estaba seguro de haberla hallado. ¿Es creible que si hubiese presenciado la magnífica pompa y el entusiasmo ardiente con que nuestra Madre la Iglesia celebra la fiesta de la inmaculada Concepcion, no se hubiese adherido al voto universal que la honra y ensalza como pura y sin mancilla?

En orden á San Buenaventura, si alguna vez manifiesta sentimientos contrarios á la Concepcion inmaculada de Maria, es cierto que otras veces la defiende con tal brio y claridad que admira al paso que persuade. En el segundo sermon que compuso en elogio de esta divina Madre, dice que estuvo llena de gracia previniente en su santificacion, esto es, de una gracia que la preservó del pecado original. *Gratia scilicet præservativa contra fœditatem originalis culpæ.* ¿Podia haberse expresado de un modo mas terminante ni mas favorable á la inmaculada Concepcion de Maria? Si dice lo contrario en alguna otra parte, el seráfico Doctor es un testigo que dice en pro y en contra: si ha habido quien le crea cuando dice en contra, vanagloriemonos de creerle cuando dice en

pro: porque es mas conveniente á la dignidad de Madre de Dios, y no dudamos que siendo Buenaventura tan amante de la mayor honra y gloria de Maria, su mismo corazon le hiciese una dulce violencia á creerla inmaculada.

Demos un paso mas adelante..... ¡Qué innumerable multitud de guerreros viene cubriendo las llanuras, los prados, los valles, los montes y los rios! Parece que mil soles se reflejan en sus brillantes espadas: su marcha es majestuosa: su mirada fulminante: irresistible su brazo: en el estruendo de sus trompas se asemejan á los soldados de Gedeon, en el valor á los de Josué. ¿Quiénes son? ¿Qiénes son? Los defensores de la inmaculada Concepcion de Maria en los últimos siglos. Cuéntelos el que se atreva á contar las estrellas. Refiera sus hazañas quien tenga para verlas mas ojos que rayos tiene el sol. ¿Qué memoria retendria los nombres de estos invictos guerreros? ¿Al menos diremos los de sus capitanes? No, pues son innumerables y vienen de tropel, vienen formando legiones. Mirad reinos enteros, órdenes regulares todas ilustres en santidad y en ciencia, universidades famosas, innumerables Iglesias, y ante todas la Romana, que es la primera, y las que levantan sus torres cerca del

polo septentrional, y las que con los perfumes de sus incensarios embalsaman las regiones del mediodia: todas publican á voz en grito la incomparable pureza de Maria en quien jamás hubo mancha de ningun pecado ni mortal, ni venial, ni original: todo clama la Concepcion inmaculada de la Virgen Maria. Se canta en las Iglesias su oficio, se celebra misa propia de este triunfante misterio, se guarda su fiesta; en los púlpitos se la predica inmaculada; y si aun hay alguno que en su corazon abrigue cualquier sentimiento contrario, preciso es que lo esconda cual lepra vergonzosa, y ya nadie se atreveria á publicarlo ni á defenderlo ni aun privadamente despues de las expresas prohibiciones de los sumos Pontífices.

El Padre Baltasar de Ries, capuchino, en el precioso libro que compuso sobre el privilegio de la inmaculada Concepcion de Maria, formó una especie de asombrosos catálogos de las universidades que se han obligado á defender este misterio, de los doctores que lo han enseñado de viva voz y confirmado con sus escritos, de las órdenes regulares que en sus capítulos generales han decretado que abracen y defiendan tan piadosa creencia todos sus religiosos, de las cofradias y congregaciones que se han erigido en todas partes, y de las

muchísimas indulgencias concedidas por los Papas para estimular la devocion de los fieles á la inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Quien desee enterarse á fondo de tan curiosos pormenores, busque y lea esta obra dignísima de la atencion y aprecio de los verdaderos devotos de la Señora.

Al peso de tantas y tan respetables autoridades añadiremos una razon concluyente. Si tuviésemos la desgracia de pensar de un modo poco honroso á la Concepcion de Maria, ¿qué reconvenciones tan justas y fulminantes no podria hacernos Jesucristo? ¿Por qué quereis, nos diria, hacerme aquella injuria que arrancaba lágrimas al profeta Jeremías: *Confusa est Mater vestra nimis?* Mirad la confusion de vuestra Madre á quien ha corrompido el pecado y hecho esclava del demonio: si lo permitís, ó no podeis ó no quereis preservarla de tamaña afrenta. Si no podeis ¿dónde está vuestra divina omnipotencia? Si no quereis ¿dónde está el amor de un hijo hácia la mejor y mas tierna y amable de todas las madres? Ni lo uno ni lo otro puede proferirse sin pronunciar una blasfemia horrible.

Si no fuese omnipotente, nos contestaria Jesucristo, ¿la hubiera yo hecho una madre virgen?

Y si no la amase sobre todas las cosas, ¿la hubiese yo tomado por madre? Si no podeis pues dudar ni de mi omnipotencia, ni de mi entrañable amor hácia mi Madre, ¿por qué dudareis de que la haya preservado de toda especie de culpa? ¿Quién de vosotros teniendo á su arbitrio el formarse una madre tal cual la deseare, quién de vosotros no se la formaria tan perfecta que la vista mas perspicaz no descubriese en ella el mas mínimo defecto? Y si vosotros tendriais aquel buen sentimiento con vuestra madre, ¿por qué dudais de que yo le haya tenido para con la mia? ¿Pensais ser mejores que yo? ¿Quereis que pese sobre mí una afrenta, un deshonor que ninguno de vosotros quisiera que pesase sobre sí?» ¡Ah! ¡Qué contestariamos á Jesucristo si por desdicha le diésemos motivo para que nos hiciese tan terribles y enérgicas reconvenciones!!

CAPITULO VI.

Observemos que la divina sabiduria no ha hecho sino un Hombre-Dios, y no una mujer Dios; y este Hombre-Dios será el único principio de la salud de los pecadores. Pero no está bien que esté solo; debe tener una compañera: ¿mas de dónde la ha de tomar? Dios la sacará del mismo Jesucristo para que sea verdad en cierto modo que ella no es otra cosa que él mismo. Desenvolvamos el sentido de esta misteriosa proposicion. Concebidos Jesus y Maria en el mismo seno, esto es, en el mismo eterno y divino decreto, inseparables, animados por el mismo espíritu, siendo uno mis-

mo su corazon y destinados al mismo fin de la reparacion del mundo, ¡ah, cuán íntimos é inefables serán los vínculos con que están enlazados! Maria es pues hermana de Jesus, esposa de Jesus, y verdadera madre de Jesus. Decimos que es su hermana, porque él y ella fueron concebidos en el mismo vientre, si se nos tolera el atrevimiento de valernos de esta palabra hablando del eterno y divino decreto, por el cual fueron formados, cual si fuesen dos mellizos destinados la una para el otro, si es lícito asemejar lo humano con lo divino. Ella es en algun modo su esposa; porque los hijos del uno son tambien hijos de la otra, como él mismo lo declaró desde la cruz hablando de uno de sus mas amados hijos, y diciéndole: mujer, hé ahí tu hijo; y al discípulo: hé ahí tu madre. Por último, ¿no es un artículo de fe que ella es verdaderamente su madre y que le produjo de su sustancia? ¿Quién es capaz de idear vínculos mas estrechos, mas íntimos, mas admirables?

Con estos antecedentes, ¿no debemos pensar de Maria con la misma grandeza que de Jesus? No en cuanto á la divinidad que Jesucristo posee porque es Dios; lo que no puede decirse de Maria: pero sí en orden á la pureza, á la inocencia, á la gracia y alejamiento de toda especie de peca-

do. Si de Jesus se dice que es la misma inocencia y la pureza misma, ¿no debemos decir de Maria que su inocencia es tan perfecta que jamás fue violada por la impureza de ningun pecado? Si decimos de Jesus que es el tesoro inexhauto de todas las gracias; el angel que Dios envió á Maria desde el cielo, ¿no la saludó llena de gracia? Si decimos que Jesus está infinitamente lejos de toda especie de pecado, ¿no debemos decir de Maria que es toda hermosa y sin mancha? *Tota pulchra es, et macula non est in te. Cant.* 4. Si alguno afirmase que las tinieblas se han aproximado al sol hasta sentarse en su trono, ¿no se tendria esto por un delirio ridículo? ¿Y no seria chocar aun mas abiertamente con el sentido comun el atreverse á indicar que el pecado, el cual es aun mas opuesto á Jesucristo que las tinieblas á la luz del sol, se haya aproximado á él hasta tomar asiento en su Madre, la cual es su trono, su gloria, su hermana, su esposa, y en cierta manera una misma cosa con él?

No es pues extraño que la piedad de los fieles se haya empeñado con tan extraordinario celo en coronar de gloria la inmaculada Concepcion de la que es su amparo y su consuelo: regocijada la Iglesia al ver á sus hijos animados de tan lauda-

dables sentimientos hácia su divina Madre, los aprueba, autoriza y favorece en todo lo posible: solemniza pública y jubilosamente su fiesta, excita por do quiera á los ministros de la divina palabra á pronunciar en honra suya panegíricos brillantes: abre sus tesoros y derrama con largueza sus indulgencias plenarias con el fin de que el mundo entero estimulado con el atractivo de tanta copia de gracias espirituales no ponga límite alguno á su amor á Maria, honrando con un culto particular su inmaculada Concepcion como santa y canonizada en el mero hecho de celebrarse su fiesta.

Dijo San Vicente Ferrer en uno de sus sermones que la fiesta de la Concepcion primeramente la celebraron los ángeles en el cielo en el mismo instante en que fue concebida la Virgen Nuestra Señora; pues en el momento que fue criada su alma fue santificada por la gracia, y la union de esta alma á su cuerpo bendito fue tan pura, tan perfecta é inmaculada que bañó en alegria el reino de los cielos.

Pero si se trata de averiguar en qué tiempo principió la Iglesia á celebrarla en la tierra, San Gregorio Nacianceno que vivia en el cuarto siglo y cuya autoridad es tan acatada en todo el mundo, asegura que ya se celebraba en la Iglesia griega antes de sus dias; de donde resulta que hace mas de mil cuatrocientos años que comenzó á celebrarse entre los orientales. Es cierto que la Iglesia latina no principió tan pronto; sin embargo hace mas de seiscientos años que se celebraba en Inglaterra, nacion en aquel tiempo opulenta y poderosa á la par que católica y ferviente. Decretóla el Concilio de Ossonio el año de mil doscientos veinte y dos; y S. Anselmo, que al principio habia estado dudoso acerca de la creencia de la inmaculada Concepcion, compuso despues un excelente opúsculo lleno de uncion y de fuerza, manifestando que la habia abrazado decididamente, y persuadiéndola con la mayor eficacia á los obispos de Inglaterra.

Algun tiempo despues principió á celebrarse en la Iglesia de Leon, lo que dió motivo á la célebre carta de S. Bernardo, en la cual ya hemos dicho que estaba muy lejos de oponerse á la creencia de la inmaculada Concepcion, y que lo único que desaprobaba era el celebrarse su fiesta en

aquella famosa Iglesia de las Galias, sin esperar las órdenes de la Romana, que es la madre de todas las Iglesias.

En la sesion treinta y seis del Concilio de Basilea que renueva la institucion de dicha fiesta, se asegura haberse observado en la Romana y en las otras Iglesias por antigua y laudable costumbre, y se manda que se celebre en todas las Iglesias y monasterios el dia ocho de diciembre. Es opinion muy acreditada que la instituyó el Papa Sixto cuarto, el cual vivia hácia la mitad del siglo décimo quinto; pero el grande y piadoso Cardenal Baronio en sus notas al martirologio afirma y prueba con respetables testimonios que dicha fiesta se solemnizaba en muchas Iglesias mucho antes que el Pontífice Sixto cuarto la confirmase y autorizase el año mil cuatrocientos setenta y seis con un decreto, que debiera estar escrito con letras de oro y grabado en mármol en todas las Iglesias de la cristiandad.

Deseoso este insigne Pontífice de que la fiesta de la inmaculada Concepcion se solemnizase en todo el orbe como una de las principales de la Iglesia, la enriqueció de tan singulares privilegios que quiso que si se llegase á fulminar entredicho contra alguna ciudad ó reino, quedára aquel sus-

penso el dia de esta fiesta y toda su octava, privilegio concedido únicamente á la octava de la inmaculada Concepcion de Maria y á la del Santísimo Sacramento, fiestas y octavas que parece tienen entre sí la misma conexion que el Hijo con la Madre, á los cuales no se ha de separar nunca.

¡Cómo triunfa la Iglesia con la gloria del Salvador y de su poderosa protectora Maria! ¡Cómo se regocijan las almas buenas que se abrasan en su amor! Solo para el infierno es un espectáculo cuya vista le desespera, pues vemos que Lutero, cuyo espíritu poseia el demonio, gobernando á su antojo su pestífera lengua y su pluma envenenada, solia decir y escribir que ninguna fiesta de la Iglesia le horrorizaba tanto como las del Santísimo Sacramento y la de la Concepcion de la Virgen; y acaso con el fin de reparar las blasfemias de aquel impío ha inspirado Dios en estos últimos tiempos una particular devocion á estas dos festividades á un número muy crecido de almas buenas, que tienen de costumbre repetir con frecuencia entre dia y principalmente al dar gracias á Dios al fin de la comida: *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen.*

De dos modos se explica con nosotros el cielo, con milagros y con revelaciones: estas nos instruyen por los oidos y aquellos por los ojos, y siempre que nos habla de alguna de estas dos maneras, tenemos un testimonio cierto de la verdad. Todo consiste en averiguar si son verdaderas revelaciones y verdaderos milagros; pues no debemos creer facilmente ni fiarnos de nosotros mismos; para esto la regla segura es la aprobacion de la Iglesia ó el testimonio de los santos Padres. Tenemos varias revelaciones ciertas, y muchos milagros auténticos, con los cuales nos manifiesta Dios que autoriza y aprueba la devocion de los fieles á la inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen.

¿Pero á quién lo ha revelado Dios? No estaria mal dicho que ya bastante lo ha revelado á toda la Iglesia, pues la reconoce por santa é inmaculada mandando celebrar su fiesta á todos sus hijos. Pero tenemos revelaciones mas particulares atestiguadas por varios santos, los cuales aunque no tengan tanta autoridad como toda la Iglesia para fundar nuestra creencia, sin embargo son tan dignos de fe que el no darles crédito seria un insulto á la razon y una especie de temeridad.

En primer lugar San Anselmo, abad de un

monasterio muy célebre de la Normandía, y despues Obispo de Cantorberi en Inglaterra, escribió una larga y hermosa carta á los obispos de aquel reino, de que era primado, exhortándolos á hacer celebrar en sus diócesis la fiesta de la inmaculada Concepcion, en la cual para animarlos y aficionarlos á esta devocion que habia tomado muy á pechos, refiere varios milagros y revelaciones, y entre otros este, que parece haber sido el primero que dió impulso á celebrarla en Inglaterra. Cuando Guillermo el Conquistador se disponia á ir á tomar posesion de aquel reino que legítimamente le pertenecia, y con injusticia se le disputaba, mandó á Eleno (otros le llaman Elpino), abad del Becio, á reconocer la armada y las fuerzas de tierra que tenian los enemigos. Se embarcó Elpino, y por disposicion de Dios se vió sorprendido por tan furiosa tempestad que ya era inminente su naufragio; en tal conflicto puso el abad su confianza en la celestial Estrella del mar, como la llama el melífluo Bernardo; y se le apareció un angel asegurándole que saldria bien de aquella borrasca, con tal que hiciese celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion todos los años el octavo dia de diciembre. Hizo al momento voto de hacerlo asi, y cesó al instante la tempestad; por lo

cual fiel á su promesa cumplió su voto primeramente en su monasterio y luego en todas las Iglesias que dependian de él.

De esta suerte la Normandía, donde estaba situada su abadía, tributó tan afectuoso homenaje á la Consoladora de los afligidos antes que la Inglaterra. Y San Anselmo, que por aquel tiempo era prior de aquella misma abadía, y que hasta entonces habia estado dudoso acerca de la inmaculada Concepcion, oyendo este milagro y esta revelacion de boca de su abad, á quien tenia por un gran siervo de Dios, se dedicó con tal empeño á predicarla y establecer su creencia y hacer celebrar su fiesta en cuantos paises alcanzaba su voz y su influjo, que vió cumplidos sus piadosos deseos en toda la Inglaterra, cuando en recompensa de sus eminentes virtudes fue elevado á la silla arzobispal de Cantorberi: hé aqui la primera revelacion.

Aun es mas clara la que la misma Señora se dignó hacer á Santa Brígida, y se halla en el sexto libro de sus revelaciones: *Veritas est, quod ego concepta fui sine peccato originali*: Es cierto, le dijo, que yo fui concebida sin pecado original. Nadie ignora que la Iglesia examinó las revelaciones de esta santa el año de mil trescientos setenta y

siete en el pontificado de Gregorio undécimo por medio de una comision creada al efecto, compuesta de cinco cardenales, dos obispos y el maestro del sacro palacio, quedando aprobadas y recibidas como verdaderas; y despues las examinaron y aprobaron nuevamente los Papas Urbano sexto y Bonifacio noveno, y las recibió un Concilio general. Dejemos otras muchas revelaciones y vengamos á las pruebas visibles que son los milagros, limitándonos á algunos de pública autenticidad, que nos refieren autores muy fidedignos.

El célebre Doctor Juan Americo pronunciando un erudito discurso sobre la Concepcion en presencia de los Padres del santo Concilio de Trento, les dijo desde la cátedra de la verdad que él sabia que Dios habia castigado á muchos predicadores por haber hablado contra la inmaculada Concepcion, á unos con graves enfermedades y á otros con la muerte.

Autores respetabilísimos refieren un ejemplo terrible ocurrido en la ciudad de Tolosa en tiempo del Papa Martino quinto. Un rector de aquella universidad se empeñó en probar y establecer como doctrina cierta que la Santísima Virgen habia sido concebida en pecado original. Fue tal el escándalo que esto produjo en toda

la ciudad que excitando la animadversion universal, hubo de estar su vida en gran peligro. Pero lejos de desistir de su sacrílega empresa, obstinóse el rector, fue á Roma y pidió al Papa que le permitiese sostener su opinion delante de él, y el Papa se lo concedió. Señálase el dia y hora: muchos doctores célebres acuden al lugar de la disputa á defender la causa de la Madre de Dios. Pasa la hora, se espera, y él no parece: se envia á su casa á ver qué es lo que le detiene: se le halla difunto y tendido en medio de su habitacion. ¡Qué sorpresa! ¿Habrá sido ahogado ó asesinado? Mas en su cuerpo no hay señal alguna de herida ni de violencia: se abre pues el cadáver para reconocerlo, y se halla que ya no tiene ni corazon ni entrañas el cruel enemigo de aquella que ha dado un corazon humano y entrañas de misericordia al Salvador del mundo.

No se perderá entre los hombres la memoria de Scoto, conocido por el doctor sutil é ilustre defensor de la inmaculada Concepcion. Refieren innumerables autores que siendo aun muy jóven le abrasaba la sed de la sabiduría; empero su natural rudeza le habia quitado casi toda esperanza. Habiéndose encomendado á la Santísima Virgen, se le apareció esta en sueños y le prometió el don

de ciencia con tal que lo emplease en defender su honra cuando se le presentára ocasion: no bien hubo abierto los ojos á la luz del dia cuando para todas las ciencias se abrieron los de su entendimiento, corriendo por todas ellas á paso de gigante. Entró luego en la órden de San Francisco para ser uno de sus mayores astros y en toda la Iglesia una antorcha brillante, que habia de alumbrarla con los rayos de la sagrada teología. El año mil trescientos cuatro se reunieron en Paris por órden de la Santa Sede y en presencia de sus legados los mas célebres doctores de la Francia á decidir la famosa controversia de la inmaculada Concepcion. Yendo Scoto á aquella célebre asamblea, y pasando por el patio de la universidad, se postró ante la imágen de Maria situada sobre la fachada de la baja capilla, y le hizo esta breve pero ardiente súplica: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata, da mihi virtutem contra hostes tuos*: y la imágen que hasta entonces habia estado enteramente derecha, le inclinó la cabeza, quedando en la postura en que la han visto tantas generaciones, como para asegurarle de que le concedia la gracia suspirada. Animado Scoto con tan extraordinario milagro, repitió doscientos argumentos que habian podido inventar todos los doc-

tores contrarios á la inmaculada Concepcion, y respondió á todos ellos con tanta energia y solidez que disipando innumerables tinieblas con un torrente de luz, hizo triunfar en aquella magnífica asamblea y entre los merecidos aplausos de todos los concurrentes la Concepcion sin mancha de Maria.

Desde entonces la célebre universidad de París hizo voto de defender la inmaculada Concepcion y celebrar todos los años su fiesta, y determinó no recibir en adelante á doctor alguno que no hubiese jurado observarlo inviolablemente.

Pasemos en silencio un número casi infinito de milagros que se han visto y aun se ven todos los dias en el mundo cristiano, por cuyo medio nos habla Dios visiblemente, no solo aprobando la devocion de los fieles á la inmaculada Concepcion, sino tambien impulsándolos á honrar este misterio con mas fervor y constancia. Fijemos la atencion en solo estas dos cosas.

Primeramente, en el testimonio de Oresio en la epístola que escribe á Eliodoro, donde se leen estas mismas palabras: Yo sé delante de Dios y tengo conocido en verdad que ninguna mujer ha corrido peligro en su parto, si ha invocado devotamente el auxilio de la Santísima Virgen; y

principalmente si se ha obligado á celebrar con reverencia la fiesta de la inmaculada Concepcion.

En segundo lugar, es preciso considerar que la creencia de la inmaculada Concepcion agrada tanto á Dios que las mismas palabras que la significan, obran milagros todos los dias en los que tienen fe. La Iglesia canta en el oficio de la Concepcion este célebre versículo: *In Conceptione tua, Virgo, immaculata fuisti: ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti.* Lo cual quiere decir: en vuestra Concepcion, ó Virgen, habeis sido inmaculada: rogad por nosotros al Padre, cuyo Hijo disteis á luz. Es indecible el número de las personas enfermas, afligidas, tentadas ó expuestas á cualquier otro peligro, que llevando consigo por devocion escrito este versículo, ó pronunciándolo con respeto, se han visto libres al momento de un modo maravilloso del mal que los afligía, y yo mismo he visto algunos ejemplos y oido referir otros varios. Habiéndose propuesto uno escribirlos, compuso un tomo muy voluminoso que intituló: el *Diamante*; pero omitió mas de los que dejó escritos. Tal vez algun crítico audaz tacharia de supersticiosa esta devocion; mas nosotros le preguntariamos si se atreve á llamar supersticiosos á los que llevan consigo

alguna medalla de Jesus, ó de María, ó el nombre de Jesus ó algunas oraciones escritas; pues no estimamos todas estas cosas sino en cuanto nos representan á Jesucristo y á su Madre Santísima.

CAPITULO VII.

La Iglesia, transportada de júbilo, exclama á voz en grito en la natividad de Maria: *Vuestro nacimiento, oh virgen Madre del Hijo de Dios, ha anunciado la alegria al mundo entero, porque habeis dado á luz al Sol de justicia, Jesucristo nuestro Dios, el cual quitando la maldicion ha dado la bendicion, y confundiendo la muerte nos ha dado la vida eterna.* ¡Dia feliz aquel en que apareció tan bella aurora! Huyó la noche; y huyeron las tinieblas que á manera de un caos de confusion hacian tan deforme la faz del universo: al despuntar esta risueña aurora,

recobró el mundo su primitiva hermosura, ó mas bien se vió revestido de una belleza mayor que la perdida por el engaño de la serpiente; pues el apóstol de las naciones asi lo dá á entender diciendo que redundó la gracia donde abundó el pecado. ¡Dichosos los siglos que han seguido al dia esplendoroso del nacimiento de la Santísima Virgen! ¡Mil veces mas dichosos los que hemos tenido la gloria de nacer despues de ella! ¡Oh Dios! ¿qué mas hicimos nosotros que todas aquellas generaciones que nacieron en aquellos siglos desdichados, en los cuales aun no habia aparecido esta aurora de salud y consuelo? Aquellas entraron en el mundo durante la noche del pecado; y nosotros en el dia de la gracia: aquellas caminaron con paso lánguido por sendas de tinieblas y de miseria; y nosotros vivimos en medio de la luz y en la abundancia de las consolaciones divinas: aquellas murieron en la esperanza; y nosotros gozamos de la suprema felicidad. ¡Oh Providencia amable! ¡Oh misericordia infinita la de Dios para nosotros! Todos los que vivieron en tiempo del antiguo testamento, pedian ver el dia de la gracia y no lo alcanzaron á ver; y nosotros lo vemos sin haberlo pedido.

¿No podiamos haber nacido en aquellos tiem-

pos, en aquellos lugares, en medio del paganismo ó del judaismo, incurriendo en las mismas desgracias? ¿Qué méritos han sido los nuestros para que el Autor de nuestras vidas nos haya destinado á nacer en dias de salud y en el seno de la ley de gracia? ¡Cuán amables son las disposiciones de la Providencia en favor nuestro! Ha enviado á Jesucristo y á su Madre Santísima delante de nosotros: los ha enviado al mundo como un nuevo Adan y una nueva Eva para quitarle la maldicion y desarraigar las espinas con que cubrió la superficie de la tierra el pecado del primer hombre, como si no hubiera querido que nosotros la habitásemos hasta tanto que la hubiese preparado para recibirnos, y no la juzgase bastante preparada para nosotros hasta enviar á su propio Hijo á llenarla de las luces de su sabiduria y enriquecerla con el inexhausto tesoro de sus gracias y merecimientos.

¡O Dios de bondad! ¡Cómo nos habeis puesto en medio de un océano de bienes, habiendo hecho nacer tantos millones de almas, que no valian menos que las nuestras, en tiempos y paises que no os conocian! ¿Y por qué con nosotros tan grande predileccion? ¡Quién no queda arrebatado al contemplar la intimidad que hoy tenemos con Jesus

y Maria! Les conocemos, hablamos de ellos con frecuencia, conversamos familiarmente con ellos en la oracion, les hablamos, y ellos nos responden; les pedimos, y ellos condescienden con nuestras peticiones; metemos la mano en sus tesoros, y ellos nos lo agradecen; recibimos á Jesus hasta dentro de nuestras bocas, él entra hasta en nuestros pechos, y el amor del Hijo y de la Madre embriaga nuestros corazones; y Jesus y Maria se regalan con ellos, y en ellos hallan todas sus delicias. ¡Oh Dios de amor! Si los siglos pasados hubiesen visto de lejos nuestra ventura, ¡cuánto la hubieran envidiado!

¡Mas ay! ¡Cuán horrorosa es nuestra ingratitud! Casi no nos acordamos de tanta dicha: ignorantes y estúpidos no sabemos gozar de nuestra fortuna: nos abate la tristeza, nos abate la pusilanimidad, nos abaten las mas pequeñas contrariedades de la vida presente, cuando debiéramos estar siempre respirando alegria y bañados en un mar de alborozo porque poseemos el supremo bien, por el cual suspiraban todos los siglos pasados. ¡Ingratos! Aun nos quejamos vilmente cuando toda nuestra vida debiera ser un himno incesante de accion de gracias, de bendicion y alabanza. Pero ya no será asi, Aurora de la vida, dulzura del

mundo, alegria del cielo. Os prometemos, Señora, que ya no será asi. No seremos tan ingratos en adelante; y para ser fieles y agradecidos á Dios nos ponemos debajo de vuestro patrocinio, que es dulcísimo al par que poderoso.

San Juan Damasceno dice que todos los siglos se disputabán la gloria de que en medio de su curso se mostrase en el mundo la Madre de nuestro divino Salvador. *Certabant sæcula, quodnam ortu Virginis gloriaretur.* ¿Y á qué siglo le cupo tan grande dicha? Segun el cómputo de Baronio, se contaban entonces mas de cincuenta siglos desde la creacion, pues acaeció en el año cinco mil ochenta y cuatro, quinientos sesenta y seis años despues del cautiverio de Babilonia, setecientos treinta y ocho despues de la fundacion de Roma, el año veinte y dos del imperio de Augusto, reinando en la Judea el Idumeo Herodes, cuyo reino habia usurpado con los artificios que empleó por conseguir el favor de Augusto. Este príncipe que era señor del mundo y disponia de los reinos

á su arbitrio, consintió en que Herodes viniese á ser el tirano del único pueblo, que pasaba por la porcion escogida de Dios y que hasta aquella época habian gobernado los reyes de su propia nacion.

Este extranjero que debia el trono á la injusticia y á la violencia, estaba siempre temeroso de que el Dios de Israel se lo arrebatase de las manos; y sabiendo que los profetas habian prometido á aquel pueblo que le naceria un rey de la familia de David, el cual habia de sentarse en el trono de su padre y reinar por do quiera como soberano para libertarlo de la servidumbre haciéndolo el pueblo mas feliz de la tierra, no perdonaba medio alguno por contrariar las disposiciones divinas. ¡Tanta era su insensatez! ¡Tanto le habia cegado la pasion de reinar! Con tan siniestro intento se propuso exterminar á todos los descendientes de David, que pudieron descubrir sus crueles pesquisas. Salvaronse sin embargo algunos pocos y entre estos San Joaquin y Santa Ana, que parecian gentes vulgares y sencillas, y dedicadas únicamente á los ejercicios de piedad y en cierta manera despreciables, porque siendo ya ancianos habian perdido la esperanza de tener hijos. Mas estos eran cabalmente los dos esposos que la Providencia escogiera para que de ellos naciese la que

vestiría de nuestra carne al deseado de las naciones, aquel hijo de David, que en efecto se habia de sentar en el trono de su padre como verdadero rey de Israel y monarca supremo de todos los monarcas. Cierto es que esto no se verificaría carnal y materialmente como lo imaginaban los judios, sino de una manera espiritnal que es mas real, mas sólida, mas divina. Empéñese enhorabuena la loca sabiduría del mundo en hacer poco caso de lo espiritual, teniéndolo por quimera; no por eso dejará de ser verdad, como todos los sábios lo ven, lo comprenden y lo confiesan, que lo corpóreo y sensible no es mas que sombra que pasa, humo que se desvanece, corrupcion que perece y se reduce á la nada; y que lo espiritual es un ser incorruptible, mas palpable á las almas que lo corpóreo á los sentidos, y tan sólido que dura eternamente. Si de esta sublime filosofia estuviesemos bien penetrados, prefiriéramos el mas mínimo bien espiritual á todos los bienes de la tierra.

Averiguado ya el año en que nació la Santísima Virgen, no cabe duda acerca del mes y dia: porque es sentimiento comun de la Iglesia, que fue el de Setiembre, y vemos que en él celebra la fiesta de su natividad. En este mes pasa el sol desde el signo del leon al signo de la virgen; por

lo cual convenia que la Madre de la misericordia naciera en este mes, porque haria pasar al sol de la eternidad desde las iras del leon de Judá irritado con los pecadores á las dulzuras de un Dios humanado en su castísimo seno. En cuanto al dia, nos basta la misma autoridad de nuestra madre la Iglesia, que celebra en el dia octavo de dicho mes su gloriosa natividad.

El Evangelio no habla del nacimiento de María, pero no hay cosa que lo realce tanto como este silencio misterioso: no quiere hablarnos de ella como de una hija de los hombres; por esto nada nos dice de sus padres: no quiere hablarnos de ella como de una niña; y por tanto sepulta su infancia en el silencio: la única idea que de ella quiere darnos, para que de una ojeada admiremos su grandeza y celsitud es la de su divina maternidad. Solo esto consideremos en ella, y dejemos todo lo demas, porque diciendo que es madre del Hijo de Dios, hemos dicho todo cuanto es. Empero aqui es preciso levantar el espíritu y contemplar con una especie de rapto la gloria que dá este caracter á su natividad.

No ha de juzgarse de las grandezas de la Santísima Virgen por las apariencias, pues estas no hacen ostensible la verdad, sino la vanidad: menester es que busquemos la verdad en lo que no está al alcance de los sentidos; y para hallarla leamos el Evangelio, que es el oráculo de la verdad, y veamos como nos pinta magnífica y pomposa su entrada en el mundo en el dia de su natividad. Confesemos que cuanto se ha dicho hasta ahora de la gloria de los conquistadores y de la magnificencia de los reyes mas poderosos es en cotejo suyo lo que un carbon parangonado con un diamante: ya se fije la vista en lo que la precede, ya en lo que la acompaña y rodea, ó bien en lo que la sigue, en todas partes hallará maravillas que arrebaten su admiracion.

¿Queremos ver lo que la precede? El Evangelio en el dia de su natividad hace mencion de una multitud de patriarcas, profetas y reyes que caminan delante de ella á manera de la guardia noble que abre el paso al soberano cuando se muestra en público con la pompa y esplendor de la magestad. Oiremos nombrar á un Abraham, á un Isaac, á un Jacob, á un David, á un Salomon, á un Roboam, á un Josafat, á un Osias, y á muchísimos otros reyes que fueron sus abuelos: hé aqui

la magnífica corte de sábios, de santos y régios personajes que lleva por delante. ¿Quién imaginaría mas grandioso espectáculo? Si consideramos lo que acompaña y rodea su persona, ¿no parece que todos los siglos pasados renacen para venir á escuadronarse en derredor de ella y formarle una espléndida corona?

Contando la sagrada Escritura todas las generaciones desde Abraham, ó mas bien desde Adan hasta ella, como que las llama de sus tumbas, las cita y quiere que estén presentes para que la glorifiquen con sus aclamaciones, formando una armonía universal; por esto dijo un grande Emperador que María era el panegírico de todos los siglos: y ella misma ha dicho en su cántico que todas las generaciones la llamarán bienaventurada. *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Hé aqui lo que la acompaña. ¿Cuándo se ha visto una corte mas augusta ó mas numerosa?

Mayores prodigios descubriremos poniendo los ojos en lo que la sigue: allí aparecerá la majestad del mismo Dios; observaremos que el supremo Monarca del mundo, el propio Hijo de Dios se hizo de su comitiva, y aun no contento con esto, se puso bajo su dominio; porque él es su único hijo. Pero aun hay mas; pues con el Hijo de Dios en-

tran á ser de la familia de María y á ponerse bajo su dominio todos los santos, todos los predestinados, todos los que componen la Iglesia triunfante y militante, toda esa innumerable muchedumbre de reyes de la eternidad que forman con Jesucristo un solo cuerpo místico. ¡Oh Dios! ¡Qué grandeza! ¡Qué magnificencia! ¡Qué majestad! ¡Qué asombro! Recorramos con una sola mirada este cuadro maravilloso. Contemplando lo que la precede, lo que la sigue, al entrar en el mundo la Reina de los cielos, sin duda que nuestra mente abismada en oceanos de luz, se perderá en un éxtasi de admiracion. Los triunfos mas extraordinarios encarecidos en las historias sagradas y profanas, no tienen nada que se aproxime al magnífico y majestuoso aparato con que se presenta la Madre del Rey de reyes.

Dice la Sagrada Escritura que la Sabiduria fabricó para su propia habitacion un magnífico palacio: *Sapientia ædificavit sibi domum.* ¿Qué deberemos entender por la sabiduría, sino al mismo

Jesucristo á quien San Pablo llama en su primera epístola á los Corintios *Christum Dei sapientiam*? Y es máxima comun atribuir la sabiduria al Hijo como al Padre el poder y la bondad al Espíritu Santo. Decirnos por consiguiente que la Sabiduría se fabricó una casa para su propia persona, ¿no es decirnos que el Hijo de Dios fue el autor de su propia Madre? Pesemos bien la fuerza de estas palabras, que son otros tantos oráculos.

Fabricó la Sabiduría y fabricó un palacio, y lo fabricó para sí misma; enciérranse aqui muchas grandezas de la Madre de Dios en su nacimiento. En primer lugar, siendo la infinita Sabiduría quien tomó á su cargo la fábrica, no hay duda en que la hizo del modo mas perfecto; luego proporcionó la magnificencia y riqueza de la fábrica á la majestad del huesped para quien la hacia, porque jamás se fabricará una casa para hospedar á un rústico aldeano como para alojamiento de un poderoso monarca: de otra suerte no edificaría sábiamente el arquitecto: si él no es desacordado debe fabricar con mas suntuosidad á medida del poder y opulencia del señor, para quien la destina. ¡Gran Dios! ¿Qué consecuencias no se deducen de este principio á gloria de María?

Consideremos qué hermoso palacio fabricó la divina Sabiduría para un esclavo, para un despreciable gusanillo de polvo, para el hombre pecador: mas á pesar de su miseria, giremos la vista por una y otra parte, y contemplemos la grandeza, las riquezas y la hermosura del palacio de la naturaleza: hé aqui la casa que hizo la divina Sabiduría para hospedar al hombre. ¡Oh Dios! ¡Cuan augusto palacio! ¡Cuan grande! ¡Cuan ricamente adornado! Salia fuera de sí el real profeta cuando contemplaba su pasmosa magnificencia: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine, omnia in sapientia fecisti!* ¡Cuan magníficas son vuestras obras, ó gran Dios! ¡Todo es bello, todo está dispuesto con admirable sabiduría! Pero ya que tan sábiamente llevais á cabo todos vuestros designios, habiendo vos construido un palacio tan augusto para vuestros indignos siervos, ¿qué hareis para vos mismo? ¡Oh Dios! ¡Adonde nos arrebata este sublime pensamiento! Preciso es formar el siguiente raciocinio. El universo es el palacio que la divina Sabiduría fabricó para el hombre pecador; el palacio que fabricó para sí misma, es la Santísima Virgen: convengamos en que cuanto aventaja al hombre pecador en nobleza, dignidad y elevacion el soberano Huesped que ha de honrar con

su presencia el palacio del virginal seno de María, tanto mas augusto, mas rico y grandioso que el universo será el palacio que destina para Huesped tan soberano, siendo esta una regla de justicia y de prudencia y conforme á la recta razon. Ahora bien, ¿cuánto mas digno que el hombre pecador diremos que es Jesucristo? ¿Pero quién podrá expresar la infinita distancia que media entre Jesucristo y esta mísera carne de pecadores? ¡Ah! si nuestro entendimiento se agobia con el peso de tan altas verdades, ¿quedará tan helado nuestro corazon que no produzca ningun buen sentimiento?

Inseparable compañera del bien es la alegria; es imposible al hombre el no alegrarse cuando recibe alguna buena nueva ó vé entrar la fortuna por las puertas de su casa. Y asi un alma que conociera el cúmulo de bienes que consigo trajo la natividad de la Santísima Virgen, no podria menos de enajenarse por el exceso de las divinas consolaciones que dilatarian su corazon, porque si el supremo bien del mundo es haber visto nacer entre nosotros á un Dios salvador; no hay duda que despues de este lo es ver el nacimiento de la Madre de aquel divino Jesus.

Principia á despuntar el dia de la gracia, pues ya vemos su aurora, ya vemos el gran dia de la

gloria, porque el uno viene en pos del otro. Ya podemos exclamar en los transportes de nuestra alegria; vemos abiertos los cielos y su entrada se nos franquea en el momento que dejemos la pesada carga de nuestros cuerpos! ¿Y no es este un motivo capaz de consolar é inundar de alegria el corazon mas desolado? El sábio y elocuente cardenal San Pedro Damian exclamaba transportado al considerar tamaño bien: Alegraos, hermanos mios, en la natividad de Maria, como acostumbrais alegraros en la de vuestro Salvador; pues si él es el sol de justicia, ella es la aurora que le precede y le da á luz sin lesion de su purísimo seno; si él es el verdadero paraiso de nuestras almas, ella es la puerta por do habemos de entrar; si él viene á satisfacer todas nuestras deudas y á rescatarnos con su sangre, ella le provee de esa misma sangre preciosa con que ha de redimirnos. Alegrémonos en el nacimiento de ambos, porque ambos son las soberanas fuentes de nuestra suprema felicidad.

Pero se preguntará por qué no saltan de alegría todas las ciudades en la fiesta de la natividad de Nuestra Señora. Y será fuerza responder que semejante falta no proviene de inadvertencia ó descuido por parte de nuestra madre la Iglesia, que

hace todo lo posible para excitar en sus hijos esta alegría espiritual, pues clama y canta: Vuestro nacimiento, ó Virgen Madre, anunció el regocijo á todo el universo. ¡Mas ay dolor! Estúpido es el mundo cuando se trata de las cosas de Dios: está lastimosamente embriagado con las vanidades de los sentidos, haciendo inútiles esfuerzos por sacar de ellos alguna gota de pasajero consuelo, y no halla sino torrentes de amargura y miseria sin cuento. Solo despreciando el regalo y consolacion de los sentidos se puede gustar y saborearse con la del espíritu, y nosotros quisiéramos gozar de esta sin renunciar aquella.

CAPITULO VIII.

Creyendo que su alma recibió la gracia en el mismo momento en que las otras enferman con la peste del pecado original, ¿cómo podremos dudar de que este privilegio de la Madre de Dios le haya proporcionado otro, á saber, el haberle anticipado el uso de la razon, á fin de que no fuese inferior á los ángeles, los cuales tuvieron el uso de su libertad desde el primer instante de su creacion? Asi lo afirma San Bernardino de Sena: *Tom. 1. serm. 51. cap. 1. **Beata Virgo etiam dum erat in utero matris, habuit usum liberi arbitrii.*** Si habiéndola predestinado Dios desde la

eternidad, y hecho nacer en el tiempo con muchos milagros, para que fuese su madre, siempre la exceptuó de las leyes comunes, y la colmó de privilegios, concediéndole el uso de su libre albedrio desde el primer instante de su vida; ¿en qué otra cosa lo emplearia sino en consagrarse á su Dios de una manera mas sublime y excelente que pudiera hacerlo el serafin mas encumbrado?

Es cierto que Dios no le dió toda la perfeccion de su ser natural en un principio como á los ángeles, y quiso que fuese una débil niña como los otros hijos de Adan, mas ella no estaba en el seno de su madre ni como una criminal en su prision, ni como una muerta en su tumba, sino como una santa en su oratorio, donde contemplaba la gloria y los misterios de la Divinidad. Si dejaron escrito los santos Padres que encerrado Jonás en el vientre de la ballena, lo convirtió en una Iglesia, en la cual cantaba las alabanzas del Todopoderoso, porque á pesar de haberse mostrado rebelde á su divina voluntad, le conservaba la vida aun en las garras de la misma muerte; ¿no podremos decir con mayor fundamento que estando Maria toda llena de gracia, haría un templo del seno de su madre, ofreciendo en él á su Dios el suavísimo incienso de su adoracion?

Si Juan Bautista estando todavia encerrado en el vientre de su madre, ya desempeñaba el oficio de precursor, saltando de gozo á la presencia del infante Jesus, cuando la inmaculada Virgen que le llevaba, fue á visitar á Santa Isabel: *Exultavit infans in utero meo*; ¿por qué no hemos de creer que siendo la Reina de los ángeles mas favorecida de Dios que San Juan Bautista, haya hecho el oficio de madre hasta en el vientre de Santa Ana, concibiendo á Jesus desde entonces espiritualmente en su corazon antes de concebirle en su castisimo seno? ¿Es creible que el Altísimo negase á su Madre privilegios que concedió á sus siervos? Y si la gracia comenzó á dedicarla de todo punto á Dios, antes que la naturaleza la diese al mundo; ¿quién se maravillará de que á la edad de tres años haya ido á presentarse al templo y consagrarse á los altares, desprendiéndose de los brazos de sus padres con magnánimo esfuerzo, aunque estos eran un dechado de virtudes? Amaban sin duda á su hija única mas que á su propia vida; pero no ignoraban que de Dios la habian recibido solo como un depósito sagrado que estaban obligados á devolvérsele cuando él lo pidiera. Maria por su parte honraba y amaba á sus padres como vivas imágenes de Dios; pero sabiendo que el Hijo divino que saldria del seno

de su eterno Padre para darse á nosotros, merecia que abandonase gustosa á su padre y á su madre por darse á él temprano, despues de haberles hecho gozar tres años las gracias de su infancia, corrió al templo á consagrar al Señor el resto de su vida.

Si alguno impiamente dudase de la presteza con que se consagró á Dios antes de cumplir los tres años; facilísimo seria confundirle con el testimonio y autoridad de los mas antiguos Padres de la Iglesia, como de San Evodio, sucesor de San Pedro en la cátedra de Antioquía, quien en aquella hermosa epístola que intituló *La Luz*, dice que desde la edad de tres años fue presentada al templo, que alli pasó once en el santuario, y que despues los sacerdotes encomendaron á San José su custodia; con el de San Epifánio obispo de Salamina, con el de San Gregorio Niseno, con el de San Juan Damasceno, y tantos otros cuya autoridad no es de menos peso: y si todos estos testimonios no le satisfaciesen, bastaria para enmudecerle el juicio decisivo de la Iglesia. Al ver que regida por el Espíritu Santo, celebra la festividad de la presentacion de Maria con tan solemne pompa; ¿podria ningun cristiano de buena fe tener la menor duda acerca de una verdad tan auténtica y constante? ¿Qué erudito ignora que el pontífice

Paulo II mandó que la fiesta de la presentacion de Maria Santísima se celebrára con igual pompa que la de su asuncion?

¿Donde vais, divina Maria, en vuestra tierna infancia cuando apenas vuestras delicadísimas plantas tienen fuerza para sosteneros? Abandonais el dulce apoyo, la amorosa asistencia y las entrañables caricias de vuestros padres sin los cuales no podeis vivir, ni ellos sin vos, porque sois su alma y su vida. ¿Qué vais á hacer en una edad tan tierna, pues aun no habeis cumplido los tres años? ¿Cómo es posible que dejeis el seno de una madre, que hace poco os alimentaba con sus pechos para abandonaros en manos de personas desconocidas, en quienes no hallareis la ternura de vuestros padres?

A estas sentidas reconvenciones responderia la santísima Niña: oigo una voz que me habla al corazon y me dice: escucha, hija mia, mira y presta el oido, y olvidate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y el Rey se complacerá en tu belleza. Aquel cuyas infinitas perfecciones enamoran á los ángeles del cielo, me quiere toda para sí solo.

¿Cómo podré negarle mi corazon? El me previene, me llama, me arrebata con su atractivo omnipotente; ¿y no habré de seguirle? Mi amado es todo mio, y yo soy toda suya; esto me basta y todo lo demas me importa nada.

—Pero siendo tan niña como sois, ¿dónde hallareis los juguetes de la niñez, que son la única ocupacion de los primeros años? —Yo los hallaré con Dios: si es preciso jugar, reputaré por juguete el mundo, la naturaleza y todas las cosas creadas.»

Llamamos juego de niños á las casillas que estos suelen hacer con papel ó con cualquiera otra cosa insubsistente. ¿Y se ocupan los mundanos en negocios de mas cuantia mientras viven olvidados de su eternidad? De este asunto importantísimo va Maria á tratar con su Dios en la casa de la oracion.

Observemos lo que hace á su entrada en el templo. 1.º Se presenta á Dios como su criatura que debiéndole todo, se lo restituye todo; y él la recibe como á su madre, para tomar de ella un nuevo ser y hacérsele deudor. 2.º Preséntase á él como su esclava; y él la recibe como á su soberana, queriendo sujetarse á su dominio y dependencia. 3.º Preséntase á él como víctima del sacrificio

matutino, consagrándole el principio de su vida; y él se dá á ella como víctima del sacrificio vespertino, dando por ella y por nosotros el fin de su vida al inmolarse en el Calvario. ¡Oh cuán dulce es tratar con Dios, pues siempre dá incomparablemente mas de lo que recibe!

La Santísima Virgen le ofrece su pequeñez, reconociéndose por su humildísima sierva; y él la hace partícipe de su grandeza, levantándola sobre todos los seres creados: ella le ofrece su infancia, y él le dá su eternidad: ella le consagra su libertad obligándose á servirle perpétuamente, y él la hace reina de los ángeles y de los hombres, queriendo que todas las criaturas la sirvan y la honren.

San German, Patriarca de Constantinopla, describe su entrada en el templo con tanta elocuencia como piedad, diciendo que no tuvo mucho esplendor á los ojos de los hombres, pero fue en extremo magnífica á los de Dios: que no solo la sirvieron de carroza triunfal y de acompañamiento todos sus parientes, sino que invisiblemente la acompañaron muchas legiones de ángeles: que la recibió el sacerdote que entonces servia en el templo, el cual debió ser Zacarias, padre de San Juan Bautista, y que él veia á los ángeles

sirviéndola en el templo y presentándole la comida con sus propias manos.

No faltan hombres que embriagados, como dice San Pablo, con su propia sabiduria, no pudiendo ser sóbrios en sus juicios, al momento condenan todo lo que tiene algun viso de extraordinario. Tal vez alguno de estos diga que es bella idea poética y no mas el que los ángeles hayan acompañado y servido visiblemente á la Santísima Virgen en el templo. Oiga empero lo que Gregorio, Arzobispo de Nicomedia, dejó escrito para los que de ello dudaren: Vosotros que ois esta admirable y nueva manera de vivir de la Santísima Virgen en el templo, no lo dudeis, ni examineis con vuestra razon lo que no alcanzais á comprender. Veis que el Verbo divino habitó de un modo inefable en su purísimo seno; ¿y disputareis sobre si eran ó no materiales los alimentos con que se mantenia? Veis que el Espíritu Santo obró en ella el mayor de sus prodigios; ¿y dudareis de los servicios que los ángeles le hayan prestado? Preciso es no dudar de las grandezas de la Santisima Virgen cuando se le atribuyen prerogativas y privilegios convenientes á la dignidad de madre de Dios; todo está confirmado por la verdad: era menester que el templo de Dios estuviese adornado

de toda suerte de bellezas: menester era que estuviese enriquecido de toda especie de bienes espirituales: menester es que fuese servido por los ángeles. Y si los ángeles del cielo le sirvieron con reverencia, ¿dudaremos de que los sacerdotes y ministros del altar la mirasen con el mas profundo respeto? Por tanto se cree que habitó en el santuario, que era la parte mas sagrada del templo.

La Escritura y con ella muchos santos doctores aseguran que vivian en el templo mujeres devotas, consagradas á su servicio, las cuales tenian en él su departamento y sus celdas de todo punto separadas de los hombres: Origenes, San Ambrosio y San Cirilo Alejandrino dicen que no eran admitidas las mugeres casadas sino solo las solteras y las viudas. En compañia de estas fue recibida Maria como un precioso don del cielo, despues que la admitiera en el templo el sumo sacerdote. Empleábanse en orar á la puerta del tabernáculo como está escrito en el Exodo: *Excubabant in ostio tabernaculi*; en asistir á los sacrificios que se hacian todos los dias tarde y mañana, y en meditar dia y noche la ley del Señor; y harto claro está que eran un bosquejo de las religiosas, que la divina Providencia queria estable-

cer en la Iglesia cristiana. Se les entregaba á las niñas para que las instruyesen en la religion y las formasen en la piedad, como hoy se hace en los conventos; pero cuando la admirable Niña se confió á su custodia á la edad de tres años, no fue para aprender de ellas, sino para enseñarles, teniendo ella sola mas luz y gracias que toda la sinagoga.

San Gerónimo en una epístola á Eliodoro, dice que sus ejercicios estaban regulados en la siguiente forma: desde prima hasta sexta, es decir, desde la aurora hasta promediarse la mañana, entregábase á la oracion; desde sexta hasta nona, esto es el resto de la mañana hasta el medio dia, hacia alguna labor, conforme á su edad. Dice que las mas veces le preparaban y presentaban la comida los ángeles, y despues la instruian en la ley y en los profetas y en la doctrina del antiguo testamento, y luego volvia á la oracion que duraba hasta venir la noche. Añade San Gerónimo que estas eran sus delicias y su pan cotidiano, que incesantemente hacíala crecer en el amor de su Dios. *Et sic semper melius in Dei amore proficiebat.*

No aseguramos como artículo de fé que se

alimentase por ministerio de los ángeles, pues la sagrada Escritura no habla de esto; pero lo afirmamos apoyados en graves autores, que lo refieren como una tradicion antiquísima; por lo cual á lo menos es de fe humana, cuya creencia no parecerá dificil. Sabemos que el pueblo de Israel fue por largo tiempo milagrosamente alimentado en el desierto; que el profeta Elias recibia la comida de manos de un ángel: que San Pablo, primer ermitaño, se mantuvo por muchísimo tiempo en su profunda soledad á expensas de la providencia del Padre celestial, que se valia de un cuervo para enviarle medio pan todos los dias: que los ángeles alimentaban al abad Apolo, el cual vivia en el imperio de Teodosio el grande, dedicado á una contemplacion contínua. Leemos otros muchos ejemplos en las historias de los padres del desierto; ¿y tendriamos dificultad en creer piadosamente que la Madre de Dios fuese mas favorecida que sus siervos?

Canisio refiere una tradicion aun mas particular, y es que habiendo perseverado en el contínuo ejercicio de la oracion hasta la edad de doce años, hallándose un dia encendida en mas ardiente fuego de amor divino, la prolongó hasta la media noche, en cuyo punto oyó la voz del Padre celes-

tial, que le dijo: *Paries Filium meum*: darás á luz á mi Hijo. Era esta una cosa por sí misma tan estupenda, que razon hubiera tenido para dudar de ella; pero despues vió verificada su revelacion, dando á luz al Verbo encarnado en el portal de Belen á media noche y á la misma hora en que se le hizo la magnífica promesa. Sin embargo, tuvo encerrada en su pecho esta revelacion hasta despues de la ascension de nuestro Salvador.

En el opúsculo que escribió San Buenaventura sobre la vida de Jesucristo, dice en el capítulo tercero que estando en el templo la Santísima Virgen pedia al Señor todos los dias siete gracias particulares, creyéndolas importantísimas para la gloria divina y para su mayor perfeccion: 1.ª amarle de todo corazon y cumplir exactamente el primer precepto de la ley: 2.ª amar á todos sus prójimos como Dios deseaba que ella lo hiciese igualmente que todo aquello que él amaba de la manera que mas grata le fuese: 3.ª tener siempre un extraordinario aborrecimiento á todo pecado por pequeño que pareciera, y á todo cuanto le desagradára: 4.ª una humildad profunda, un perfecto desprendimiento del mundo, una paciencia invencible, una pureza angélica y todas las demas virtudes que podian hacerla mas grata á sus divi-

nos ojos: 5.ª la dicha de conocer y servir á aquella Virgen, de la cual habla Isaias, que concebiria y daria á luz al Hijo de Dios, no cesando de pedir ardientemente esta gracia hasta que por revelacion supo que seria ella misma: 6.ª obedecer con la mayor puntualidad al sumo pontífice, á los sacerdotes y á todas aquellas personas de quienes dependia: 7.ª que tuviese piedad de su pueblo, conservase su templo y su religion, y enviase pronto al Mesias que há tanto tiempo habia prometido. Tales fueron sus ejercicios mientras estuvo en el templo de Jerusalen.

Pero escuchemos sobre todo lo que de ella nos dice el Espíritu Santo en el libro de los Cantares con aquellas palabras, que le dirige segun la mística interpretacion de los santos doctores: *Veni, columba mea, veni, unica mea, in foraminibus petræ.* La invita amorosamente como á su paloma, como á su única y amada esposa; invítala á poner su nido en los agujeros de la piedra, esto es, en su templo: y con aquellas tiernas expresiones de su paloma y su única, con las cuales la llama á la soledad, denota á qué cosa queria que se aplicase.

Adviertan las almas que huyen del mundo para entregarse á Dios en la soledad, que á imitacion de Maria deben ser como la paloma, en la

cual no se halla hiel ni malicia, siendo toda ella un dechado de candor y dulzura. Por tanto llamándola Dios á la soledad, la denomina su paloma, dando á entender que la aparta del mundo y la pone en su casa, para que estudie el candor y dulzura de la paloma. ¡Oh Dios! ¡cuán diversa de la del mundo es la escuela del cielo! En aquella se estudian artificios: estúdiase en esta el candor y la dulzura, la inocencia y la rectitud. No hay cosa mas contraria al espíritu de Dios que el doblez y el fingimiento; porque el espíritu de Dios es todo verdad, y el artificio no es mas que mentira; por lo cual dice la sagrada Escritura que es muerte la prudencia de la carne, es decir, es una muerte el fraude y el artificio, porque extingue en nuestras almas el espíritu de Dios, y les quita aquella señal de predestinacion, que plugo á Jesucristo darnos en su Evangelio cuando por sí mismo juró que no entrarian en el reino de los cielos los que no se hiciesen como niños por el candor y y sencillez de su alma.

Cuando en el salmo cuarenta y cuatro cantaba el profeta: *Adducentur Regi Virgines post eam*: ¿no parece que desde lejos veia la fiesta de la presentacion de la augusta Virgen, y se alegraba de que en tal dia abriese Dios las puertas de esta pri-

sion del mundo para que libertándose de su esclavitud muchas almas inocentes volasen á refugiarse en su casa, donde se hallarian en plena libertad de consagrarse á su servicio de una manera tan exclusiva como no podrian hacerlo en medio del torbellino del siglo? Para ponerles delante de los ojos un excelente modelo que imitar, hace Dios que las preceda nada menos que su Madre Santísima. ¿Quién no tendrá por soberana dicha seguir sus huellas? ¡Oh, cuántos millones de vírgenes han seguido á esta Reina de la virginidad consagrándose á Dios desde su infancia? Ella es una paloma, y cuantas la imitan deben tambien ser palomas en la dulzura y en la sencillez. Las palomas son avecillas sociables y al mismo tiempo solitarias, pues casi ningun comercio tienen con las demas aves; pero sin embargo son sociables, y todo su gusto es hallarse muchas reunidas en un mismo lugar.

CAPITULO IX.

Los ángeles no alcanzarian á bosquejarnos la beldad de Maria. Pero lo que á ningun otro era posible, se dignó hacerlo el Espíritu Santo, pintándola con aquellas palabras de los Cantares: *Tota pulchra es, amica mea, tota pulchra es*: toda sois hermosa, amiga mia, toda sois hermosa. Esta palabra *toda* significa segun Santo Tomas una especie de infinidad, porque no tiene límites. Y asi decirnos que es toda bella, es enseñarnos que en su persona se encierra toda la belleza. La belleza es Dios. Establecido este principio, evidente por sí mismo, se deduce que tiene Maria sola mas

belleza que todas juntas las otras criaturas; pues la mas hermosa de todas será sin duda aquella á quien mas se haya comunicado la infinita belleza de Dios-Padre, su unigénito Hijo; ¿y con quién mas que con la Santísima Virgen se ha unido tan entera y estrechamente esta infinita belleza que es el Verbo? ¿No la prefirió y amó sobre todas, eligiéndola por su madre? ¿No fue á ella á quien dijo que le habia robado el corazon? ¡Oh Maria, oh madre admirable! ¿cuál será vuestra belleza que asi ha llegado á encantar, encadenar y robar el corazon del Hijo del Altísimo? El vé infinitas bellezas en el seno de su divino Padre que le tienen absorto, que le tienen estático; pero igualmente vé en vos otras bellezas, que le atraen y convidan á lanzarse amoroso en vuestro seno.

¡Oh encantos! ¡Oh artificios del amor! El amor de Jesus es quien produce la belleza de Maria; y la belleza de Maria es quien cautiva el amor de Jesus: Maria no es bella á los ojos del Verbo sino porque él la ama: la belleza que le dá amándola, iguala al amor que le tiene. Si viésemos la medida del amor que le profesa, veriamos tambien la excelencia de la hermosura que le comunica. Esta no puede ser la belleza infinita

y esencial del Padre: pero al menos es toda la belleza conveniente á una madre de Dios, lo que hacia la admiracion de San Epifanio: *Solo Deo excepto, cunctis superior existis, formosior ipsis Cherubim, et Seraphim, et omni exercitu Angelorum. Epiph. Orat. de laud. Virg.* Sois, ó María, la primer belleza despues de Dios; y en comparacion de la vuestra no tienen sombra de hermosura los serafines, ni los querubines, ni todos los nueve coros de los ángeles. Los considero en vuestra presencia como á las estrellas del cielo que pierden toda su luz cuando el sol aparece.

Decia Catalina de Sena que si con los ojos del cuerpo viésemos la belleza de un alma sin pecado y con solo el primer grado de gracia, quedariamos tan sorprendidos al reconocer cuanto sobrepujaba á todas las bellezas de la naturaleza corpórea, que no habria quien no quisiese morir por la conservacion de beldad tan hechicera. Ahora bien, si la última de las almas en el orden de la gracia tiene tanta belleza, tomando el vuelo desde aqui y remontándonos por otras tantas esferas cuantas son las almas santas que unas á otras se exceden en gracia y por consiguiente en belleza (pues la gracia y la belleza de un alma

son una misma cosa) llegados á la centésima, veriamos que tiene cien veces mas gracia que la primera: pues aun seria nada tan asombrosa belleza. Y si continuasemos remontándonos hasta la milésima, y de alli á la que por el orden de superioridad tenga cien mil veces mas belleza que la primera; ¿qué admirable idea no formariamos de tan sublime hermosura? Pues todavia es como nada todo esto, porque hay millones de millones de almas que se exceden unas á otras en gracia y en hermosura. Pero lleguemos á la mas encumbrada y á la mas bella de todas, y despues de admirar su belleza y confesar la imposibilidad de comprenderla, digamos resueltamente que no es mas que una sombra de belleza comparada con la de Maria: bien podemos decirlo sin temor ni recelo, porque todos los santos Padres claman á una voz que ella sola posee mas gracia y mas hermosura que todos juntos los demas santos y bienaventurados, que ya han subido y subirán al cielo hasta el último dia de los tiempos.

Es imposible ver la hermosura y no amarla, respondió Aristóteles á uno que le preguntó por qué se amaba la hermosura: pregunta es esta, amigo mio, propia únicamente de un ciego: cualquiera que tenga ojos para verla, no puede menos

de tener un corazon para amarla. Refiérense cosas casi increibles del imperio que la belleza de algunas criaturas ha ejercido en los corazones de los príncipes, haciéndoles emprender guerras y destruir monarquías aunque no eran mas que bellezas frágiles é imperfectas. ¡Pero cuántas almas generosas arrebatadas en la contemplacion de la belleza divina han emprendido inmortales guerras contra los vicios, contra el infierno, contra el mundo y contra sí mismas por hacerse agradables á sus ojos para gozarla en el dia de la eternidad! ¿Y no arrebatará nuestros corazones la hermosura de Maria? ¡Oh cuántos y cuán magnánimos pechos ha encendido en su amor! Léanse las vidas de los santos: recórranse las historias de los héroes del cristianismo; y se verá que el amor de Maria ha sido en sus pechos un incendio voraz.

Si queremos entrever con alguna mas claridad la belleza de Maria, levantemos nuestro espíritu á la consideracion de la hermosura del último de los ángeles, y desde alli subamos á contemplar la del mas excelso serafin. ¡Qué vista recorrerá esa inmensa gradacion que forman los ángeles, los arcángeles, las virtudes, los principados, las potestades, las dominaciones, los tronos, los

querubines y serafines! ¡Qué lengua humana podria expresar la ventaja que lleva el primero de los ángeles al último de los mismos! ¡Qué entendimiento comprenderia lo que dista de este primer ángel, salvados los nueve coros, el serafin mas encumbrado! ¡Qué multitud tan admirable la de los espíritus de estas nueve gerarquias! ¡Qué número tan prodigioso el de todas ellas! ¡Qué gloria! ¡Qué inmensidad! ¡Qué ejércitos de celestiales bellezas! Pues todas ellas son como nada ante la de Maria: todos ellos son siervos y vasallos: ¡ella sola es la madre del Hacedor de los ángeles! Ella es la Reina de aquellos nueve coros; y toda la hermosura de la naturaleza angélica no es mas que leve sombra ante la inefable belleza de la Madre de Dios! Ningun ser creado puede comprenderla: todo el mundo la admira; y ella, despues de Dios, es quien tiene á todo el cielo en un éxtasis eterno de amor y de asombro.

San Antonino refiere un suceso milagroso acaecido con un clérigo, que no es posible leer sin particular emocion. Era éste devotísimo de nuestra celestial Madre, y pedíale contínuamente el amarla y conocerla mas y mas todos los dias: tan santo empeño produjo en él un ardiente deseo de verla, abrasándose y desmayándose al dulce im-

pulso de su amor. ¡Oh Madre amable! exclamaba, concededme ver por un momento vuestra hermosura, que enamora á todo el cielo! Finalmente se le envió un ángel á que le dijera: Sí, gozarás del favor que pides, verás la belleza de la Santísima Virgen; pero los ojos que la vieren una vez ninguna otra cosa volverán á ver; quedarás ciego el resto de tu vida. ¡Ah! respondió de lo íntimo de su corazon, consiento en ello con tal de verla por un solo momento. Se le designa el dia: él espera con impaciencia aquel dichoso instante, pero resuelto á salvar uno de sus ojos teniéndolo cerrado mientras la estuviese mirando con el otro. Por fin se le aparece Maria, pero con tanta belleza y majestad que el ojo con que la mira queda totalmente ciego.

Cólmale empero esta vista de tan inefable consuelo que lejos de sentir la pérdida de su ojo, principia á lamentarse de no haberla visto con el otro: «¡infeliz, ay de mí! ¡Cuán gran locura fue conservar uno de mis ojos! ¡Ay! despues de haber visto tal hermosura, ¿podré ver cosa alguna que no me parezca fea? ¡Oh Madre de misericordia! tened piedad de mí, porque he sido tan cruel conmigo mismo que quise privarme de la mitad de vuestros favores! ¡Ah, vuelva yo á veros otra

vez, pues será grande dicha el perder los dos ojos! ¡Qué dicha para mí no ver cosa alguna despues de vos en esta vida!» Tan ardiente y piadoso deseo agradó de tal suerte á la Reina de los ángeles que se le apareció por segunda vez; pero lejos de privarle del otro ojo que ansiaba sacrificarle, le restituyó el perdido, y desde entonces no le sirvieron sus ojos mas que para ver por donde quiera (como á él se le figuraba) la belleza de la Reina del cielo.

¡Oh si los mas apegados al mundo tuviesen los ojos abiertos á la verdad! Si los mas apasionados de las bellezas mortales hubiesen visto por un solo minuto la beldad de Maria! ¡Oh Dios! ¡Cuan pronto sentirian morir en sus corazones todo otro afecto, y cuan instantáneamente concebirian un alto desprecio de todo lo que adoran! Son pocos los que han tenido el privilegio de verla con los ojos del cuerpo: ¿pero no podemos verla con los del alma siempre que nos apliquemos á contemplarla? Esta vista espiritual es tanto mas segura cuanto que está mejor fundada en la verdad: es mas consoladora, porque nos pinta su imágen en lo profundo del alma, donde podemos conservarla, sin peligro de padecer ilusiones. Si nos complacemos en tener en nuestra habitacion un retrato

de nuestra celestial Abogada, ¿no será justísimo que pongamos un santo empeño en llevar contínuamente su imagen espiritual pintada en nuestros pensamientos é impresa en lo íntimo de nuestros corazones?

Pensar en ella desvanece toda tristeza é inunda el alma de consuelo con la plácida esperanza de ver su admirable belleza en el gran dia de la eternidad. Hablar muchas veces de ella y complacerse en publicar su gloria, en ponderar sus grandezas y en admirar su hermosura, ahuyenta de nosotros al espíritu inmundo, que no puede llevar en paciencia el honor que le tributamos. Pero tomar un vivo interés por todo lo que mira á su honra, hacer todo lo posible por extenderla, amarla con ternura, con respeto y con ardor incesante, regocijarse y salir fuera de sí por el gozo que causa lo que ella es, congratulándonos por su felicidad y ayudándole á dar gracias al Omnipotente que ha obrado en ella tantas maravillas; es ciertamente del mayor agrado y de la mayor gloria de Dios, que la hizo bellísima no solo para que fuese su madre, para poner en ella su corazon y hallar en contemplarla su mas dulce delicia, sino tambien para que ardiesen en su amor todas las almas que tienen la sobera-

na dicha de ser esposas suyas; y por último es un medio seguro de merecer su particular proteccion, que jamás ha negado á sus verdaderos devotos. *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.*

CAPITULO X.

Todo es admirable en la Madre de Dios, todo es privilegiado, todo es superior á cuanto pueda decirse del resto de las madres. Observa San Epifanio que hablando de Maria no hay quien no la haya llamado la virgen por excelencia: y cuando la llamamos la Madre de Dios, que es el mas eminente de sus títulos, no olvidamos añadir el nombre de virgen y decimos la virgen madre. La Iglesia la canta y preconiza por do quiera y á voz en grito la santa virgen de las vírgenes, *Sancta Virgo virginum*, por la misma razon que proclama á Jesucristo: *Rex regum, et Dominus*

dominantium. Llámale rey de los reyes, queriendo dar á entender que es un rey tan sublimado sobre toda dignidad real que en su cotejo los demas reyes no son ya reyes sino meros súbditos: él es señor de los señores, porque á su lado los otros señores no son ya señores sino simples vasallos y siervos. Asi Maria es la virgen de las vírgenes, porque á su lado las demas vírgenes son como vanas sombras. ¿Y por qué asi? Porque su virginidad se aventaja incomparablemente á todas las demas, remontándose sobre la de los ángeles, é imitando la del mismo Dios.

Considerémosla á la cabeza de tantos millones de vírgenes como á ejemplo suyo se han consagrado al Esposo divino: *Adducentur Regi Virgines post eam.* En la antigua ley no habia quien no estimase suma dicha el tener una prole numerosa; juzgábase un oprobio el no tenerla, y aspirando todos á la fecundidad del matrimonio como á una gloria, como á una bendicion, huian de la esterilidad que acompaña á la virginidad como de una especie de ignominia. ¿Quién de tanto abatimiento levantó á la virginidad? ¿Quién la hizo tan honorífica? ¿Quién la hace triunfar en esa multitud de vírgenes, que son uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia? ¿No es la purísima azucena de

Nazaret? Orígenes dice que Jesucristo fue la primicia de la virginidad de los hombres, y que la de las mujeres debe toda su gloria á la Santísima Virgen. ¿Se ha visto cosa alguna que se concilie el respeto, aun de gente viciosa, tanto cuanto la virginal pureza? Si se pregunta de dónde esto provenga, responderemos que es un destello de la gloria de aquella incomparable virginidad de la Madre de Dios que en ella resplandece. Si las otras tienen alguna gloria por ser vírgenes; ¿qué abundancia, ó mejor dicho, qué plenitud de gloria no tendrá la Virgen de las vírgenes?

La constante voluntad de conservar siempre la pureza del cuerpo, en que consiste la esencia de la virginidad segun Santo Tomas, era por excelencia la virtud de Maria. Antes que ella pudieron ser vírgenes los profetas Elias, Eliseo, Jeremias, Daniel. ¿Pero quién confirmó y fijó para siempre esta voluntad con un voto eterno? Antes de la Reina de las vírgenes era inaudito en el antiguo testamento el voto de perpétua virginidad.

Muchos despues de ella han imitado su virginidad y aun su voto, ¿pero cuál otro lo ha observado con tanta perfeccion sin sentir nunca el mas mínimo movimiento de concupiscencia, como si su cuerpo fuera un espíritu puro? Ella fue la única que

no habiendo pasado por el incendio del pecado original, no tuvo ni aun reliquia de aquel fuego maligno que aun despues del bautismo queda en los hijos de Adan, despidiendo centellas peligrosas, las cuales hacen que al menos se padezca tentaciones, aunque no se les preste consentimiento. Y así en los otros la virginidad, aunque siempre se conserve inmaculada, no siempre permanece tranquila: tiene sus batallas inevitables y no siempre es segura su victoria. Solo la de Maria fue siempre inmaculada y pacífica como si no tuviese cuerpo.

Pero aun cuando supusiéramos que alguna otra por milagroso privilegio de la gracia se hubiera conservado pura y pacífica sin experimentar las rebeliones de la natural concupiscencia, ¿cuál otra será comparable á la de nuestra Reina en el privilegio inaudito, incomprensible al humano entendimiento y admirable á los ángeles de una virginidad unida á la maternidad? Es virgen y sin embargo es madre; es madre y esto no obstante es virgen; conserva una perfecta integridad, y sin embargo concibe un niño, le lleva en su seno el tiempo prefijado, le dá á luz, le lacta con sus pechos, y es la mas pura de las vírgenes; ¿cuál otra se le puede comparar? La Iglesia en medio de su

admiracion la llama *Virgo singularis*: Vírgen singular, única, sin igual. ¡Oh, cuan cierto es que ella es incomparable y supera infinitamente á todas las demas vírgenes!

Ni la naturaleza ni la gracia produjeron nunca otra virgen semejante; el universo no ha visto otra que se le parezca; nunca podrán comprender esta gran maravilla los hombres ni los ángeles. ¡Oh asombro de todos los seres! ¡Virgen de las vírgenes, madre de las madres, virgen en todo tiempo, antes del parto, en el parto y despues del parto! Virgen de todas maneras, virgen bajo todos sentidos, en el cuerpo, en el alma, en los ojos, en el corazon, en los pensamientos, en las palabras, en los afectos y en los sentimientos. Madre admirable, que por sí sola dá todo el ser á su Hijo, le alimenta con sus pechos que son fecundos y vírgenes al mismo tiempo, y es la única que alimenta al Mantenedor de todo el universo. Jamás acabariamos si libremente nos entregásemos á la consideracion de otros prodigios, que en esta admirable virginidad resplandecen. ¿Pero no basta lo dicho para concluir que la virginidad de María supera incomparablemente á la de todos los hijos de Adan?

En segundo lugar, se aventaja muchísimo á la

de los ángeles: si los ángeles del cielo quisiesen competir en pureza con su Reina, decir pudieran: nosotros somos vírgenes; y ella les respondería: Sí, vosotros sois vírgenes; pero lo sois por naturaleza, y yo lo soy por gracia; por tanto siendo sobrenatural mi virginidad, es mas excelente que la vuestra. Ellos dirian: nosotros estamos exentos de la mas mínima mancha de impureza; y ella respondería: Sí, pero este estado os es necesario y por lo mismo sin mérito; mientras yo estoy en él voluntaria y libremente, y por lo mismo con mérito. Ellos decir pudieran: nosotros no sentimos inclinacion á la impureza; mas ella respondería: No es maravilla, pues sois espíritus puros: ¿cómo podriais sentir los estímulos de un cuerpo de carne que no teneis? Pero yo compuesta de carne humana, no siento lo mismo que vosotros la mas mínima inclinacion á la carne por un contínuo milagro de la gracia, que me tiene elevada sobre mi natural condicion. Es pues cosa manifiesta que la virginidad de Maria lleva consigo considerables ventajas á la de los ángeles. Y sin embargo ¿quién lo creyera? no acaba aqui su elevacion, y su pureza aun no ha hecho alarde de todos sus resplandores.

Consiste su mayor gloria en imitar la virgini-

dad de Dios Padre, que siendo la misma pureza, es sin embargo tan fecunda que produce á su Verbo. Ahora bien, la pureza es tan virginal en María que es la virginidad misma, y sin embargo es tan fecunda que produce un Dios, el cual es hijo único de una madre virgen. El Eterno Padre es al mismo tiempo padre y madre de su único Hijo, porque es padre virgen; y Nuestra Señora es al mismo tiempo padre y madre del mismo único Hijo, porque es una madre virgen. Jamás ha sido fecunda la virginidad para producir un hijo de su propia sustancia sino en ella y en el Eterno Padre. ¡Oh virginidad admirable! ¡Oh admirable union de la fecundidad con la virginidad!

Maria, sereis la madre del Hijo de Dios, dareis á luz al Salvador del mundo; pero para que seais madre, permaneced siempre virgen; para que seais madre de un Dios, obligaos á la virginidad con voto eterno: *Quomodo fiet istud: quoniam virum non cognosco?* ¡Ah Señor! ¿cómo quereis que yo sea madre quedando siempre virgen? ¿Empeñarse con voto á ser perpétuamente virgen, no es renunciar para siempre á tener hijos? Sí, es cons-

tituirse en voluntaria impotencia de tener hijos como hombres; pero es una excelente disposicion para tener un hijo como Dios, que no seria padre de su único hijo eternamente, si no fuese eternamente virgen; ni vos tampoco seriais madre de aquel mismo hijo, si no fueseis siempre virgen. ¡Oh cuán altos é incomprensibles al hombre son los caminos de Dios!

San Agustin en un sermon excelente sobre su natividad se inflama y todo él se transporta de celo, de alegría y admiracion al ver tantas maravillas. ¿Quién, hermanos mios, exclama, quién puede mirar aquel sol divino, que en la nube del seno virginal de su Madre conserva los mismos resplandores de majestad de que está circundado en el seno de su Padre? ¿Quién puede contemplarlo sin quedar deslumbrado? ¿Qué mente podrá comprender cómo aquel concepto eterno del entendimiento del Padre sea el concepto temporal del seno de la Madre, y que en el uno y en el otro sea concebido con la virginidad? ¿Qué lengua hablará dignamente de este misterio? ¿Qué elocuencia será capaz de explicarlo? Y luego dirigiéndose á la Santísima Virgen, decidme, ó Madre admirable del Santo de los Santos, como se formó entre los lirios de vuestra virginal pureza el

precioso fruto de vuestro seno? Decidme: ¿cómo pudo ser que el que hizo todas las cosas y á vos misma os hizo, sea hecho en vos y por vos, y que vuestro padre sea vuestro hijo? Decidme: ¿cómo sois al mismo tiempo su padre y su madre conservando siempre tan perfecta virginidad con tan admirable fecundidad? ¿Cómo habeis merecido tan grande privilegio? ¿Qué habeis dado á Dios por él? Qué intercesores habeis tenido? ¿Cómo os dispusisteis para tan alta dignidad? Decidme en fin cómo llegasteis á alcanzarla? A todo lo cual la hace responder. *Oblatio mea est virginitatis promissio.* Me preguntais qué dí yo á Dios para alcanzar su único Hijo y ser su madre: le prometí con voto permanecer siempre virgen. *Oblatio mea est humilitas mea.* Para ser elevada á la dignidad de madre de Dios me anonadé en su presencia reputándome por indigna esclava suya. ¡Oh bella disposicion! ¡Oh conducta del espíritu divino! Para ser madre se conserva siempre virgen; y para ser honrada con la dignidad de madre de Dios, concibe un inmenso desprecio de sí misma.

¿Qué asombro el de los sacerdotes que servian al templo cuando supieron que la Santísima Niña habia hecho voto de virginidad por toda la vida? Esto era inaudito en aquellos tiempos: el matrimo-

nio estaba en gran estima, y muy despreciada la continencia: la fecundidad y la multitud de los hijos se miraba como una bendicion de Dios, y la esterilidad como un oprobio y como una especie de maldicion divina. ¿Qué novedad no causaria ver á una jóven abrazar voluntariamente este partido? Decidnos, hermosa Niña, quién os ha hecho tomar semejante resolucion? ¿Quién os ha sugerido esta idea? ¿Quién os ha mostrado este ejemplo? ¿Quién os ha dado este consejo? ¿Quién os inspira esta manera de vida nunca vista hasta ahora?

Descubrian ellos tanta sabiduria en sus respuestas, tanta luz en su mente, tan nobles sentimientos en su corazon, tanta pureza en sus costumbres, tanta prudencia en su conducta, y un no sé qué de tan divino en su rostro que con sobrada razon juzgaron que necesariamente debia encerrar alguna cosa muy extraordinaria. Leian en el profeta Isaias aquel oráculo en el cual prometiendo Dios el Mesias, dice en términos expresos que le concebiría y daria á luz una virgen: *Ecce Virgo concipiet et pariet filium*; y que su nombre sería Emanuel, esto es, Dios con nosotros. Esta profecía no puede ser falsa, pues es promesa y palabra divina; la cual aun no se ha cumplido, porque nunca se ha hablado de una virgen que haya engendrado, y aun

no ha venido el Mesias. Mas hé aquí el tiempo indicado por todos los profetas. ¿Por ventura será esta aquella afortunada virgen, que se nos ha predicho y que debe producir la felicidad del mundo?

Ella es virgen de profesion, y por un voto expreso, y nadie hasta ahora se ha dedicado á Dios del mismo modo; se advierte en ella un no sé qué tan extraordinario, y disposiciones tan divinas, que hasta ahora cosa igual no se ha visto. ¿Por ventura será esta aquella que está destinada á ser madre del deseado de las naciones? ¿Será acaso esta la que nos dé á aquel Mesias tantas veces prometido, esperado y tan ardientemente suspirado desde el principio de los siglos? Decian los unos: tanto tiempo há que le esperamos y no viene: ¿quién creerá que haya de venir en nuestros dias mas bien que en los de nuestros hijos? Y replicaban otros; Estas promesas no siempre han de ser promesas. Menester es que se cumplan algun dia, pues de otra suerte serian falsas y cuanto mas tiempo han tardado en cumplirse, tanta mayor probabilidad tenemos de que en verificarse no sean ya morosas. Verdad es, respondia otro; pero ¿quién creerá que esta pobre niña está destinada á obrar aquel prodigio de los prodigios, que ha de pasmar al universo? No pensais que para esto será mas idónea

la princesa mas esclarecida del mundo? De ningun modo, replicaba el otro; pues está escrito de la madre del Mesias que no solamente será virgen, sino que será pobre, pues debe darle á luz en un establo, y reclinarle entre bestias en un pesebre. En suma, era un cisma el que habia entre ellos, pues no estaban tan ciegos que algo no viesen, y por otra parte no estaban suficientemente iluminados para descubrir la verdad: lo que les quedaba era un asombro y un respeto particular para con la admirable Hija de Joaquin. ¡Oh si hubiesen tenido las luces, que despues dió el Espíritu Santo á los padres de la Iglesia, y ellos nos han comunicado acerca de la excelencia de su virginidad!

CAPITULO XI.

Gloria es del sol, rey de los astros, ser dueño de un tesoro inexhausto de luz, no solo para gozarla sino tambien para derramarla en la inmensidad del universo. Y bien podemos decir de Maria Santisima que siendo el sol de la virginidad no tiene nada que envidiar á ese otro sol menguado en su presencia: ella posee tesoros de inocencia y de pureza, no tan solo para enriquecerse á sí misma mas que todos los ángeles del cielo, sino tambien para derramar su virtud sobre las almas de la tierra aprisionadas en cuerpos de carne corruptible, pues inspira pureza á todo el que vuelve sus miradas á

ella. San Ambrosio en el libro de la institucion de las vírgenes dice que tan abundante era en ella la gracia de la virginidad que no solamente la llenaba de hermosura, pureza y santidad, sino que solo su vista conferia el don de castidad á cuantos la visitaban.

Añade Santo Tomás que la belleza que suele arrojar centellas de fuego deshonesto, en María por el contrario exhalaba un espíritu de pudor y castidad, de tal manera que aunque fuese un milagro de belleza, sin embargo no hubo quien al mirarla no concibiese honestísimos sentimientos. Gerson observa lo mismo diciendo que su fisonomía era tan angelical, majestuosa y modesta que en cuantos la miraban imprimia un profundo respeto hácia su persona, y un afecto muy subido á la castidad. ¿Cuántos y cuántas han experimentado que solo el pensar en ella, el mirar alguna de sus imágenes, el pronunciar su nombre ó recurrir á ella de cualquier otra manera disipa las imaginaciones y reprime los movimientos contrarios á la castidad?

Es memorable el ejemplo de Cárlos octavo, rey de Francia, cuando en el saqueo de una ciudad de Italia que abandonó á la ferocidad y rapiña de sus soldados, una jóven muy hermosa se arrojó á sus pies gritando: «Favor, ó rey, favor, miseri-

cordia! ¡Ah! salvad mi honor, preservadme de los insultos de vuestros soldados.» La generosidad de aquel príncipe le hizo protegerla contra los otros; pero no tuvo fortaleza para defenderla de sí mismo. ¡Ay! creia haber evitado un peligro y se vió empeñada en otro mayor; pero era sierva de la Santísima Virgen. Cuando aquel príncipe estaba ya á punto de satisfacer su pasion, extendió ella las manos hácia una imagen de María y exclamó: «¡Oh rey! por el amor de la Virgen de las vírgenes que nos ha dado un salvador, salvadme, perdonad á mi virginidad.» ¡Oh poder milagroso de la virginidad de la Reina del cielo para extinguir las mas ardientes llamas de concupiscencia! Su nombre, su memoria, su imagen convirtió en un momento los ardores de aquel príncipe jóven en tal aficion á la pureza que respetó á aquella virgen, la cual habia invocado á la Virgen de las vírgenes, alabó su virtud, le dió una considerable suma de dinero para reparar las ruinas que la guerra le habia causado, y por consideracion á ella amparó á toda su parentela. Este no es mas que un ejemplo; pero todas las historias podrian suministrarnos una multitud de ejemplos, que nos hacen ver que la virginidad de María tiene poderosa virtud para inspirar sentimientos de castidad, y es lo primero en

que su virginidad resalta sobre todas las otras.

Triunfó en segundo lugar de una infinidad de enemigos, que la han combatido, con una gloria que resplandecerá en todos los siglos. Gentiles, judios, herejes, todos conspiraron con el infierno haciendo los mayores esfuerzos por desterrar del mundo la creencia de que es vírgen, ó al menos sostuvieron obstinadamente ser imposible que fuese madre y virgen. Pues á pesar de todos sus esfuerzos esta firme creencia se halla tan bien establecida que los verdaderos cristianos estamos prontos á dar la vida por sostenerla.

¡Cuántos milagros no ha obrado la diestra del Altísimo en confirmacion de esta verdad! Un religioso de Santo Domingo se vió molestado por una tentacion tan violenta contra la fé de la pureza de Maria, que no pudiendo vencerla con sus raciocinios ni librarse de ella por medio de oraciones, buscó el auxilio de algun buen siervo de Dios. Era muy célebre por aquel tiempo la santidad de Fray Egidio, uno de los primeros compañeros de San Francisco. Resolvió pues ir á verle. Entre tanto Dios reveló á Fr. Egidio la venida de aquel religioso y el motivo de su viaje; y saliendo él de su celda, corrió á su encuentro y saludándole sin esperar que le descubriese la causa de su inquietud,

le previno diciéndole: *Hermano mio, es virgen antes de su parto*; y golpeando el suelo con su báculo, hizo salir de él una blanca azucena de extraordinaria belleza. Dió otro golpe en el suelo, diciendo: *Hermano mio, es virgen en su parto;* y apareció otra azucena aun mas hermosa que la primera. Golpeó por tercera vez diciendo: *Hermano mio, es virgen despues de su parto*; y ambos religiosos vieron al instante levantarse otra azucena aun mas hermosa que las dos primeras: y disipóse al momento la tentacion.

Despues de haber admirado San Bernardo este prodigio de que una virgen sea madre y una madre sea virgen, de que la fecundidad y la virginidad se hayan encontrado y permanezcan unidas en una misma persona, exclama: ¿quién ha visto cosa semejante? Esto no tiene ejemplo ni hay quien lo imite. ¿Quién lo hubiera pensado? ¿Quién hubiera podido figurárselo? Ni la imaginacion de los hombres ni el pensamiento de los ángeles llega á tanto. ¿Quién pudo persuadirlo al mundo y hacer que una verdad tan estupenda fuese recibida por donde quiera, como hoy lo es, sin contradiccion? ¿Pues quién pudo hacerlo creer á todo el universo con tanta fé, certidumbre y firmeza que una innumerable multitud prefirió la muerte y hu-

biera sufrido mil muertes antes que abandonar esta creencia? *Elegerunt mille mortibus mori, quam ad momentum ab ista fide deficere*: palabras son estas de San Bernardo. ¡Oh Dios, qué alegria para su corazon, y qué consuelo para los verdaderos siervos de la Santísima Virgen ver que son tantos los generosos defensores de su pureza! ¡Oh quién nos diera tanto celo y amor á esta Señora que viviesemos dispuestos á dar la vida por su honra?

No pasemos en silencio la tercer cosa que hace aun mas admirable la excelencia de su virginidad. De cualquier manera que la consideremos, sea en su principio, sea en su fin, sea en su medio, siempre es incomparable, y aventaja tanto á toda otra virginidad cuanto el cielo á la tierra.

Atendiendo á su principio, es la virginidad de una Madre de Dios y una pureza á Dios prometida con voto perpétuo: es un voto de virginidad que procede de un amor de Dios mas puro, mas ardiente y mas perfecto que el de todos los hombres y el de todos los ángeles juntos. ¿Qué otra criatura sería capaz de una virginidad tan noble y excelente?

En cuanto á su fin, es una flor de la cual nace un fruto admirable, el Hijo de Dios, aquel

mismo á quien Dios-Padre produce con su virginal fecundidad y segunda vez reproduce por medio de la de su divina Madre. Está escrito que Dios-Padre lo ha hecho todo por él: *Omnia per ipsum facta sunt*. Quiere decir, que asi como todas las obras de la naturaleza fueron hechas por el divino Verbo como procedente del seno de su Padre; asi podemos decir que produciendo á él solo tambien produce todas las cosas en él y por él: hé aqui el fruto del seno virginal del Padre cuando produce á su único Hijo. Contemplad ahora al mismo Hijo producido del seno virginal de la Madre: cierto que todas las cosas fueron hechas por él. *Omnia per ipsum facta sunt*; es decir, todas las obras de la gracia son obras del Verbo encarnado que produce desde el seno de su divina Madre; ¿no podremos por tanto decir en algun modo que produciendo á él solo, ella produce en él y por él todo el mundo sobrenatural de la gracia, toda la santidad de la Iglesia militante y triunfante? Levantad los ojos al cielo, extendedlos sobre toda la iglesia, mirad esa multitud de santos y de santas, de perfecciones, de virtudes, de gracia y de gloria que viene á parar en Dios como en su término; hé aqui el fruto del seno virginal de la Madre al producir á su único Hijo, del cual todo es-

to depende. Hé aqui el fin donde se termina su virginidad. Decid ahora si alguna otra puede parangonársele? ¡Oh Dios! ¡Qué colmo de alegria para un alma que la reverencia y ama, ver la gloria de su virginidad en su principio y en su fin! Pero lo que acaba de manifestar su excelencia sobre toda otra virginidad, es el medio del cual Dios se valió para sublimarla sobre la de todas las criaturas, tanto las humanas como las angélicas, pues fue hacerla viva imagen de la suya, dándole fecundidad para producir á la misma persona divina que él produce, y esto con circunstancias que sobrepujan nuestra admiracion: pues en la virginidad de Dios un espíritu concibe y engendra á un espíritu: pero en la de Maria es una carne la que concibe y da el ser humano á ese mismo Dios. Este adorable espíritu procede del entendimiento del Padre; pero en María sale del seno virginal de la Madre. La virginidad del Padre engendra á su igual; la de la Madre engendra un ser infinitamente superior á ella.

En todos los demas santos el alma comunica al cuerpo la gloria; pero en la persona de la Reina de los querubines parece que el virginal cuerpo es quien hace al alma participante de su gloria. Lejos de nosotros decir que su alma no tenga su par-

ticular y altísima gloria independiente del cuerpo; lo que decimos es que su cuerpo dá á su alma un aumento de gloria: ¿pues cómo sin su cuerpo tendría la gloria de ser la virgen de las vírgenes, y la madre de Dios? ¿Por qué razon decimos que ha sido exaltada hasta el punto de tener una superioridad natural sobre Dios mismo, sino porque él es su verdadero hijo? Ahora bien, teniendo los padres y las madres una jurisdiccion natural sobre sus hijos, y ocupando ella sola el lugar de padre y madre para con el Hijo de Dios segun su humanidad, ¿no parece que deberia tener dos veces mas poder y jurisdiccion sobre él que las otras madres sobre sus hijos? ¿Y tendria estas incomprensibles grandezas si no las recibiese de su castísimo cuerpo? ¡Oh virginidad de Maria, cuán admirable sois! ¡Oh pureza, cuán amable sois á las almas que os conocen y honran!

CAPITULO XII.

Sería violentar el sentido literal de la divina palabra tan clara en el Evangelio, si dudásemos que San José fue verdadero esposo de la Santísima Virgen, pues se lee en el primer capítulo de San Mateo, que le dijo el angel: *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam*; y en el segundo de San Lucas: *Ascendit Joseph Bethlahem, ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnante*: fue José á Belen para ser inscrito segun el edicto de Augusto, con Maria su esposa, próxima al parto.

Era con fuerza de ley, antigua costumbre de

los hebreos que las jóvenes que se educaban en el templo dieran la mano pudorosa á un marido buscado por los sacerdotes ó por sus padres cuando llegaban á edad de casarse; por tanto los sacerdotes buscaron para la privilegiada Doncella un esposo que fuese en lo posible digno de su eminente santidad; y la divina Providencia que le tenia destinado á San José, declaró de una manera indudable sus designios sobre aquel justo, envidia de los mismos ángeles.

Pero despues de haberse consagrado á Dios con voto de virginidad, ¿cómo pudo Maria tomar por esposo á José? No dudeis, responde á esta dificultad Ugo de San Victor, no dudeis que su matrimonio con San José haya sido compatible con su voto: la razon es que gobernándose ella por las luces del Espíritu Santo que jamás le faltaban, sabia por revelacion que la alianza que contraia con aquel justo, nunca llegaria á nada terreno ni carnal, y que mas que sus cuerpos con el matrimonio, enlazarian su virginidad con un voto comun: ¿pues en qué consiste la esencia de un verdadero matrimonio sino en una sociedad legítima entre un hombre y una mujer, los cuales con mútuo consentimiento se dan uno á otro? Esta obligacion es la esencia del matrimonio, y cuan-

to sigue á este voluntario consentimiento y sirve á la natural produccion de los hijos, no es ni de esencia ni de perfeccion del matrimonio, el cual sin nada de esto puede subsistir en toda su perfeccion.

Todos los teólogos convienen en que hay en el matrimonio tres clases de bienes, que constituyen su perfeccion: *fides*, *proles*, *sacramentum*: la fidelidad, los frutos y el sacramento. La fidelidad consiste en que ninguno de los esposos defraude al otro del bien que le pertenece, de modo que uno al otro puedan decir con verdad: os conservo fielmente el cuerpo de que sois dueño. Los frutos no son tan solo los hijos, habiendo muchos verdaderos matrimonios que no tienen prole por impotencia natural ó por voluntaria continencia hecha de comun acuerdo y aun acompañada del voto, de lo cual nos presenta multiplicados ejemplos la historia de los héroes del cristianismo; y lejos de que por este voto padezca mengua la perfeccion de su matrimonio, su union se perfecciona y se sublima tanto cuanto es mas espiritual, mas pura y santa. Los frutos son todas las demas ventajas consiguientes á una amistad íntima é indisoluble entre dos amigos muy cordiales, muy tiernos, muy generosos y francos, que elevan

su mútuo cariño á una altura á que no llega ningun otro amor terreno. Finalmente, consiste el sacramento, como nos lo enseña San Pablo, en que esta union de los casados representa la de Jesucristo con su Iglesia: *Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo, et in Ecclesia. Ephes.* 5.

No pregunteis pues cómo se hallan bien avenidos el voto de virginidad que hizo Maria desde sus mas tiernos años y el matrimonio que contrae con San José. Tiene hecho voto de permanecer siempre virgen, y sin embargo dá su cuerpo á un hombre, porque sabe que asi lo dispone el Altísimo y que aquel varon justo será el incorruptible custodio de su pureza; de modo que no solamente no lo viola, sino que redobla, si se permite esta locucion, su magnánimo voto, haciendo entrar en sus sentimientos á su esposo San José, verificándose al mismo tiempo dos admirables contratos, uno entre ellos y el otro con Dios; entre ellos un contrato matrimonial, por el cual dá la Reina de los ángeles su purísimo cuerpo á su esposo José, y este dá el suyo á la Reina de las vírgenes, que es como si se hubiesen hecho una donacion recíproca de dos cuerpos santos, de dos reliquias preciosas para recibirlas con sumo respe-

to y conservarlas con profunda veneracion; y entablan en el mismo instante otro contrato y alianza con Dios, mediante su voto de virginidad perpétua, por el cual contentándose con el dominio que tienen el uno sobre el otro, renuncian para siempre al uso de tal dominio, y á Dios prometen conservarle con el aroma de cándida pureza sus cuerpos y sus almas. ¿Vióse jamás un matrimonio mas perfecto, mas grato á los ojos del Eterno, ni mas digno de la admiracion de los ángeles?

Debiendo ser Maria madre del Salvador, fue menester que fuese casada, pues aunque habia de serlo, no por el matrimonio como las demas mujeres, sino por obra sobrenatural del Espíritu Santo, era preciso dejar á cubierto su honor á los ojos de un mundo que ignoraba este misterio. ¿Qué juicio hubiera formado de una jóven soltera al verla en cinta ó alimentando á un niño con la leche de sus pechos? Mas viéndola casada no habia lugar á ningun juicio siniestro. De lo contrario corria inminente peligro no solo su buena reputacion, sino tambien su vida, pues en el capítulo veintidos del Deuteronomio se mandaba

apedrear á la jóven que se prostituyese. *Lapidibus obruent viri civitatis illius.*

Exigíalo tambien la gloria de su Hijo el Mesias, que Dios enviaba al mundo para la grande obra de la redencion. La grandeza é importancia de semejante empresa requeria una persona irreprensible. Si aun no hallándose en nuestro Redentor ni leve sombra de imperfeccion, ni cosa que denigrar en su familia, que descendia de los patriarcas y de los reyes de Judá, ni en sus costumbres, cuya inocencia ofuscaba los resplandores del sol, ni en su doctrina admirada de sus mismos enemigos, ni en sus obras que llevaban el sello de la omnipotencia, fueron tantas las calumnias, las injurias, los desprecios y malos tratamientos; ¿qué seria si se hubiera podido echarle en cara la vergüenza de ser hijo de una mujer sin marido, aunque en realidad su generacion fuese tan milagrosa? Pero aun cuando no bastáran estas razones otras muchas se agolpan á porfia. 1.ª Era menester que fuese entregada á la custodia de un hombre de angélica pureza, que fuera fiel testigo y escudo de su virginidad, para que viéndola con esposo, ningun otro hombre codiciára su mano. 2.ª Era menester que tuviese un marido de su propia familia para que por la ge-

neología de José se viniese en conocimiento de la suya, no siendo costumbre de los hebreos formar genealogías de mujeres sino solo de hombres. 3.ª Convenia que tuviese un superior á quien obedecer respetuosamente para enseñar á las mujeres con cuánta sumision y humildad deben honrar á sus maridos. 4.ª Era necesario que tuviese un esposo que la ayudase á llevar las fatigas y el peso de su familia, lo que es mas propio de hombres que de mujeres. Cuando tuvo que ir á Belen, por obedecer al Edicto del César, cuando tuvo que huir á Egipto para salvar á Jesus de la persecucion de Herodes, cuando era indispensable hacer otros viajes á Jerusalen ú otros puntos, convino ciertamente que la Madre y el Hijo viajasen guiados y protegidos por un hombre como el patriarca José. 5.ª Era menester que honrase y santificase los tres estados en que se hallan las de su sexo, celibato, matrimonio y viudez, y que á todas ellas se ofreciese un modelo bellísimo y perfecto. Dulce consuelo es para las hijas de Eva, sea cual fuere el estado en que la Providencia las haya puesto, el decir: «Mi Madre celestial tuvo el mismo estado que yo, y su vida me ha de servir de modelo.»

Estas razones se robustecen con otra de que

hacen alto aprecio San Gerónimo y muchos otros padres, y es de San Ignacio mártir. Quiso Dios, dice, que su Madre fuese casada para engañar al príncipe de las tinieblas, y ocultarle bajo el velo del matrimonio los misterios de la divinidad de su Hijo, de la muerte de un Dios y el de la virginidad de su Madre; y asi la antigua serpiente alucinada por el velo del matrimonio y por el nacimiento de un niño, no conoció que aquel niño era Dios, ni que aquella madre fuese virgen, ni que la muerte de la víctima del Calvario fuese el sacrificio de un Hombre-Dios por la redencion de sus hermanos.

Maria necesitaba un amigo íntimo, un depositario de los secretos de su corazon, un José, cuya alma fuese una misma cosa con la suya, para comunicar con ella los ardores de su celestial amor y tratar de los misterios que se obraban en la encarnacion del Verbo, en la reparacion de la gloria de Dios, y redencion del mundo. Los coloquios de las cosas de Dios son dulcísimos para las almas que le conocen, y cuanto mas le conocen, tanto mas hambrientas se hallan de hablar juntas sobre su amado. ¡Oh! ¿á qué lengua seria dable reproducir las conversaciones de Maria y de José? Cuando aquellas dos almas tan semejantes en gracia,

en luz, y en gusto y sabor de Dios, se comunicaban cuanto recibieran de lo alto en sus contemplaciones, ¿no os parece que los ángeles del cielo estarian colgados de sus labios aprendiendo de ellos altas verdades del misterio de la encarnacion? ¡Oh Maria! ¡Oh José! ¡Oh depositarios de los secretos del Hijo de Dios! ¡Ah! que no podamos adivinar lo que pasó en vuestras almas, lo que concibió vuestro entendimiento, lo que gustaron vuestros corazones, lo que profirió vuestra lengua! Mas ya que no seamos dignos de penetrar en tan divino santuario, al menos séanos permitido adorarlo, admirarlo, y amarlo deseando una estrechísima union con vuestros corazones, para no querer ni sentir nunca sino lo que ellos quisieron y sintieron, y amar á nuestro Salvador con el mismo fuego con que le amaron.

Cuando considero á Jesus entre Maria y José, adoro este misterio y me imagino ver aquellos dos querubines que sobre el arca del testamento extendian sus alas cubriendo el propiciatorio, que era la parte superior del arca, donde Dios se dignaba emitir sus oráculos y escuchar las oraciones de sus siervos. Uno de ellos tenia la figura de un jóven y el otro de una jóven, segun observa Arias Montano, y situados uno enfrente de otro, am-

bos tenian los ojos fijos en el propiciatorio, en el cual uno á otro se estaban siempre mirando como en un espejo, pues era de una plancha de oro finísimo y resplandeciente, que representaba cuanto se le acercase. Pero este no era mas que una figura de Jesucristo, que es el verdadero propiciatorio. ¿Pues qué son Maria y José unidos con el vínculo del matrimonio sino los dos querubines que con sus alas cubren el propiciatorio? Ambos extienden los brazos y se dan la mano para proteger, sustentar, custodiar y servir á su querido Jesus: sus ojos están fijos solo en Jesus: sus corazones aman solo á Jesus; y sin mirarse directamente uno á otro, se ven siempre en Jesus como en el espejo de la Divinidad, en el cual Dios Padre se contempla eternamente á sí mismo y en el cual todos los bienaventurados se conocen y y aman, como José y Maria se remiran en este espejo adorable amándose con un amor divino.

¡Oh esposos, cuya union es el purísimo amor de Jesucristo, no mirándose ni amándose sino en él y por él! ¡Oh dichosos querubines del arca, cuyo oficio es tender las manos sobre el verdadero propiciatorio, contemplarlo y ver alli estáticos de asombro la divina Majestad anonadada por amor de los hombres! ¡Oh felices depositarios, cuya úni-

ca solicitud es guardar mas que la propia vida aquel precioso tesoro! ¡Oh si todos los casados volviesen los ojos á este modelo esforzándose en imitarle en cuanto les fuera posible, amándose con un cariño no solo natural, sino sobrenatural, dándose uno á otro las manos para extenderlas de comun acuerdo sobre el propiciatorio, emprendiendo con firme y unánime resolucion los ejercicios de piedad como su principal y único negocio para procurarse mútuamente los bienes eternos en que está cifrada la amistad verdadera, y considerando á sus hijos como preciosos depósitos que el Señor les confia para que se los conserven cuidadosamente, preservándolos del contagio del vicio, y llenándolos desde la infancia del espíritu de Dios, á fin de restituírselos puros y santos en la eternidad! ¡Oh, si asi fuese, qué de gracias lloverian sobre ellos del trono de la misericordia!

Admirable es la institucion del matrimonio: Dios al establecerlo quiso que el hombre y la mujer se hiciesen una misma cosa, y que tan íntima y duradera fuese esta union que imitase la del alma con el cuerpo, de modo que nada sino la

muerte fuera capaz de romperla: por lo cual es de rigorosa justicia que entre los casados sean todas las cosas comunes, los honores, las riquezas, los afectos, los sentimientos, la misma vida, los cuerpos y las almas, pues una misma y una sola cosa son el hombre y la mujer por el sacramento del matrimonio. ***Erunt duo in carne una***: y en todo buen derecho pasan ambos por una sola y una misma persona. ¡Oh Dios! ¡Qué de consecuencias gloriosas para José pueden y deben sacarse de su matrimonio con la Reina del cielo! El Señor le elevó á la mayor gloria posible, haciéndole una misma cosa con su Madre por medio de ese indisoluble lazo.

Todos los títulos de honor son comunes entre el marido y la mujer, y de aqui es inmensa la honra que á José le resulta, perteneciéndole de justicia las prerogativas con que al Eterno plugo enriquecer á su esposa. *Quia omnia quœ sunt uxoris, sunt viri.* Ambos desde la eternidad fueron predestinados para concurrir al misterio de la Encarnacion y redencion del mundo: ambos sin el borron del pecado y llenos de gracias para llevar á cabo dignamente aquel magnífico designio: ambos descendientes de reyes y patriarcas: ambos consagrados á Dios con voto de virginidad: ambos

honrados con la comision nobilísima de alimentar, custodiar y educar, desempeñando todos los oficios de verdaderos padres, al encarnado Verbo: Maria, despues de haberle producido de su propia sustancia, le mantuvo con la leche de sus virginales pechos: José le alimentaba con el trabajo de sus manos: ambos poseian aquel tesoro, le guardaban mas que su propia vida, le amaban con un mismo corazon, y esta gloria era comun á entrambos.

No solo los honores, tambien las riquezas son comunes entre los esposos; asi las inmensas riquezas de Maria son riquezas de José. Y para ponderar cuán rica fuese la Señora, no hay mas que considerar que el Padre Eterno le dió á su propio Hijo, que es el tesoro que á él mismo le hace infinitamente rico; y habiéndoselc dado, ¿quién se atreverá á pensar que le negára alguna de las otras riquezas de que es dueño y señor?

¿Quereis ver cómo entrega Dios todos sus tesoros á Maria? Observad lo que hace con el tesoro de la naturaleza. La predestinó desde ab eterno con su Hijo, y luego sacó de la nada para ellos el resto de las criaturas, como quien les hacia un regalo. ¿Quién lo dice? La Iglesia regida por el Espíritu Santo pone en boca de la Señora estas pa-

labras del capítulo veintiocho del Eclesiástico: *Ab initio, et ante sæcula creata sum*, manifestándonos que fue creada desde el principio y antes de los siglos; mas esto no ha de entenderse en cuanto á la ejecucion ó existencia actual, pues no existió ni antes del mundo ni desde el principio del mundo, sino que en la intencion divina fue con su Hijo primera entre las criaturas. Ella por consiguiente fue el fin por el cual crió el Eterno toda la naturaleza; luego todo le pertenece de justicia segun la verdadera intencion divina.

Ni hay que admirarse de esto, pues si escribiendo San Pablo á los cristianos de Corinto, despues de haberles hecho una descripcion del mundo, de la vida, de la muerte, de las cosas presentes y futuras, les dice: *Omnia vestra sunt*, todo es vuestro, y vosotros sois de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios su Padre; ¡con cuánta mayor razon diremos á la Esposa de José: *Omnia vestra sunt*, todo es vuestro, ó Soberana, ó dominadora de todos los seres criados; el cielo y la tierra, los astros y los elementos, las plantas y los animales, los hombres y los ángeles, todo se hizo para vos, todo es vuestro, y vos sois únicamente de Jesus, y Jesus es de su Padre Dios! Si el Señor dijo á Santa Teresa: *sábete, hija, que si no hubiese cria-*

do el mundo por otra causa, hubiéralo criado solo por tí. ¿Qué extraño es que digamos que crió el mundo y produjo toda la naturaleza por su Santísima Madre? Todo el mundo está bajo su dominio, todas las criaturas la acatan y obedecen, pregónanla bienaventurada todas las naciones; y ved aquí como toda la naturaleza es su tesoro. Esta empero es la menor de sus riquezas.

El Señor le dá su gracia en mayor abundancia, y para hacérnoslo entender la Santa Iglesia la llama en sus letanías Madre de la divina gracia: *Mater divinæ gratiæ.* Si respetuosamente consideramos lo que encierra el seno de Maria, veremos que es el autor de la divina gracia, la inexhausta fuente de las gracias santificadoras del ángel y del hombre; y asi salta á los ojos que ella está en plena posesion de todo el inmenso tesoro de las divinas gracias.

Es célebre aquella sentencia de San Gerónimo: *Cæteris per partes, Mariæ vero simul se tota infudit plenitudo gratiæ.* A los demas se dá por partes, pero en Maria se derrama entera la plenitud de la gracia. Es su propietaria, no como de una cosa de que ella misma sea orígen, sino como de un bien recibido: es la depositaria de este bien general del mundo confiado á su fidelidad: es al

distribuidora de este caudal precioso, pues segun el comun sentir de los Santos Padres no recibimos gracia alguna de Dios, sino mediante su poderosa intercesion.

En cuanto al tesoro de la gloria, es necesario medirlo con el compás de la gracia, pues no es otra cosa que la misma gracia en su fruto y en toda su madurez, siendo en todas las almas la medida de la gloria la gracia de que se vieron enriquecidas. Razon pues sobra para decir que asi como Dios puso á Maria en posesion de todo el tesoro de su gracia, púsola igualmente en plena posesion de todo el tesoro de su gloria. Y esto sin duda quiso indicar el Apocalipsis describiéndonos la maravilla de una mujer vestida del sol. ¿Quién no adivina lo que ese sol significa? ¿Quién no está viendo que es la gloria de Maria?

Reasumamos las riquezas de la Doncella de Nazaret: posee al mismo Hijo de Dios que es el tesoro esencial, necesario, infinito y eterno de Dios su Padre, el cual habiéndole hecho este inefable regalo, nada pudo negarle del resto de sus bienes. *Quomodo cum illo non omnia illi donavit?* Ella es pues la persona mas rica que haya formado la diestra del Excelso. ¿Y quién será digno de la mano de esta Princesa? Tanta dicha estaba reserva-

da desde la eternidad para el Patriarca José. Dios quiso hacerle con este matrimonio mas rico que todos los santos de la Iglesia triunfante y militante, no habiendo la mas mínima duda en que son del esposo los bienes de la esposa.

Pero la principal y mas preciosa dote de su matrimonio es poseer el corazon de Maria. ¿Y quién dirá la abundancia de inestimables riquezas, que acumuló en aquel endiosado corazon la ternura del Dios de quien es hija, madre y esposa? Oigamos á San Bernardino de Sena acerca de la comunicacion, ó mejor dicho, indibisibilidad de bienes de los amantes corazones de San José y Maria: *Quia omnia quœ uxoris, sunt etiam viri, credo, quod Beatissima Virgo totum thesaurum cordis sui quem Joseph recipere poterat, illi liberalissime exhibebat*: Siendo justo que pertenezca al marido cuanto posee la mujer, creo firmemente que la Virgen Santísima comunicaba á José todos los tesoros de su corazon. Cuanto mas nos engolfamos en este mar inmenso de las grandezas de José y de María, vemos salir nuevos torrentes de luz que ofuscan nuestra vista; no pueden resistirla los ojos, y es preciso cerrarlos y guardar profundísimo silencio para meditar en ellos con mayor recogimiento.

CAPITULO XIII.

Quien hubiese visto con los ojos de la carne lo que se obraba invisiblemente cuando el arcángel San Gabriel pronunció estas palabras: *Ave gratia plena, Dominus tecum*: confesaria que en el curso de los siglos no ha habido un dia tan admirable y prodigioso, pues como era el de la magnífica entrada de la gracia en este mundo de donde la habian desterrado desde un principio el pecado y el demonio, en comparacion suya es sombra vana el triunfal ingreso de un vencedor en la ciudad conquistada. Tres personas augustas la traian en triunfo: un ángel que la anunciaba, una virgen

que la recibia y un Dios que la poseía: el ángel la traia en los labios, la Virgen la recibia en su seno, y en su corazon la llevaba el mismo Dios cual tesoro inexhausto.

Bajo la apariencia de un cuerpo humano y bajo la forma de un bellísimo jóven, entró el arcángel Gabriel en la habitacion de la Virgen, y hallóla sola y en oracion. Figuraos la sorpresa de una Virgen tan pura al verse sola con un jóven. Pero este era un embajador del cielo, un representante de la Santisima Trinidad; y como los embajadores se rodean de magnífica pompa proporcionada á la grandeza del príncipe que los envia, este que venia de parte del soberano Monarca del universo, se revistió de tal belleza y majestad, que la augusta Doncella conoció que no era aquel un hombre de la tierra, sino un príncipe de la corte celestial, y escuchó al embajador de Dios como hubiese escuchado al mismo Dios.

Su coloquio con él fue purísimo y elevadísimo; penetrando sus ojos al través del cuerpo artificial que el ángel se habia formado como al través de un espejo, veian claramente la sustancia espiritual del ángel, como nos lo asegura San Atanasio, y así estaba cierta de que hablaba con un espíritu. No se turbó la Señora con la vista, sino con la palabra

del ángel: el Evangelio se expresa de un modo terminante: *Turbata est in sermone ejus*; la palabra era quien la hacia temblar, y no la del ángel sino la de Dios, el Verbo eterno, cuya majestad descubria en la embajada de Gabriel, anunciándola este que concebiria en sus entrañas al adorable Verbo: turbábanla su humildad y su pureza.

Por una parte su humildad profundísima es causa de su turbacion, pues se juzga la última y la mas indigna de las criaturas: asústase y tiembla al oir que será Madre del que es el esplendor de la infinita gloria de Dios Padre; porque nada confunde al humilde tanto como la elevacion, asi como para conturbar á un soberbio, tiene la humillacion una eficacia irresistible. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán lejos estoy de ser verdaderamente humilde, pues me regocijo siempre que se me honra algun poco! ¿Y una elevacion tan santa y tan divina estremece á María?

Túrbala por otra parte su virginal pureza, que para siempre y con voto ha consagrado á su Dios: la estima mas que á su vida, y asi al oir que será madre, tiembla por su virginidad. Ni basta para tranquilizarla decirle que será madre de Dios, pues si para serlo fuese preciso perder su preciosa virginidad, renunciaria aquella digni-

dad sublime. En vano le dice el ángel: «No temais, María, habeis hallado gracia delante del Señor, concebireis y dareis á luz un hijo á quien llamareis Jesus, y será el Hijo del Altísimo que ha de reinar eternamente:» que esta inmensa gloria de ser madre del Hijo del Altísimo no calma su turbacion, tiembla por su virginidad y replica al arcángel: «¿cómo se hará esto, pues yo no tengo comercio con ningun hombre, ni quiero tenerlo nunca?» Y no se tranquiliza ni dá su consentimiento hasta que el ángel le asegura que todo será obra del Espíritu Santo.

¡Oh vírgenes cristianas, que teneis á Jesus por vuestro único esposo, ó hijas de familia, ó virtuosas matronas, que mirais á Maria como el honor de vuestro sexo y empleais la ternura de vuestros corazones en amarla, teniéndola por madre, jamás perdais de vista este admirable ejemplo: su humildad y su pureza la hacen estremecer á la presencia de un ángel. ¿Cuál no seria la estimacion que hiciese de estas virtudes? ¡Qué celo, qué amor, qué fidelidad la suya en conservarlas! Estas fueron segun San Bernardo las que en ella fijaron los ojos del Altísimo, mereciéndole la divina maternidad: *Virginitate placuit: humilitate concepit.*

Conoceremos la infinita importancia de este mensaje, si consideramos que en él no se trata de los intereses de un rey de la tierra y de todos sus vasallos, sino de todos los reyes del orbe y de todos los vasallos que de ellos dependen, y no solo de los que viven en un siglo, sino de cuantos han existido y existirán desde la creacion del mundo hasta el último dia. El negocio pendiente no es un bien temporal, ó un honor pasajero, ó una vida perecedera, sino un bien ó un mal infinito, una honra, ó una infamia perpétua, y una vida ó una muerte eterna.

Los ángeles estan sumamente interesados, pues el éxito venturoso de esta embajada hará que los hombres hermanados con ellos ocupen en el cielo las radiantes sillas, que dejaron vacias los querubines rebeldes. Dios mismo tiene en ella un interés vivísimo, pues de esta negociacion depende el que se repare su externa gloria, ingratamente ofendida por la criatura; el que se establezca una paz general y duradera entre el cielo y la tierra, entre el Hacedor y la humana naturaleza; el que estas partes beligerantes desde el principio del mundo, apagada la tea de su discordia, contraigan un matrimonio admirable que haga de ellas una misma persona, formando tan estrecha, tan

fuerte y santa union que ni la vida ní la muerte puedan separarlas. A esta mision del ángel estan vinculadas la dicha eterna de los hombres, el complemento de la felicidad de los espíritus celestiales y toda la gloria que Dios recibe de sus criaturas.

El cielo busca á Maria: el mensajero es un arcángel, y el mismo Rey de omnipotente majestad dirige esta inefable empresa: mientras él habla á su enviado, los tronos y las dominaciones han entrado en un éxtasis de admiracion, y todas las inteligencias celestiales guardan silencio profundo y respetuoso.

Volad, Gabriel, atravesad el inmenso espacio que media entre los cielos y la tierra, llevad á la Virgen Maria las nuevas de nuestro consejo; la hallareis en la pequeña ciudad de Nazaret; estrecho es el cerco de sus murallas; la casa donde habita es pequeña; suya es empero la grandeza del reino de los cielos: id á decirle que se ha decretado que ella será la madre del Hijo de Dios.

En el momento que el arcángel recibe comision tan honorífica, inflamado de santo celo, pero temblando al peso de la grandeza del mandato, prepárase á ejecutárlo: se reviste de las apariencias de un cuerpo humano; se engalana con magnificencia, belleza, majestad y resplandores, y tras-

pasa los cielos con vuelo rapidísimo y entra en la reducida habitacion de la Santísima Virgen.

No hizo á la Señora un largo discurso lleno de cumplimientos humanos, porque no debia hablarle sino de los arcanos de la Divinidad: no le hizo una amplia exposicion del misterio que le anunciaba (el cual despues de su cumplimiento tanto ha ejercitado la elocuencia de los Santos Padres) porque hablaba á la Madre de la divina sabiduría, á quien la Iglesia llama Virgen prudentísima, á la que entendia el lenguaje de Dios, que consiste en una sola palabra.

El Eterno habia compuesto la arenga de su embajador, y el arcángel que la recibiera con sumision humilde, la pronunció saludando á Maria con respeto profundo: *Ave gratia plena*, *Dominus tecum*. Nada añadió, nada mudó, y como no exponia sus propios pensamientos, no pronunció palabras de su invencion, sino las del Omnipotente que le enviaba y hablaba por su boca.

Tal es el origen del *Ave Maria*. Esta salutacion angélica es grande y admirable en demasia. Brevísima en las palabras, pero profundísima en su sentido é inteligencia, que encierra todos los secretos del misterio de la Encarnacion: de tan noble origen que la concibe el corazon de Dios,

un ángel la publica y la recibe la Madre del mismo Dios: de tan poderosa virtud que hace temblar á los demonios, consuela á los ángeles santos y renueva en el corazon de la Virgen nuestra Señora el regocijo que le causó verse hecha madre de Dios. Es para la Iglesia tan gloriosa que leyéndola en el mismo Evangelio en que lee el *Padre nuestro* que es la oracion compuesta por el mismo Jesus, le profesa la misma estimacion y respeto, y repitiéndola contínuamente, propónese imitar el sempiterno cántico que se canta en el cielo á la Majestad divina, repitiendo incesantemente Santo, Santo, Santo: *Incessabili voce proclamant, Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus.* ¿No parece que la Iglesia militante responda con otro coro á la triunfante, cuando sin cesar repite: Ave Maria, Ave Maria, Ave Maria?

Sabemos cuando se verificó este asombroso misterio, pues principiaron á contarse los años desde el inmaculado parto del portalito de Belen, y la Iglesia cree que fue el veinticinco de Marzo, porque en tal dia celebra la fiesta de la Anunciacion. Dice San Atanasio que fue muy de mañana hácia la hora en que se cantan maitines, á

fin que el dia de la gracia principiase cuando comienza el de la naturaleza., y por ser aquella la hora en que nuestra alma suele estar mas tranquila y mejor dispuesta á hablar con Dios en la oracion. Y San Bernardo repite que la Santísima Virgen estaba encerrada en su cuarto para no ser interrumpida en su oracion, ó en la lectura de los libros santos que la ocupaba continuamente: *Ne orantis perturbaretur silentium.*

El arcángel Gabriel no llamó á la puerta para que se le abriese, sino que entró penetrando las paredes cual ángel vestido de sutil cuerpo y ágil como los espíritus; entró en silencio y con humildad, no habiendo venido á mandar sino á pedir el consentimiento de la divina Amante. ¿Y no os parece maravilla el que la majestad de Dios le envie uno de los primeros príncipes de la corte celestial á preguntarle si quiere consentir en el matrimonio de la naturaleza divina con la humana, que en su seno desea efectuar? ¡Qué! ¿Era preciso que para esto pidiese y esperase su consentimiento? Al modo que formó el cuerpo de la primera mujer, sacándola de una costilla del hombre, sin que este lo advirtiera, ¿no podia hacer que la Virgen concibiese sin quererlo y aun sin advertirlo?

Lo podia; mas la infinita majestad del Excelso, no contenta con humillarse hasta la nada de nuestra humana naturaleza, quiso para elló requerir el consentimiento y como pedir licencia á su criatura. ¡Oh bondad! ¡Oh ejemplo de sumision maravillosa! ¿No bastaba, Señor, que hicieseis á Maria la honra de elegirla por vuestra madre? Exigís su consentimiento á fin de que siéndole libre le sea meritoria la obra de vuestra misericordia infinita y de vuestra omnipotencia igualmente infinita. ¡Oh divina, inefable bondad! ¡Oh altísima honra! ¡Oh fortuna! ¡Oh gloria! ¡Oh mérito infinito de la Doncella delicia de vuestros ojos! San Bernardino de Sena cree que ella mereció, con solo este consentimiento de su voluntad, mas que los hombres todos y todos los ángeles juntos con todo lo que hagan, digan ó piensen de mas santo en todos los dias de su vida.

¿Quereis saber lo que respondió Maria al embajador del cielo? Parece que no tenia necesidad de haber deliberado tanto para resolver sobre un negocio de tamaña importancia; oid sin embargo como le habla San Agustin; y San Bernardo, San Fulgencio, San Lorenzo Justiniano y otros muchos Padres le dirigen casi las mismas palabras animadas de sentimientos muy semejantes. Res-

ponded, Virgen santa, le dicen, dad vuestro consentimiento al ángel que os le pide de parte de Dios, y que lo espera para llevárselo. Dad una respuesta favorable á la salud del género humano, que á vuestras plantas suspira embriagado con la hiel de su inmenso infortunio: decid una sola palabra; con una sola palabra podeis consolarle, ó Santísima Virgen, vos que sois la esperanza de todos los siglos: llegado es el tiempo: en vuestras manos está el consuelo de los afligidos: todos los ojos estan vueltos y clavados en vos y os solicitan con sus lágrimas; misericordia se os pide de todos los ángulos del universo donde hay criaturas racionales, misericordia del limbo, de la tierra y hasta del cielo; á vos se clama con un mismo grito, se ruega con una misma vehemencia y se suspira con un mismo deseo; hablad, oráculo de salvacion, responded á la demanda del embajador que os habla; dad el consentimiento que el cielo, la tierra, los ángeles y los hombres, el Criador y las criaturas os piden; decid una sola palabra y derramareis por do quiera la salud y la alegria.

Mirad al Hijo único de Dios pronto á salir del seno de su Padre, esperando á la puerta de los cielos para entrar regocijado en vuestro seno

virginal en el instante que hayais consentido. Mirad á vuestro primer padre Adan, mirad á todos los Patriarcas y á todos los reyes de los siglos pasados que son vuestros abuelos, mirad á todos vuestros parientes, los hijos de nuestro primer padre que todos estan desolados porque se les veda la entrada en el reino de la gloria, si vos no les abris la puerta con una respuesta favorable. Hablad pues, Virgen bendita, dad cuanto antes vuestro consentimiento al arcángel que está esperándolo para alegrarse con todos los ángeles y con todos los hombres; consentid en ser madre de Dios y á todos los hareis hijos de Dios.

¿Por qué quedais pensativa? ¿Reflexionais para deliberar, mientras todos los seres estan suspensos esperando cuál será vuestra resolucion? ¿Qué esperais? ¿Qué temeis? ¿No habeis oido que no sereis madre sino por obra del Espíritu Santo sin el mas leve menoscabo de vuestra virginal pureza? ¿Cómo teme la que ha hallado gracia delante del Señor? Decid una palabra, y Dios os dará su palabra eterna, su eterno Verbo, su único Hijo de quien sereis amorosa madre.

Consolaos, míseros mortales, desterrad la tristeza, enjugad vuestras lágrimas, saltad de gozo y embriagaos de alegria: derramad vuestros cora-

zones cantando y repitiendo mil veces *Alleluya*: Maria ha dado su consentimiento, y vosotros tendreis un Salvador, tendreis un Hombre Dios, tendreis todos la dicha de emparentaros con Dios que será vuestro hermano, tendreis la honra de ser sus hijos, y por fin tendreis la gloria de ser sus coherederos en el reino de su celestial Padre y poseedores de su gloria en la eternidad, y todo esto lo habeis adquirido por el consentimiento que acaba de dar Maria para ser madre de Dios. ¿Y con qué os manifestaremos nuestra gratitud por lo infinito que os debemos, ó Madre amabilísima? ¿Y no pide rigurosa justicia que os seamos devotísimos por siempre y sin reserva, y que todo nuestro corazon y toda nuestra alma no viva, no aliente, no respire sino en vos y para vos?

Las palabras que dijo al ángel la Santísima Virgen fueron estas: *Ecce ancilla Domini*; *fiat mihi secundum verbum tuum.* Hé aqui, Señor, vuestra humilde esclava, hágase en mí segun vuestra palabra. Pronunciábalas arrodillada en tierra, con el corazon, las manos y los ojos levantados al cielo. ¡Oh respuesta maravillosa! ¡Oh poderosas palabras! ¡Oh profundidad de los misterios que encierran!

CAPITULO XIV.

Ve Maria un ángel que viene á saludarla de parte del soberano Monarca del universo, y la honra infinitamente llamándola llena de gracia, es decir, de belleza, de santidad y perfeccion hasta el punto de que enamorado el mismo Dios de su hermosura, quiere bajar á su seno y la elige por su madre, que es la mas alta dignidad á que le es dado levantarla; y ella desde tamaña altura se abisma en las profundidades de su humildad y responde al ángel: *Ecce ancilla Domini*: Yo no soy mas que una esclava del Señor. Quiso el soberbio querubin ser el primero en la casa de Dios,

semejante al Altísimo, y su ambicion le hizo el último de los seres y el mas desemejante de Dios. La Santísima Virgen por el contrario responde á Gabriel que ella es la esclava, esto es, la última de la casa; y su humildad la eleva á ser la madre, es decir, la primera y tan semejante al Altísimo que la ha formado á su semejanza. *Merito facta est novissima prima, quæ cum prima esset, omnium se novissimam faciebat*, dice San Bernardo.

La Virgen añade luego: *Fiat*, que en nuestra boca significaria un deseo y una plegaria, pero en la suya parece que Dios haya querido que fuese una palabra de autoridad, de mandato y de tan gran poderio que muchos santos Padres, comparando el *Fiat* del Omnipotente en la creacion del mundo con el *Fiat* del misterio de la Encarnacion, opinan que este se ostentó mas poderoso que el otro, porque produjo efectos mas admirables.

1.º El *Fiat* de Dios solo dió el ser á las criaturas; y el de Maria se lo dió al mismo Dios: 2.º El de Dios sacó los mundos del seno de la nada; el de Maria sacó al Hijo de Dios del seno de su eterno Padre: 3.º El de Dios nada añadió á su grandeza y perfecciones infinitas; el de Maria produjo en ella efectos maravillosos, pues en

el instante que lo pronunció vióse hecha madre de Dios y enriquecida de las prerogativas consiguientes á tan excelsa dignidad: 4.° El de Dios le dió imperio sobre criaturas caducas; el de Maria le dió imperio sobre el mismo Dios, pues al pronunciar aquella poderosa palabra se hizo su madre y él se hizo su hijo, y por consecuencia su inferior temporalmente, habiendo ella adquirido derecho para mandarle.

¡Oh *Fiat* admirable! ¡Oh *Fiat* incomprensible! ¡Oh *Fiat* omnipotente de la Virgen madre! Tú pusiste atónita á toda la naturaleza, atropellaste sus leyes y violaste sus derechos con admirables privilegios y estupendos milagros. Una Virgen quedando virgen concibe en su seno un niño: forma por sí sola su cuerpo que al punto se halla organizado y dispuesto á recibir el alma; es animado en el acto, y en el mismo instante aquella alma se vé llena de sabiduria, de gracia, y de todos los dones del cielo; en el mismo momento es dichosa por la clara vision de Dios, y en aquel mismo instante aquel alma y aquel cuerpo son unidos á Dios, y la Santísima Virgen se halla en cinta de un hombre.

El gran San Dionisio Areopagita no temió estampar en su libro cuarto de los nombres divinos

estas palabras: *Audemus et illud pro veritate dicere, quod ipsemet Creator omnium extra se factus est.* Y para que no parezca demasiado que al mismo Dios hiciese entrar en éxtasis el *Fiat* de una Doncella divinamente hechicero, el mismo Santo da la razon y añade que fue obra de su amor: *Propter amatoriam suæ bonitatis magnitudinem.* ¡Pero qué amor! ¡Qué maravilla! ¡Qué otro amor que el de Maria pudo hechizar y arrebatar de tal suerte el corazon de su Dios! Con razon exclamaba San Bernardo: *O amoris vis! Quid violentius? Sic de Deo triumphat amor.*

El *Fiat* de la divina Madre hace un Dios salvador al Dios que para con nosotros no tenia mas que el título de criador. Y aunque este ha sido siempre el mismo Dios, como criador se limitaba su omnipotencia á sacar criaturas de la nada; ahora como salvador hace mas, mucho mas, saca las almas inmortales de los abismos del pecado, y les dá un ser sobrenatural y divino con la gracia santificante, cuya mínima porcion vale mas que la natural existencia del universo. Antes no podia tener hermanos, y ahora le envia su Padre, y la Santísima Virgen le recibe en sus entrañas para hacer hermanos suyos á todos los hombres. *Unicum ipsum, quem genuerat, misit in mundum*

ut non esset unicus sed fratres haberet adoptivos. August. tract. 2. in Jo.

Mi Criador no hizo de mí sino una criatura; y si hubiese permanecido asi nunca llegaria al reino de la gloria ni gozaria de mi Dios. *Nihil enim nasci profuit, nisi redimi profuisset.* Pero la Madre admirable con la divina fecundidad que ha recibido del Padre, me dá un Dios no solamente criador, sino tambien salvador; y él me dá un ser divino, me adopta por hijo de Dios y me confiere un derecho legítimo á la posesion de su eterno heredamiento. Vos, Padre celestial, me disteis un criador, sin él nada seria yo, y por lo mismo os debo amor ardiente, adoracion profunda. Pero vos, divina Madre, me habeis dado un Salvador, sin él era segura mi perdicion eterna, y por él me es dable esperar infinita misericordia, y por lo mismo os debo amor vehemente y devocion encendida.

Al dar esta Reina de misericordia su benigno consentimiento, viéronse vencidas y sobrepujadas todas las leyes de la naturaleza por las de la gracia, que en aquel momento obraba multitud de nuevos y asombrosos milagros. Una virgen es madre, un Dios es hombre, y un hombre es Dios: un eterno comienza á vivir, y un omnipotente es

débil niño: no habla la eterna palabra: desaparecen todas las figuras del antiguo testamento en presencia de una sola verdad; pero esta verdad infinitamente esplendorosa y llena de gloria soberana está como en tinieblas y aun se ostenta menos que sus eclipsadas figuras: el ser de los seres parece anonadarse; y por decirlo de una vez, se deifica en el seno de Maria nuestra abatida naturaleza, y la Esencia divina se reviste del tosco y doloroso sayo de los mortales. Hé aqui la consumacion de los mas altos misterios de la religion: hé aqui la ejecucion de los mas sublimes designios de Dios: hé aqui en suma la maravilla de los mas estupendos prodigios de la gracia!!...

¿Quién nos dirá ahora qué abundancia de gracias comunicó el Espíritu Santo á Maria para prepararla á ser madre del Hijo de Dios? Ni los ángeles ni los hombres juntos; solo el Dios que cuenta el número de las estrellas llamándolas á todas por su nombre. Y el atreverse á hablar de las espirituales riquezas de Maria, ¿no es lo mismo que pretender contar las gotas de agua que contiene el inmensurable oceano? En efecto Ma-

ria es un mar espiritual de gracias. *Maria est mare spirituale gratiarum*, dice San Epifanio.

¿Qué idea ha de formarse de las riquezas espirituales, que son necesarias para ser digna madre de Dios? Si al santo rey David parecia poquísimo haber acumulado montes de plata y oro para la construccion de un templo material, ¿qué deberemos pensar de los tesoros de la gracia, que Dios empleó en fabricar para sí mismo un templo vivo en la persona de la Virgen? Quiso fabricarse un palacio que tanto superase en dignidad y perfeccion al templo que David ideaba cuanto la verdad excede á la figura; un palacio en el cual Dios queria habitar personalmente por espacio de nueve meses, y lo que á todo esto sobrepuja, un palacio que honrar queria igualmente que el seno de su eterno Padre. Ahora bien, ¿quién, sino Dios, puede saber qué abundancia de riquezas de gracia fue menester para engalanar con magnificencia celestialmente suntuosa esta augusta morada de Dios? *Neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

No siendo ella rica por sí como el eterno Padre, fue preciso que este la enriqueciese hasta igualarla en cierto modo consigo mismo segun esta sentencia de San Bernardino de Sena: *Unde*

debuit elevari ad quandam cum Deo æqualitatem. Y nadie repitiéndola tema ser eco de tan gran Santo, pues tendrá la gloria de serlo del mismo Espíritu divino que se la habia dictado. Ni cabe en esto recelo de exageracion ó inexactitud, que fuera grave yerro en materias tan altas y delicadas, porque ningun cristiano se figura que haya perfecta igualdad entre Dios y la Virgen, y escribiendo San Bernardino que esta debió ser elevada por la gracia á cierta especie de igualdad con Dios para producir dignamente á su único Hijo, estuvo muy lejos de decir: *Ad perfectam cum Deo æqualitatem*: lo que hubiera sido una impiedad; sino solamente: *Ad quandam cum Deo æqualitatem*; modificacion que conserva el honor supremo de Dios en su incomparable grandeza y ensalza la gloria de Maria al mayor grado posible de elevacion.

Síguese de este razonamiento del gran San Bernardino que recibió ella sola mas gracias que todo el resto de las criaturas juntas, mas que los nueve coros de los ángeles, mas que todos los santos del cielo y de la tierra, y mas que todos los que existan hasta la consumacion de los siglos, y que ella sola es mas rica que todo el cielo junto, porque juntas todas las gracias de los ángeles y de

los hombres no alcanzarian á darles esa especie de igualdad con Dios, que les hiciese capaces de producir á su único Hijo. Esto significa una especie de inmensidad de gracias inconcebible á nuestro entendimiento; pero á quien de ello se maravillare, se le podria preguntar: ¿te parece demasiado para una madre de Dios? Tener tal madre ¿será demasiada honra para el divino Verbo? Y el Padre eterno enriqueciéndola con tan inmenso cúmulo de gracias, ¿le dá con ellas mas que con haberle dado á su único Hijo? ¿Quien le ha dado lo mas, no le dará lo menos? Merece pues la Madre del Altísimo mas honra y homenaje que todos los santos juntos, pues el Señor la ha honrado mucho mas que á todo el resto de sus criaturas. Estamos obligados á imitarle en honrarla, alabarla y respetarla mas que á todo el conjunto de los santos. Tales son los sentimientos, tal es la enseñanza, tal es la práctica constante é invariable de nuestra madre la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Para ayudar á nuestro flaco entendimiento á llevar el peso de las grandes verdades de que vamos á hablar, asentaremos ciertos principios, cuyas consecuencias son innegables. El primero es que habiendo sido la Santísima Virgen elegi-

da por Dios con preferencia á todas las demas criaturas para ser su propia madre, sin duda le fue mas grata que todas las demás; y siendo la gracia la que nos hace aceptos á la Divinidad, debió ella haber recibido mas gracias que todas las otras criaturas. Pero como no hay hombre de mediano juicio que fácilmente no crea que Dios habrá dado á su Madre, cuando menos, la misma porcion de gracia que al primero de sus siervos; supongamos que la Señora no haya recibido al principio mas que una gracia igual á la de los primeros serafines.

El segundo principio que debemos tener por infalible, es que aumentó aquella primera gracia que recibiera, pues siendo viadora estaba obligada á correr por el camino de la perfeccion; y con cuánta velocidad lo haya hecho, puede verse en los innumerables panegíricos con que á porfia la han ensalzado los Santos Padres.

El tercer principio es que los hábitos de las virtudes, y en especial el de la caridad, se aumentan siempre con los actos: axioma célebre en todas las escuelas, recibido por todo el mundo y confirmado por la experiencia.

En fin, establezco por cuarto y último principio que el aumento que los hábitos de las virtu-

des reciben de los actos, es mas ó menos considerable segun los actos son mas ó menos perfectos, de suerte que un alma que haga un acto de amor de Dios con toda la fuerza y extension del hábito que tenga de esta virtud, duplicará en su corazon la caridad y la gracia santificante.

Apliquemos ahora estos cuatro principios á la Santísíma Virgen. 1.º Recibió desde su concepcion una gracia por lo menos igual á la del primer serafin. 2.º Jamás la tuvo ociosa, aumentándola contínuamente hasta el último instante de su vida. 3.º La perfeccionó á proporcion de la intensidad y fuerza de los actos de su amor divino. 4.º Jamás fue negligente ni tibia en su aplicacion á Dios, obrando siempre segun toda la extension de su gracia, y segun toda la eficacia de su amor, pues de lo contrario la que fue ensalzada á la dignidad de madre de Dios, y obligada á ser la mas perfecta de las criaturas, se hubiera hecho culpable de una imperfeccion que difícilmente se excusa en el menor de los cristianos.

Partiendo de estos fundamentos, con suponer que con la repeticion de sus actos de amor divino duplicaba Maria el capital de su gracia, tan solo cada hora, resulta aumentado en poquísimos dias de un modo incomprensible al entendimiento hu-

mano, como es muy fácil manifestarlo con demostracion matemática, y como lo han hecho varios de sus encomiadores. ¿Pues qué seria en meses? ¿Qué en años? ¿Qué en toda su vida? Esta duplicacion incesante del tesoro de su gracia, contínuamente duplicado, es tan inconcebible por su inmensa grandeza que solo Dios es capaz de conocer su extension inmensurable; no debe empero causarnos mucha extrañeza tan maravillosa infinidad de gracias, si no olvidamos que por inmenso que sea este cúmulo de gracia, lo exige la dignidad de madre del Altísimo.

Leed á San Buenaventura, y os dirá que todas juntas las gracias de los otros santos son con respecto á las gracias de la Santísima Virgen, lo que es un rio respecto del mar, y que asi como este vá á perderse en aquel abismo, donde no parece mas que un hilo de agua en medio de aquel inconmensurable elemento, asi todas las gracias de los santos no son mas que gotas de agua comparadas al océano de sus gracias. *Omnia flumina intrant in mare dum omnia charismata gratiarum intrant in Mariam. Bonavent. in Specul. B. V.* San Epifánio atestigua que su gracia es inmensa. *Gratia Mariæ beatæ Virginis est immensa. Epiph. de laud. Virgin.* San Juan Damasceno

reconoce una diferencia infinita entre las gracias de la Madre de Dios y las de todos los santos. *Matris Dei, et servorum Dei infinitum est discrimen.* Unánime es acerca de esto el dictámen de todos los doctores de la Iglesia.

CAPITULO XV.

La impiedad de Nestorio, el cual negaba que Maria fuese madre de Dios, quedó para siempre confundida con este raciocinio tan breve como sencillo y claro mas que la luz del mediodia: nuestro Señor Jesucristo es Dios, María es su madre, luego Maria es madre de Dios. Pero la divina Providencia quiso que la Señora triunfase de un modo magnífico y brillante. Reunida toda la Iglesia Católica en el célebre concilio general de Efeso, compuesto de doscientos padres, iluminados por el Espíritu Santo, la proclamó Madre de Dios, declarando hereje y anatematizando como á

tal á cualquiera que se atreviese á negarlo: *Sancta Maria Deipara scribatur: qui non sic sapit, hæreticus est nestorianus: mitte foras:* Este fue el grito universal del concilio; y Nestorio herido con el anatema de la excomunion, depuesto del obispado, degradado y arrojado, cubierto de maldicion y de oprobio, al espantoso desierto de Oasis, comenzó á padecer las penas del infierno por el diluvio de los males y miserias que le oprimieron, hasta pudrírsele aquella maldita lengua blasfemadora, que en su propia boca devoraron gusanos en venganza visible y milagroso castigo de las injurias proferidas contra la Madre de Dios.

Bellísimo era el espectáculo que ofrecia toda la ciudad de Efeso, mientras los Padres del concilio deliberaban sobre la causa de la Reina del cielo: celoso de su gloria estaba todo el pueblo en oracion pidiendo al Dios de las justicias que protegiera la causa de su Madre; y en el momento que se esparció la feliz nueva de que habia sido declarada verdadera madre de Dios, y que asi debian llamarla todos los cristianos, retumbaron los aires con gritos de alegría, se iluminaron todas las calles y ardieron con festivos fuegos, en tanto que los ciudadanos corrian con incensarios en la mano á recibir á los Padres del concilio á

las puertas del templo, á congratularse con ellos y darles gracias por el solemne triunfo de Maria, acompañándolos con santa y jubilosa algazara á cantar el magnífico himno de gracias con que la Iglesia se muestra agradecida al Todopoderoso siempre que este la corona del suspirado laurel de la victoria.

Para que el triunfo de Maria fuese perpétuo en los siglos, y universal en toda la redondez de tierra, los Padres del concilio añadieron al Ave-Maria estas palabras, que todos los dias repetimos con indecible consuelo de nuestras almas: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostrœ. Amen.* Santa Maria, madre de Dios, ruega etc.

En esta oracion es llamada madre de Dios é invocada bajo este mismo título infinitas veces cada dia por millones de cristianos de toda edad y sexo, y lo será hasta el fin de los siglos, siendo este el fruto que sacó el heresiarca Nestorio de sus necias invectivas contra la Madre de nuestro Redentor.

Vanos son los esfuerzos de todos sus enemigos por menoscabar su gloria y disminuir su devocion. Esta se aumenta siempre que es combatida, se robustece siempre que se trabaja por enfla-

quecerla, se dilata siempre que se intenta estrecharla; y donde quiera que el Hijo tiene verdaderos adoradores, no faltan á la Madre fervorosos devotos que se dejarian arrancar el corazon antes que permitir que se les despojase del inefable tesoro de su amor, de esa devocion, fuente de purísimos consuelos, éjida salvadora, rio de gracias innumerables, y prenda segurísima de bienaventuranza eterna.

Maria por su divina maternidad participa realmente de la misma gloria de Dios Padre en lo que mas le honra, porque ella puede decir al mismo Hijo de Dios Padre: *Ego hodie genui te.* Yo te he producido de mi sustancia. No es por cierto la mas alta gloria de Dios ser autor y rey del universo; aunque hubiese criado cien millones de mundos, menos glorioso le sería que el producir un Hijo omnipotente y eterno. Lo mismo ha de decirse de la Santísima Virgen: aunque hubiese criado cien millones de mundos mas bellos y magníficos que este universo, no tendria por ello tanta gloria como por haber producido un hijo que es verdadero Dios.

Añádase á esto otra maravilla, que realza admirablemente sus grandezas. Asi como Dios Padre no puede ser el padre de su único hijo sin que sea al mismo tiempo el principio del Espíritu Santo, y no puede ser el principio de esta tercer Persona divina, sino en union de su único Hijo, mas claro, como el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, resulta de esta procedencia que llevando la Santísima Virgen en sus entrañas al Hijo, lleva en ellas el principio del Espíritu Santo. Decir puede con toda verdad: El que yo produzco en mi seno de mi sustancia, produce al Espíritu Santo de su propia sustancia. No soy madre del Espíritu Santo, pero soy madre del que es principio del Espíritu Santo. ¡Ah! ¿Quién duda que este sublime parentesco me dá derecho para poseerle de una manera que no le ha poseido ni le poseerá nunca ninguna otra criatura? ¿En vano me dijo el ángel saludándome como á madre de Dios: *Spiritus Sanctus superveniet in te*, vendrá á tí el Espíritu Santo, juntamente con tu Hijo?

Un autor ingenioso observa que Dios hubiese honrado á Maria, haciéndola madre de un personaje ilustre, y mucho mas si la hubiese hecho madre de un príncipe, de un rey ó de un emperador, y aun mas, mucho mas dándole por hijo

á un ángel, todavia mas, dándole por hijo á un arcángel, y muchísimo mas, dándole por hijo al primer serafin: todas las madres del mundo la habrian contemplado con admiracion como sumamente encumbrada sobre ellas. ¿Pero qué viene á ser todo esto comparado con la inefable dignidad de madre de Dios? Cuanto el mismo Dios se eleva sobre los monarcas del mundo y los ángeles del cielo, es decir infinitamente, otro tanto se eleva la Santísima Virgen sobre todas las madres; y aun cuando fuese madre de todos los reyes que han reinado y reinarán en el mundo, y al mismo tiempo de todos los ángeles del cielo, esta muchedumbre de maternidades, aunque parezca que siendo cada una de por sí honorífica, y hallándose todas reunidas en una sola persona, le habian de dar una especie de inmensidad de gloria; sin embargo serian en realidad muy poca cosa en comparacion de la augusta gloria de ser madre del Hijo de Dios.

Asi la Escritura reasume todas las alabanzas de Maria en estas breves palabras: *Maria, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*: Es la madre de Jesus, es la madre de Dios. Por mas esfuerzos que haga la elocuencia de los hombres no dirá nada mas grandioso ni sublime acerca de las altí-

simas excelencias y dignidad de esta Reina del universo. San Anselmo expresó enérgicamente la elevacion y latitud de este insondable pensamiento en tan corta cláusula. *Mira res! in sublimi contemplor Mariam creatam: omnis natura est à Deo orta, et omnis natura Dei ex Virgine.*

Las tres personas de la augusta Trinidad han contribuido á dar á Maria el glorioso título de Madre de Dios. El Padre la ha hecho partícipe de su paternidad, el Hijo le ha dado su propia persona, el Espíritu Santo al tomarla por esposa le ha comunicado su divina fecundidad. Veamos y admiremos ahora como ella manifiesta su encendida gratitud á cada una de estas Personas divinas.

Al Padre eterno le dá por vasallo y siervo á su mismo Hijo eterno y omnipotente como él, infinito y sabio igualmente que él. ¿Pues qué mayor grandeza podemos imaginar en Dios que el tener soberano imperio sobre un Dios que en todo le es igual? Antes de que Maria le hiciese hombre en sus purísimas entrañas era el eterno Verbo en todo igual al Padre; pero desde su encarnacion le es inferior en cuanto hombre, y por consiguiente le debe la sumision y obediencia, que no le debia cuando solo era su igual. Sin embargo este nuevo súbdito que dá al Padre la Virgen

de Nazaret, es al mismo tiempo un Dios, y es un hombre inseparable de la divinidad; por lo cual arrebata de asombro el imperio que por Maria alcanza el Eterno Padre sobre la adorable persona de nuestro Salvador.

En cuanto al Verbo divino, le dá en la encarnacion un nuevo ser que no tenia antes de ella. Ni se diga que lejos de honrarle con semejante dádiva, mas bien le humilla y abate. Así sería si él no levantase su humanidad santísima hasta la gloria de su divinidad, uniéndola íntima é indisolublemente con esta, para obrar por medio de ella los mayores prodigios de su omnipotencia y de su amor infinito. ¿No se inmoló por ella para reparar la injuria que hizo el pecado de los hombres á su divino Padre? ¿No fue ella quien en todo rigor satisfizo á la irritada justicia del Eterno? Sin su adorable humanidad ¿cómo hubiera libertado al género humano de la tiranía de los demonios? Maria fue quien le puso en estado de padecer y morir por la gloria de su Padre.

Ella quien para provecho nuestro le hizo capaz de merecer: ella quien de infinitamente rico le hizo pobre por nuestro amor, para que siendo capaz de ser enriquecido nos hiciese partícipes de las riquezas adquiridas con su pobreza. Así nos di-

ce el Apóstol: *Ut illius inopia vos divites essetis.*

Maria le puso en estado de glorificar á su Padre exteriormente ó fuera de la Divinidad. El Padre es el principio de toda la gloria interior y esencial del Hijo, y el Hijo hecho hombre es recíprocamente el principio de toda la gloria exterior y accidental del Padre, siendo imposible que criatura alguna le agrade y le tribute honor y gloria, sino por Jesucristo Salvador del mundo. El mismo nos lo declaró en el Evangelío diciendo: Nadie tiene entrada con mi Padre sino por mí: *Nemo venit ad Patrem, nisi per me. Joan.* 14, *v.* 6.

En cuanto al Espíritu Santo, es cierto que ella recibe de él por su divina operacion la fecundidad necesaria para producir una Persona divina; pero tambien lo es que por ella recibe el Espíritu Santo la misma divina fecundidad para producir la misma Persona divina. El es estéril en la Divinidad, y es de las tres Personas divinas la única que no produce á otra; pero es tan fecundo por la Santísima Virgen, fuera de la adorable Trinidad, que concurre realmente con ella á la produccion de una persona divina que es el Verbo encarnado, aunque sea de diverso modo que la Virgen, porque él contribuye con su virtud espi-

ritual y divina, y ella dando realmente su humana sustancia y una porcion preciosa de su carne.

Ademas, es indudable que el Espíritu Santo haciendo que Maria sea madre del Verbo encarnado le dá autoridad y legítima jurisdiccion sobre su Dios en cuanto es su hijo; pero tambien es positivo que Maria da al Espíritu Santo cierta autoridad sobre el mismo Hijo que no tenia en su Divinidad. Ni se entienda que esta es solo una autoridad de orígen, siendo el principio de su ser humano, y no habiéndole producido su divina Madre sino por obra del Espíritu Santo: es tambien una autoridad de poder y jurisdiccion, y por tanto tiene derecho de mandarle á predicar el Evangelio á los pobres, como él mismo nos lo hace saber por San Lucas. *Spiritus Domini super me evangelizare pauperibus misit me. Luc. 4, v.* 18.

Hé aqui como la Virgen-madre retribuye y glorifica á las tres Personas de la adorable Trinidad, por lo infinito que la ensalzan con la inmarcesible laureola de madre de Dios. Empero si algun tanto mas nos engolfamos en la consideracion de sus grandezas, hallaremos que todos los resplandores de su gloria reflejan sobre nosotros, colmándonos de tanto honor, tanto consuelo, tan-

ta felicidad y abundancia de celestiales bendiciones, que pasma el ver como todos los hombres no tenemos para con ella los mas ardorosos sentimientos de gratitud y respeto, de ternura y amor.

En efecto, ¿qué ha recibido la Virgen-madre que no sea para nosotros? Si el eterno Padre le comunica su paternidad divina para que sea madre del mismo Hijo, ¿no es para dárnosle á nosotros? ¡Pero ah! ¡De cuánto precio no es esta dádiva! Darnos á un Dios-hombre, ¿no es mas que cuanto el Hacedor nos dió en la creacion del mundo, y mas que cuanto pueda darnos con toda su creadora omnipotencia? Porque todo esto vale sin duda mucho menos que el Hombre-Dios que de ella hemos recibido. Y nuestros corazones deberian derretirse de amor y de ternura al considerar que á cada uno de nosotros nos le dá muy particularmente; y á la verdad, ¿cuántas veces no le recibimos en la santísima comunion? ¿Gozariamos de esa inefable delicia, de ese bien sobrehumano, de ese manjar de los santos, si Maria no le hubiese dado el cuerpo y sangre con que sácia nuestra sed y nuestra hambre cuantas veces queremos? Aun cuando fuera este el único bien que debiésemos á la pródiga munificencia de la

Reina del cielo, ¿qué tesoros de gratitud bastarian para corresponder á tamaño beneficio?

Aun hay mas. Si el Hijo le dá su propia persona ¿á qué fin la recibe ella sino para dárnosla á nosotros? Si ella le viste de un cuerpo humano que forma de su propia sustancia; si le hace capaz de padecer y de morir, de merecer y saber por experiencia propia la amargura de la tribulacion y la agudeza del dolor, ¿todo esto no se hizo por nosotros? ¡Oh Madre de misericordia! ¿Cómo será posible comprender cuánto os debe el humano linaje por haberle dado un Salvador tan piadoso, cuya carne es carne vuestra, cuya sangre es sangre vuestra? A mí en particular me le dais, y ¡oh qué de veces regalais mi paladar y corazon mezquino con ese pan eucarístico formado en vuestras dulces entrañas! ¿Pero adonde está mi gratitud?

¿Para quién, finalmente, es el fruto bendito de esa divina y prodigiosa fecundidad, que le comunica el Espíritu Santo? ¿No es para nosotros? La Iglesia Católica canta en el símbolo de la fé con júbilo universal de sus verdaderos hijos: *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.* Sí, por nosotros los hom-

bres y por nuestra salud bajó de los cielos y se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de Maria: sí, por nosotros hombres pecadores y pequeñísimos gusanos de la tierra concibió Maria al Verbo Eterno: por nosotros le vistió de una carne mortal: por nosotros le dió á luz en un establo, y nos le dió á nosotros. ¡Ah, si llegásemos á entender la magnitud de los beneficios que nos ha dispensado la Madre del divino Jesus, nuestros corazones se desharian consumidos con la suavísima llama de su amor como la blanda cera con el fuego!

CAPITULO XVI.

Exurgens Maria. No solo se levantó Maria para caminar sobre la tierra, sino que se elevó en espíritu sobre sí misma para volar al cielo y entrar en los consejos divinos acerca del inefable misterio de la Encarnacion obrado en su castísimo seno, cuyos infinitos arcanos es indudable que penetrase estando llena del Verbo, que encierra los tesoros de la sabiduria de Dios. Sabia por tanto que el primer designio de su encarnacion, segun despues nos lo enseñaron los teólogos, era destruir al mónstruo del pecado original que infectaba la humana naturaleza. Levántase pues á poner en

ejecucion tan grandioso designio, y llevando escondido en sus entrañas el remedio del mundo, váse á aplicarlo al niño Juan Bautista.

¡Oh misterio! ¡cuántas maravillas nos descubre el encuentro de Jesus y Juan! Ambos niños, ambos encerrados en el seno de sus madres; pero el uno en el gremio de una madre vieja y estéril, la cual es imágen de la ley antigua que no producia la gracia, sino la prometia y aguardaba; el otro en el de una madre jóven y virgen; pero fecunda, que es imágen de la nueva ley fecunda en santidad, y rica y abundantísima en gracias. La jóven vá en busca de la anciana, porque la verdad sale al encuentro de la figura, el don viene á unirse á las promesas, y las riquezas de la gracia del segundo Adan se derraman sobre las miserias del primero, y sabedora la Santísima Virgen de esta primera intencion del encarnado Verbo, se levanta con la mayor premura á poner por obra tan misericordioso designio: *Exurgens Maria.*

No ignoraba que el divino Verbo al salir del seno de su Padre trayendo al mundo el fuego de su amor, se habia escondido en sus virginales entrañas para que ella fuese la primera que transformase en una caridad pura y divina, segun la enérgica frase de San Buenaventura: pero á la

manera que el fuego material no sufre estar encerrado, y si queremos represarlo, se abre paso, rompiendo cuanto le sirve de cárcel y hasta montes y rocas despedazaria antes que perder su nativa libertad; asi el fuego de la caridad no sufriendo estar encerrado en la prision del endiosado seno de Maria, la hace dejar su casa y correr á la montaña: *Exurgens abiit in montana cum festinatione*, la encamina presurosa á convertir en volcan de fuego santo la casa de su prima Isabel.

Habiale dicho el ángel de la anunciacion que el Espíritu Santo sobrevendria en ella: *Spiritus Sanctus superveniet in te.* Estaba pues llena del Verbo divino igualmente que del Espíritu Santo, con la diferencia de que al Verbo le tenia como encadenado con los lazos de su virginal carne, que le hacian esperar nueve meses para salir y descubrirse al mundo; pero no estando de esa suerte el Espíritu Santo, impulsala impetuosamente á llevarle á casa de Isabel para derramarse en el alma del niño Juan Bautista. En efecto, este se vió repentinamente lleno del Espíritu Santo hallándose todavia en el seno de su madre, como nos lo dice la Escritura: *Spiritu Sancto replebitur adhuc in utero matris suæ. Luc. 2, v. 15.*

Abiit in montana. Sin detenernos en el senti-

do literal de la historia, ¿quién no descubre el misterio escondido bajo el símbolo de aquellas montañas? Encamínase á ellas en el momento que es hecha madre del Salvador, y como la redencion se ha de consumar sobre un monte, llevando consigo al verdadero Isaac que ha de ser la víctima del sacrificio, para ir á la ciudad de Hebron donde está la casa de Zacarías, pasa por Jerusalen y sube al Calvario, anticipando la dolorosa oblacion del fruto de sus entrañas, porque sabe que él quiere anticipar á su querido precursor el beneficio de la redencion.

¿No es muy natural que pasando por los montes que á Jerusalen circundan, subiese al del Calvario? ¿Y qué pensais considerando sobre aquel monte á Maria en cinta del Salvador? ¿No veis la primer cruz en que quiso inmolarse á los ojos de su Padre á fin de rescatar anticipadamente al que en calidad de precursor habia de ir delante y mostrarle con el dedo como á Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? Aqui pues comienza el triunfo de Jesucristo sobre el pecado y sobre el demonio, que desde el principio habiase lisonjeado de afirmar su victoria sobre el monte del testamento. *Sedebo in monte testamenti. Is.* 14, *v.* 13.

Cum festinatione: caminó con mucha prisa, porque nada es capaz de detener á un alma que se deja llevar por su Dios adonde quiera la impela con los movimientos de su gracia, pues la gracia del Espíritu Santo no sabe lo que es tardanza. *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia.*

Anduvo presurosamente, porque no queria cansarse, pues nada cansa mas en los caminos de Dios que el andar con lentitud, y por el contrario, no hay cosa que dé mas agilidad que correr con el mayor esfuerzo. Maria corre afanosa, porque debe seguir las huellas del divino Gigante de la eternidad, que ha emprendido su carrera desde lo mas alto de los cielos para venir á socorrernos en nuestras miserias, y viajando dentro de sus entrañas, hacerla caminar á su paso de gigante. ¡Oh cuán feliz es el alma que verdaderamente lleva á Dios en su corazon, pues tambien él la lleva dentro de su corazon, por lo cual ella no se fatiga caminando á su paso de gigante, y siguiéndole do quiera que la arrebate con sus santas inspiraciones y con el ímpetu de su amor!

¡Oh Dios! ¡cuán dulce y cuán suave es la voz de la Santísima Virgen! ¡Mas plácida y melodiosa que la angélica armonia de los cielos! ¡Cuán sublime es el tono de su cántico! Sin duda es mas elevado que el de los serafines! Le oí en el silencio de mi oracion como un cántico de alabanza, de triunfo y de alegría; de alabanza por los inestimables beneficios de que el Señor la ha colmado, de triunfo por su victoria sobre la culpa y el demonio; de alegría por la que sintió viendo la abundancia de celestiales bendiciones derramadas en casa de Zacarías.

Este es el cántico de los cánticos. Por aventajarse á todos los demas se llamó asi el que Salomon compuso, bosquejando en la persona de Sunamitis la amorosa ternura de Maria. Pero el de esta Señora se aventaja á todos los otros cánticos, pues si se considera la persona que lo canta, no es un profeta, ni un patriarca, ni un apostol, sino la Madre de Dios, por sí sola mas noble que todos los príncipes y pontífices, mas noble que todos los ángeles y santos! ¡Oir cantar á la que lleva en su seno la eterna Sabiduría! ¡Qué dicha! ¡Qué embeleso! ¡Qué majestad! ¡Qué asombro!

Asi principia la Madre de Dios su cántico: *Magnificat anima mea Dominum.* El alma mia

canta de lo profundo de su corazon transportada de júbilo y amor, magnífica al Señor el alma mia. ¿Querrá decir que su alma añade algo á la grandeza divina? No por cierto, sino que de ella hace un aprecio infinito, pues el apreciar en gran manera una cosa es magnificarla. Declara que estima y ama tanto á su Dios, que es nada para ella todo lo demas, y por consiguiente solo él merece toda su estimacion y amor. De aqui aquel perfecto desprendimiento de las criaturas para no apegarse mas que á su Dios; de aqui aquel solemne desprecio del mundo, de aqui su profunda humildad que entre todas las criaturas la hizo la mas digna de encumbrarse á la dignidad de madre de Dios. ¡Oh cómo volaria por el camino de la perfeccion un alma que se empapára en esta sublime filosofia!

Figurémonos que amorosamente nos convida á unirnos con ella: *Magnificate Dominum mecum*; entrad en mis sentimientos, devotos mios, amigos mios, hijos mios; formemos un solo corazon y una sola alma para magnificar al Señor. ¿Y no corresponderemos á tan amorosa invitacion? Al menos, cuando oigamos ó recemos alguna vez el *Magnificat*, unámonos en espíritu con ella á cantar la magnificencia de Dios.

Et exultavit Spiritus meus in Deo salutari meo. Mi espíritu se sintió dulcemente enajenado con la alegria que gustaba en Dios mi salvador. Esta enfática palabra *Exultavit* no solo significa una suma alegria. Alberto el grande dice que expresa un transporte de espíritu, una palpitacion de corazon y cierto ímpetu y superabundancia de alegria que no pudiendo contener su exaltacion vehemente, se derrama por fuera. Solo en la meditacion nos será dado columbrar algo del inefable gozo de Maria.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: porque vió la humildad de su sierva. Bien puede gloriarse la Reina de los ángeles de que con esta virtud enamoró los ojos de su Dios y le robó el corazon. El abismo de su humildad le atrajo el abismo de su infinita majestad. *Abissus abissum invocat*; y dilatando su corazon esta incomprensible maravilla, haciala exclamar con regocijo inmenso: *Rexpexit humilitatem ancillæ suæ.*

Conociendo que su júbilo vendria á ser con el tiempo el de toda la tierra, porque llevaba en su seno la suprema felicidad de los mortales, añadió las siguientes palabras: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Por esto me llamarán dichosa todas las generaciones. Leemos en

San Bernardo que todas las criaturas racionales tienen en ella fijas sus miradas, honrándola con el glorioso renombre de bienaventurada: las del cielo la bendicen y la miran como á reparadora de la ruina de los ángeles rebeldes: las del purgatorio le tienden las manos, invocándola como á poderosa medianera en cuya intercesion hay suficiente eficacia para romper sus cadenas: á ella recurren las de este valle de lágrimas como á la caritativa abogada que ha de reconciliarlas con el juez divino: asi la honran é invocan el cielo, la tierra y el purgatorio. Solo en el infierno se la aborrece, y moradores de aquella region de tiniéblas deben ser todos los enemigos públicos ó secretos de esta Madre admirable, porque en todos tiempos se ha dicho que una de las mas visibles señales de reprobacion es el no serle devoto.

Fecit mihi magna qui potens est: El Omnipotente hizo en mí grandes cosas. No fue grande hazaña de la divina omnipotencia construir el mundo con una sola palabra, pudiendo sacar de la nada otros muchos mejores; pero el Altisimo ha hecho, en sentir del Angel de las escuelas, tres cosas tan grandes que agotan toda la fuerza de su omnipotente brazo, de manera que no le es posible hacerlas mas nobles ni grandiosas, á saber:

un Hombre-Dios, una madre de Dios y un bienaventurado que en la tierra ya goza de la vision de Dios. En la Santísima Virgen ostenta al mismo tiempo estas tres maravillas, el Hijo de Diós se hace hombre en su purísimo seno, ella es constituida madre verdadera de Dios, y en el mismo instante este Hombre-Dios entra á gozar de la vision divina.

¡Silencio, ángeles santos! Admirad, ó cielos, escuchad, ó mortales, á la Reina de los profetas, cómo exclama en el éxtasi de su gratitud: *Fecit mihi magna qui potens est.* El Dios omnipotente que adoro, ha obrado en mí todo lo que puede hacer de mas grande fuera de sí mismo. Vedla como es tan verdadera madre de Dios como el Eterno Padre es padre de aquel mismo Dios; y asi como tener tal hijo es infinita gloria del Padre, admirad y contemplad sin alcanzar á comprenderla cuál será su gloria por ser madre de aquel mismo Hijo: contemplad y admirad á la Soberana no solo de las criaturas, sino del mismo Criador, que haciéndose hijo suyo se hace inferior suyo; contempladla como primer paraiso, como que en sus adorables entrañas la primer alma racional, que es la de su Hijo, comienza á ver claramente la Esencia divina, y ella es por tanto el paraiso de Dios. ¡Oh

Madre admirable! ¡Oh indecible grandeza! ¡Oh compendio de las mayores maravillas divinas! ¡Oh centro de perfecciones! ¡Oh prodigio! ¡Oh prodigio!

Et misericordia ejus à progenie in progenies. Y su misericordia de generacion en generacion. Maria publica nuestra felicidad despues de haber cantado la suya: vé con tanta alegria como admiracion que la misericordia de su Hijo no está encerrada en su seno, sino para derramarse largamente de generacion en generacion, esto es, sobre todos los hijos de Adan, sin excluir á ninguno del infinito beneficio de la redencion, pues murió por todos ellos. *Pro omnibus mortuus est Christus.*

Fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis sui. El mismo brazo divino y omnipotente que en ella hizo cosas tan grandes para manifestar su misericordia en favor de los que le temen, hace tambien ostentacion de los formidables efectos de su cólera para glorificar su justicia con el castigo de aquellos que no le aman. Los mismos ojos que miran con dulce complacencia el abismo de su humildad, ven con indignacion terrible la soberbia de sus enemigos. La misma diestra que ensalza á los humildes, precipita

desde la opulencia á la ignominia á los soberbios, cuya mirada estremecia el mundo.

Esurientes implevit bonis: Meditando María en la bondad de su Hijo, que con tanta abundancia provee á todas las necesidades de sus criaturas, le alaba y le dá gracias por haberse dignado saciar el hambre de los hombres con espléndida largueza. El fue quien alimentó al pueblo de Israel por espacio de cuarenta años, sacando de los tesoros de su providencia el delicioso maná. El quien satisfizo en la soledad el hambre del profeta Elias: la de Daniel en el lago de los leones: en el desierto la del primer ermitaño San Pablo: él quien por siglos de siglos sustenta á todos los animales y á todo el género humano. ¡En qué éxtasis de asombro no nos arrebatarian sus contínuas maravillas si no estuviéramos tan familiarizados con los milagros de su bienhechora Providencia!

Sin embargo, como ninguna necesidad mueve tanto sus paternales entrañas cuanto el hambre que tienen de él las almas sus esposas, así su mas vivo anhelo es el de saciarlas y ser él mismo su alimento, su delicia y hartura. Ahora bien, nadie tuvo jamás mayor y mas ardiente hambre de Dios que la Santísima Virgen, y á ninguna sació con mayor abundancia, pues la llenó del que forma

su sempiterna delicia. Mas no solo á la Madre ¡á nosotros tambien se nos dá esta divina prenda de salud y de vida, este manjar del alma que vivifica y endiosa! *Saturati sunt filii, et dimiserunt reliquias suas parvulis suis.* Psal. 16.

¡Demasiado es, ó Madre, es demasiado para saciaros abundantísimamente tener vos sola aquel Hijo, que hace tan deliciosa la vida de su eterno Padre! ¡Rebosa y sobreabunda en vos! ¡Dadnos alguna gota de ese piélago divino! ¡Oh Madre amabilísima, no tengais vos sola á vuestro Hijo! Dadle, dadle á vuestros pequeñitos hijuelos.

Si, dulce Madre; nos le dais, y por vos tenemos la dicha de alimentarnos de la misma sustancia de Dios! ¡Cómo la recibiriamos en la santa comunion si su adorable Divinidad toda espiritual é infinitamente encumbrada sobre nuestros sentidos no se hubiese abatido para acomodarse á la flaqueza nuestra! ¡Cómo lo hubiera hecho si no le hubieseis vestido de vuestra carne? ¿A quién sino á vos debemos los mortales eterna gratitud por habérnosla dado proporcionada á nuestra debilidad? Si solo el Padre nos diera á su Hijo con toda la gloria de su Divinidad, ¿podriamos recibirle? Seria, como dice San Agustin, un manjar demasiado fuerte para la humana flaqueza. Fue

menester que pasase por el seno de la Madre y se hiciese á manera de una leche proporcionada á nuestro enfermo paladar. *Oportuit ut mensa illa lactesceret, et sic ad parvulos perveniret.*

Venid, hijos mios, clama la dulcísima Virgen, venid á la augusta y deliciosa mesa que el Padre eterno y yo os hemos preparado: él os dió su divinidad, yo os dí su humanidad: la una y la otra las hallareis juntas en la Eucaristia: venid á comer aquel pan vivo bajado del cielo; pero es menester que tengais hambre: *Esurientes implevit bonis*; pues solo los hambrientos gustan las delicias de este manjar divino, y solo se saborean y satisfacen con él los que suspiran por la comunion santa y la reciben poseidos de respeto y de cordial amor.

La Reina de los profetas concluye su cántico animando á Abraham y á su posteridad, y asegurando que lleva siempre á Israel estrechado en sus brazos como á hijo querido, y que segun sus promesas jamás le abandonará. *Suscepit Israel puerum suum, sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus.* Pero esta descendencia no es la carnal, que son los judios, á los cuales parece que el Señor ha abandonado, sino la espiritual, de que habla San Pablo, es decir, los cristianos.

Por esta razon llamó Dios á Abraham el Padre de los creyentes, esto es, el padre de los que tienen la verdadera fé; luego los que poseen la fé son sus legítimos hijos. No lo sois pues vosotros, míseros judios, que aborreceis la única fé verdadera que el Mesias vino á establecer en el mundo, sino vosotros que la profesais y abrazais de todo corazon, ó cristianos: á vosotros se dirigieron las magníficas promesas que hizo el Señor en el antiguo testamento, y en el nuevo se cumplen todos los dias para salvacion vuestra! Os estan aseguradas con juramento solemne hasta la consumacion de los siglos! *Sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus in sæcula.* ¡Oh consuelo! ¡Oh felicidad de los cristianos!

CAPITULO XVII.

El Evangelio expresa admirablemente el gozo en que se vió inundada Santa Isabel con la visita de su endiosada Prima. En el instante, dice San Lucas, que Isabel oyó el saludo de Maria, el niño que llevaba en su seno dió saltos de alegria. Eutimio dice que Jesus le habló por boca de su Madre, *Christus locutus est per os Matris.* Y de tal modo le llenó de las gracias del Espíritu Santo, que no siéndole posible contenerlas, dando saltos de gozo las derramó en su madre, quedando bañados ambos en el torrente de los consuelos divinos.

¡Qué de prodigios se agolpan en el dichoso encuentro de estas dos Madres! Una madre virgen que lleva á Dios en su seno: una madre estéril que lleva un ángel en el suyo. Maria se habia hecho madre de un Dios al oir la voz de un ángel: Isabel se hacia madre de un ángel oyendo la voz de su Prima, pues hasta entonces no habia concebido mas que á un pecador; pero al oir el saludo de Maria, principia á ser madre del mayor santo á quien la Escritura da muchas veces el dictado de ángel.

Isabel se llenó del Espíritu Santo al saludarla la Reina de los ángeles. *Et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.* Obsérvese sin embargo esta gran diferencia. La Virgen Santísima fue llena no solo de la gracia sino tambien de la persona misma del Espíritu Santo, el cual se dió como el esposo á la esposa, haciéndose divinamente fecunda por su operacion sobrenatural, y para permanecer siempre con ella sin jamás separarse. Mas cuando se dice que Isabel fue llena del Espíritu Santo, entiéndase que lo fue de los dones y gracias de este divino espíritu; y no solo de una gran abundancia de gracias santificantes comunicadas por la presencia del Salvador y de su dulce Madre, aquella inexhausta fuente de las gracias y esta canal uni-

versal de todas ellas, sino tambien de las gracias gratuitas como son el don de profecía, el de sabiduría, el de entendimiento y otros muchos, de los cuales se halló tan colmada que apareció al mismo tiempo iluminada como los profetas, sábia como los Padres de la Iglesia, inteligente como los ángeles, encendida en amor santo como los serafines. Enriquecida asi de tantos dones del Espíritu Santo y animada por su divino soplo habló con voz tan alta que resonó en todos los siglos siguientes, y aun hoy resuena en el Evangelio: *Exclamavit voce magna: benedicta tu.*

Escuchémosla con atencion y observemos que al mismo tiempo canta los elogios del Hijo y las alabanzas de la Madre; profetiza los misterios mas profundos y ocultos; confunde las herejías, y declara las mas importantes y sublimes verdades de la fé, trasluciéndose en cada una de sus palabras su celestial arrobamiento. Oigamos como profetiza los magníficos prodigios del misterio de la Encarnacion: *Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui.* Bendita tú eres entre todas las mujeres, dice á su amada Prima al verla entrar en su casa con dulzura de ángel y majestad de reina, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y quién le habia descubierto el misterio obrado en

ella de una manera tan invisible y secreta? ¿Quién le habia dicho que era la Madre del Hacedor supremo; y el niño que llevaba en sus virginales entrañas, era aquel fruto de bendicion que repararia los desórdenes del fruto prohibido? «Dichosa porque creiste á las palabras del ángel» añade Santa Isabel. ¿Y quién le ha dicho que el Señor le hizo anunciar por un ángel que seria madre de su propio Hijo?

Oigamos cómo establece sólidamente las mas importantes verdades de la fé relativas á la adorable persona de Jesucristo y á la gloria de su inmaculada Madre: *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* Se reconoce indigna de ser honrada con aquella visita, porque no merece recibir en su casa á la Madre de su Señor, es decir, de su Dios; luego está firmemente persuadida y á voz en grito declara que la Santísima Virgen es verdadera madre de Dios. ¡Calla pues y enmudece, blasfemo Nestorio, porque mientes diciendo que solo es madre de un hombre que se llama Cristo!

Reconoce y dá á conocer que hay dos naturalezas en Jesucristo! la humana, que es la única que Maria pudo darle; y la divina que es la única que el divino Padre pudo comunicarle de su propia

sustancia: pero estas dos naturalezas están unidas en una misma persona, la cual no es una persona humana sino divina, por lo que la Santísima Virgen es verdadera madre de Dios. El que hemos visto morir en una cruz es el Hijo del eterno Padre; y el que los ángeles ven reinar eternamente en la gloria, es hijo de la Santísima Virgen, porque es él mismo. ¡Oh milagro del don de entendimiento de Isabel que previene la decision de los concilios universales, que establece la fé de la Iglesia antes de los apóstoles, que expone las mas sublimes y profundas verdades de la religion antes de los santos padres y doctores de la Iglesia, confundiendo anticipadamente las herejías, que habian de levantar en el curso de los siglos su venenosa cabeza! ¿Qué maestro pudo enseñárselo sino el don de entendimiento que recibió cuando fue llena del Espíritu Santo? *Repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.*

Observemos como agitada y enajenada por los movimientos de aquel divino Espíritu no se expresa mas que con exclamaciones y transportes de alegria. *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* ¿Venir á mí la Madre del Dios que adoro? ¿De dónde á mí tan inmenso beneficio? Yo no soy mas que la madre del siervo; y

hé aquí que la Madre del supremo Monarca viene á visitarme. ¡Oh caridad incomparable! ¡Oh humildad de la Madre y del Hijo de Dios, que tan bondadosos se muestran con su indigna sierva! ¡Oh casa mil y mil veces venturosa, que recibiste del cielo tan sobrehumanos favores! *Unde hoc mihi?* ¡Oh adorable Providencia! ¿de dónde me ha venido este favor insigne? ¡Oh cielo! ¿Quién me ha traido este bien incomparable?

Para colmo de gloria quiso el Señor que al nacer fuese recibido Juan Bautista en brazos de María, que permaneció tres meses en compañía de su prima Isabel, esperando el tiempo de su parto para servirla y asistirla como amorosa y caritativa parienta, y no solo para consuelo de la madre, sino muy particularmente para que el infante precursor fuese aumentando de dia en dia el tesoro de la gracia, teniendo en su casa el manantial de todo bien.

Este fuego de la caridad y este abismo de la humildad de Maria no solo han de admirarnos, sino tambien ser el tipo y modelo de nuestra conducta, á fin de que cuando comparezcamos en el juicio del Señor no clamen contra nosotros condenando nuestra altivez á una eternidad de abatimiento, y la dureza de nuestros corazones á

ser el blanco perdurable del furor omnipotente.

Aprendamos tambien las reglas de una buena y santa conversacion, que en este misterio nos enseña nuestra benigna Madre. Vemos que no deja la soledad de su casa para ir á perder tiempo de una á otra parte. Si nos es preciso visitar, debemos á ejemplo suyo esmerarnos en escoger las conversaciones. No hay duda que no siempre es posible evitar el encontrarse con personas depravadas, cuyo trato sea perjudicial sobremanera; pero en todo caso está en nuestra mano el evitar una conversacion muy familiar con esa especie de gentes: cuando el encuentro es casual y pasajero no puede hacer en poco tiempo impresiones duraderas; mas cuando la conversacion es deliberada, debe ser con pocas personas, y estas muy escogidas, una entre mil.

Cuando elijamos á alguno para conversar con él familiarmente, tomemos un maestro que nos instruya y un modelo digno de imitacion, porque infaliblemente y sin advertirlo nos iremos revistiendo de su espíritu. ¡Ay del que mal ha escogido! La compañía de los pecadores es mas nociva á la vida del alma que la de los apestados á la del cuerpo. Mucho mas pronto nos hacemos perversos con los perversos que santos con los santos.

Consideremos de qué modo se porta la Reina de los ángeles en su visita: figurémonos hallarnos presentes al encuentro, al saludo, al gozo recíproco de Isabel y Maria: escuchémoslas: no hablan del proceder ajeno para criticarlo: nada de noticias que solo sirven para satisfacer la curiosidad: nada de negocios del siglo que distraen y disipan: nada de cosas terrenas que inclinan el espíritu á la tierra: hablan sus labios de la abundancia de sus corazones, y teniéndolos llenos únicamente de Dios, son de Dios sus discursos y del cielo su conversacion.

CAPITULO XVIII.

Siglos antes del parto de la Madre-virgen, dijo Isaias que *una virgen concebiria un hijo y le llamaría Emanuel*: esto es, Dios con nosotros. El Altísimo pues nos asegura que una virgen debe concebirle y darle á luz permaneciendo virgen. En seguida el mismo profeta como fuera de sí, en vista del prodigio que anteveía, *Generationem ejus enarrabit?* exclama ¿quién contará su generacion? ¿Puede darse cosa mas expresa para enseñarnos que una virgen debia ser madre de un niño, que concebiría y daria á luz quedando virgen, y que esta generacion seria ad-

mirable é incomprensible á todo entendimiento criado?

Jeremías dice en el capítulo 3. *Creavit Dominus novum super terram; fœmina circumdabit virum.* Oid mortales: Dios hará un nuevo prodigio sobre la tierra: una mujer llevará á un hombre en su seno; no será un niño pequeño (pues esto nada tendría de nuevo), sino un hombre perfecto. ¿Y de quién podrá entenderse sino tan solo del Hijo de María? Hombre perfecto desde el instante de su concepcion, tan lleno de sabiduria y santidad aun encerrado en el seno de su Madre como lo estuvo enseñando en las ciudades. *Neque minus sapientiœ habuit latens in utero, quam docens in populo. S. Bernard. hom. super Missus.* No será por haberle concebido por obra de otro hombre, lo que vendría á ser una generacion ordinaria, sino una obra de creacion, en la cual solo Dios emplea su omnipotencia. *Creavit Dominus*; pero para que no se entendiese que Dios únicamente tenia parte en ella, usa el profeta de la palabra *mujer*. Llámala pues mujer para asegurarnos que es madre y no para negar que es virgen; y este es el nuevo prodigio nunca visto que sea madre y virgen.

Ezequiel bajo la metáfora de un templo nos reveló los secretos del Verbo encarnado, siendo

uno de los mas admirables que su madre haya quedado virgen: dice que el ángel del Señor le condujo á la puerta oriental del santuario y la halló cerrada, y el ángel le dijo: «Esta puerta permanecerá cerrada y no se abrirá; y el hombre no pasará por ella, porque ha pasado el Señor, Dios de Israel: estará siempre cerrada aun para el príncipe.» Los santos Padres y todos los doctores católicos que se han dedicado á esclarecer la oscuridad de esta profecía, nos enseñan que el santuario es la Santísima Virgen, por ser ella el tabernáculo donde estuvo la verdadera arca de la alianza, que es el Verbo encarnado; por la puerta oriental, entienden su nacimiento temporal, y por aquella puerta del santuario, cerrada perpétuamente, la integridad de su Madre.

En términos mas enérgicos pregunta San Agustin: ¿qué significa que *la puerta del santuario está siempre cerrada*, sino que Maria permaneceria perpétuamente virgen? ¿Qué significan aquellas palabras: *El hombre no pasará por esta puerta*, sino que su esposo José jamás violó su integridad virginal? ¿Qué significan aquellas palabras: *Solo el Señor ha pasado por esta puerta*, sino que la hizo fecunda el Espíritu Santo con su operacion divina? ¿Y qué significan estas otras: *Estará siem-*

pre cerrada aun para el príncipe, sino que Maria es siempre virgen, antes del parto, en el parto y despues del parto?

Piensa el sublime Areopagita que un exceso de amor hizo entrar en un éxtasis á Dios. *Propter amatoriam suæ bonitatis magnitudinem extra se factus est*: por amarnos excesivamente se dejó caer en nuestros brazos; y San Pablo dice que se anonadó. Por otra parte San Gregorio magno escribe que un exceso de gracias y merecimientos sacó fuera de sí á la Santísima Virgen, y la encumbró, y como que la arrebató hasta el seno de Dios Padre, para tomar allí á su único Hijo y hacerle suyo. *Maria ut ad conceptionem æterni Verbi pertingeret, meritorium verticem usque ad solium Deitatis erexit. Gregor. lib. 1. in reg.* En todas partes vemos juntas la virginidad y la fecundidad: el Padre, la Madre, el Hijo: el Padre es fecundo, pero es virgen; el Hijo es fecundo, no para producir otro hijo, sino para producir con Dios su Padre al Espíritu Santo; pero es virgen como su Padre, de manera que se afirma con sólido fundamento que Maria es digna madre de Dios, porque es virgen; y porque es madre de Dios, es menester que sea una madre siempre virgen.

Síguese de aqui que no hubo en ella nada de lo que es propio de las otras madres, nada de impuro, nada de imperfecto, nada de vergonzoso. Concibió á su Hijo divino sin el mas mínimo deleite de los sentidos, sin la mas leve injúria de su virginal pureza: llevóle en su castísimo seno sin peso ni incomodidad de ningun género: le formó y alimentó de su propia sustancia sin el mas mínimo menoscabo de su perfecta pureza: finalmente, le dió á luz en el establo de Belen, sin el mas mínimo dolor, sin la mas leve lesion de su virginal integridad, sin ningun auxilio ajeno, sin ningun esfuerzo, porque era una madre siempre virgen, ántes del parto, en el parto y despues del parto.

De aqui se deduce que no habiéndola ayudado criatura alguna á producirnos al Salvador, ella sola nos ha dado mas que todos los hombres y ángeles juntos, y por consiguiente estamos obligados á honrarla, amarla y servirla mas, mucho mas que á todos los ángeles y santos.

Si tenemos un Dios salvador, no lo debemos ni á los ángeles ni á los hombres. ¿Pues á quién? Al Padre que nos le produce en la eternidad y á la Madre-virgen que nos le produce en el tiempo. Meditemos sobre el precio infinito de este don, y

veremos que no bastarian todos los instantes de nuestra vida, ni toda la eternidad para agradecerles debidamente tan inestimable beneficio, aun cuando poseyéramos los corazones de todos los demas hombres y los celestiales ardores de los espíritus angélicos. ¡Oh Maria! ¡Oh Madre amabilísima! ¡Cómo no tienen todos los cristianos un corazon de ternura para con vos!

¿Y por qué se nos ha de motejar si algunas veces sentimos para con la Santísima Virgen una devocion mas sensible que la que al mismo Dios profesamos? ¿Por qué se nos ha de condenar como indiscretos, si recurrimos á ella con mas frecuencia que á Dios? ¿A quién le causa novedad y mucho menos sorpresa ver arrojarse á los niños pequeñuelos en el regazo de sus madres cuando el hambre ó alguna dolencia los aqueja? ¿No es su ordinario refugio el seno de sus madres? ¿Y son por esto dignos de reprension? ¿Se ha de decirles, sois unos indiscretos? ¿por qué no correis mas bien al seno de vuestros padres? ¿Ignorais que principalmente dependeis de ellos, que ellos son los dueños de los bienes de la casa y los que han de labrar vuestra fortuna?

Lo sabemos, podrian responder, sabemos que todo lo debemos á nuestros padres, de ellos lo es-

peramos todo; y son los que mas respetamos y amamos; pero no nos priveis del consuelo que hallamos en el seno de nuestras madres: á lanzarnos en su regazo, nos sentimos suavísimamente arrebatados por el imán irresistible de su exquisita dulzura y de su amor entrañable: por otra parte sabemos que á nuestros padres gusta mucho vernos enloquecidos de alegría en el seno de nuestras madres, acariciarlas y besarlas y hacerles mil fiestas bulliciosas, y por ello nos acarician y nos regalan, y nos dan dulces besos enajenados de gozo nuestros queridos padres.

En el momento en que el ángel anunció á Maria que iba á ser madre, esta sorprendente palabra la turbó hasta el punto de hacerla exclamar: ¿cómo podrá ser esto si jamás he tenido ni tendré nunca comercio con ningun hombre? ¿Seré madre por mí misma sin el concurso de otra persona? No, le dice el ángel; pero el Espíritu Santo suplirá á todo y os dará la virtud necesaria para ser madre, permaneciendo virgen, y el hijo que producireis será el Hijo de Dios: *Spiritus Sanctus superveniet in te... et quod nascetur ex te, vocabitur Filius Dei.*

El Espíritu Santo dió á la mas pura sangre de la Santísima Virgen una virtud divina, que

naturalmente no tenia, y por ella vino Maria á ser en el instante el padre y la madre de su único Hijo, y por esta misma virtud maravillosa el adorable cuerpo de su niño en un momento se formó, se organizó, se animó y unió personalmente al divino Verbo, sin esperar el tiempo que la naturaleza exige en las otras madres. Y ved aqui en lo que se diferencia de estas al concebir y formar perfectamente á su santísimo Hijo.

Dirá el impio que esta es una maravilla sin ejemplo, un misterio incomprensible al entendimiento humano. Y nosotros responderemos que si este prodigio no fuese incomprensible al entendimiento humano, no sería un prodigio reservado á la sola virtud del omnipotente brazo del Excelso: que es justo confesar que Dios puede hacer prodigios que nosotros no podamos comprender: que el mismo poder divino que en el principio dió á la tierra virtud para producir yerbas, plantas y frutos en tan infinito número, tan diferentes y deliciosas sin haber recibido semilla alguna, pudo igualmente dar al virginal cuerpo de Maria virtud para producir un Hijo lleno de gracias y santidad con solo el fuego purísimo del Espíritu divino. En efecto, el ángel no dió á la Santísima Virgen para asegurarle de la verdad de cuanto le decia mas

razon que la omnipotencia divina, *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum.*

Parirás con dolor, dijo Dios á Eva y á todas sus descendientes. Solo la Madre admirable, la bendita entre todas las mujeres, la madre virgen, la Madre de Dios es la única exenta del rigor de aquella ley, y en esto principalmente se diferencia de las otras madres. Todas las demas tienen el alma manchada con la culpa original, y por tanto estan condenadas á parir con dolor, creyendo Santo Tomás que si hubiese durado el estado de la inocencia, todas las madres hubieran parído sin dolor. Era pues justo que Maria pariese sin dolor, puesto que en ella no habia ni sombra de original pecado. Todas las otras madres dan á luz niños pecadores, y por solo esto son muy dignas de padecer los dolores del parto; pero la Santísima Virgen es la única madre que ve nacer de sus inmaculadas entrañas al Santo de los santos, al universal remedio de todas nuestras dolencias y miserias, á la inexhausta fuente de todo bien en el tiempo y en la eternidad, y es por lo mismo merecedora de inefable delicia y regocijo inmenso en el acto sublime de darnos vestido de su carne al que viste á los astros de ardientes resplandores.

Inundábala un océano de alegria al conside-

rar que entre todas las criaturas que han existido y existirán en las edades venideras, ella sola era la escogida para dar á los hombres el tesoro infinito, la felicidad del universo, el deseo de todos los siglos y la esperanza de todos los mortales. Es verdad que por otra parte no podria menos de contristarla ver á su Dios recien nacido llorando y tiritando de frio á media noche y en un establo; pero se le agolparian al mismo tiempo muchas y poderosas consideraciones que mitigasen su pena. Aquel crudo invierno, aquella extremada pobreza, aquella noche, aquella hora, aquel pesebre, aquel desamparo estaban escogidos por la sabiduría de su Hijo, y eran de su mayor gusto. Ella pues los abrazaba con todo su corazon, complacíase en ellos y se embebecia y deleitaba en unir estrechamente su inflamada voluntad con la de Dios; union que, enajenándola y absorviéndola toda, la hacia como insensible al frio y demas incomodidades de aquella noche tan llena de asombrosos misterios. ¡Ah! Los motivos de su alegria eran muy superiores á los de su tristeza.

Veia á su niño infinitamente contento, por lo cual ella tambien lo estaba y le diria: Hijo mio, adorado hijo mio, veo tu profundo anonadamiento; pero me complazco en verle, porque sé

que él es la fuente de la excelsa gloria que ha de coronarte como á salvador del humano linaje, porque sé que te place mas que si te rodeasen todas las grandezas mundanas, porque á tus ojos son abominables todas las grandezas del mundo: *Quod altum est hominibus, abominatio est ante Deum. Luc.* 16.

¡Oh alegria de los ángeles! Te veo llorando y temblando de frio; pero me consuelo, porque sé que estas lágrimas han de lavar los pecados del mundo. Porque sé que este frio, esta pobreza y todo cuanto padeces por las culpas del hombre, te agrada tanto, cuanto te desagradan los placeres de los sentidos y las vanas alegrias del siglo. Te veo reducido á la indigencia, ó supremo Rey del mundo; pero me alegro de ello, porque sé que esta absoluta pobreza es el correctivo de la avaricia de los hombres y te lisonjea mas que toda la abundancia de los bienes terrenos. *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges.*

Si la amargura misma le es dulce, y lo que habia de ser causa de tristeza le es causa de alegria, ¡cuál seria el purísimo regocijo de su pecho al ver que Dios la habia escogido, prefiriéndola á todas sus criaturas, para hacerla entrar en el gran consejo de su eternidad y darle una

parte tan principal en la mayor de sus obras!

Veiase constituida plenipotenciaria universal, no solo de todos los seres creados, sino del Criador mismo, para tratar la paz del mundo que el pecado habia roto y Dios queria restablecer. Veia que su castísimo seno, en el cual Dios y el hombre se unian tan cordial é íntimamente que formaban una sola y una misma persona, era el palacio augusto de esta paz, y que los ojos de todos los seres estaban fijos en ella, esperando ver la felicidad universal que habia de dar al mundo.

«Venid, criaturas, mirad vos mismo, ó Criador omnipotente, ved el milagro de los milagros que ha de hacer el éxtasis y el alborozo de la eternidad. Venid, Trinidad sacrosanta. ¡O Padre, hé aqui á vuestro único Hijo que me habeis dado para darlo yo al mundo, pues le amais hasta darle á vuestro único Hijo! Adorable Hijo, heos aqui en persona, que todo os habeis entregado á mí para que yo os diese al mundo, pues le amais hasta daros á él enteramente, hasta anonadaros y sacrificaros por él! ¡Espíritu Santo, hé aqui vuestro eterno principio y vuestra obra temporal: él os produce ante todos los siglos en el seno de su Padre, y vos le habeis formado en medio de los tiempos en el seno de su madre!

Venid, ángeles del cielo, hé aqui á vuestro Criador, á vuestro supremo Señor, á vuestro Dios, al reparador de vuestras ruinas, á la fuente de todo vuestro júbilo.

Venid, hijos de Adan, hé aqui al omnipotente Criador que os hizo á su semejanza; hélo aqui ahora formado á la vuestra: hé aqui á vuestro hermano, pues es hijo de vuestra madre y de la misma naturaleza que vosotros, pero sobre todo hé aqui á vuestro Redentor, que viene á libraros de la muerte eterna con su muerte y á daros su vida eterna á costa de su sangre.

Venid, siglos pasados, venid á ver al que solicitaron vuestros suspiros, pidieron vuestros patriarcas, preconizaron tantas veces vuestros profetas, de mil maneras diversas representaron vuestras figuras, y vuestros padres esperaron. Hé aqui cumplidos todos vuestros deseos y realizadas vuestras esperanzas. Venid, siglos futuros, hé aqui la fuente de la salud y de la vida; venid y bebed la gracia, la virtud y la santidad; venid y bebed la eterna vida! Ven, tú misma, ó eternidad, eternidad venturosa: hé aqui el tesoro de donde has de sacar los bienes infinitos, que distribuirás á todos los santos por los siglos de los siglos en las celestiales mansiones de la gloria.» Ahora pues,

viendo esto la que es causa de nuestra alegria como la llama la Iglesia, y que á ella tienden todos los seres las manos, y que ella los colma á todos de bendiciones de consuelo y de gloria, ¡qué júbilo inefable no sentiría rebosar en su pecho en la hora dichosa de su parto divino! Cierto que no podia diferenciarse mas de las otras madres, que al llegarles aquella hora de angustia se llenan de tristeza, de afliccion y dolores,

CAPITULO XIX.

El que Jesus saliese del seno de su Madre sin la mas mínima lesion de su virginal integridad, es un milagro, pero no lo es tan extraordinario que no se hallen en la Escritura otros que se le parezcan. El mismo Jesucristo, no ya pequeñito como al nacer, sino con la estatura de un hombre perfectísimo, salió del sepulcro cerrado y sellado, y pocos dias despues entró sin abrir puerta ni ventana en el cenáculo, donde estaban encerrados los apóstoles. Del mismo modo salió del seno de su Madre-virgen, dejándola siempre virgen.

Santa Brígida en sus revelaciones dice que Nuestra Señora se dignó manifestarle lo que pasó en su divino parto. El corazon de Maria se iba inflamando en un deseo ardentísimo de ver su escondido tesoro á medida que se aproximaba al término de su preñez milagrosa: llegado aquel momento, elevóse su alma á tan sublime grado de contemplacion que le parecia estar arrebatada á la alteza de los consejos divinos (Algunos santos Padres aseguran que en aquellos instantes de inexplicable dicha vió claramente la divina esencia. Tambien estaba San José en un éxtasis delicioso, y Maria, alzando al cielo las manos y los ojos en suavísimo rapto de amor divino, arrodillóse y vió delante de sí á su único Hijo, que habia nacido sin percibirlo ella misma.

No hubo de esta maravilla mas testigos que los ángeles, que admirando lo que alli pasaba, llenaban el establo de Belen. Predicando San Vicente Ferrer sobre la natividad del Salvador, dijo: que al salir del seno de su Madre apareció resplandeciente como el sol cuando sale del seno de la aurora, y que aquella hora de la media noche se tornó en un hermoso dia. Santa Brígida lo confirma en el libro séptimo de sus revelaciones, de cuyo lugar se han tomado las líneas anteriores.

No fue menester por último que ninguna otra persona cuidase de su niño: ella misma, como dice San Lucas, le envolvió en sus pañales pobrecitos, y en el pesebre le acomodó y reclinó con delicada blandura. Pero antes y en el instante mismo en que vieron sus ojos al adorable niño de celestial belleza y majestad divina, figúrome en contemplacion amorosa una escena bellísima y sublime: Maria quedó por algun tiempo inmóvil y remirándole absorta: por el profundo respeto de que estaba poseida no se hubiera atrevido ni aun á acercársele para besarle el pie; pero el niño volviendo á ella los ojos con una amable sonrisa, y tendiéndole los graciosos bracitos, parecia invitarla á que le tomase en los suyos y le reclinase en su pecho y le pusiese sobre la hoguera de su corazon y le acariciase y le destilase en los labios el suavísimo nectar de su leche.

El amor y el respeto combatian en ella y la tenian perpleja: el respeto y reverencia á la divina Majestad que veia anonadada sin haber perdido por ello nada de su gloria y grandezas, la retraia y hubiérala impedido tocarle con la mano; mas por otra parte solicitábala el amor, apremiábala y estrechábala á besarle y abrazarle con toda la efusion de su ternura. ¡Oh Rey del mundo! le

dijo, eres el Dios omnipotente que adoro; y se postró y le adoró con humildad indecible é imponderable veneracion. Mas tambien eres hijo mio, formado con mi sangre y el mismo que he llevado nueve meses en mis entrañas! Eres mi amado, mi vida, mi alma! Y dicho esto, derretida en dulzura, y toda transportada de gozo, y toda inflamada de amor, le cojió respetuosamente, le estrechó á su corazon, y solo Dios sabe lo que entonces pasaria en los corazones del Hijo y de la Madre.

Despues de aquellos primeros transportes de su ternura, le envolvió en los pobres pañales que á este fin tenia preparados, y no hallando lugar mas cómodo ni mas decente, le reclinó en el pesebre de los animales sobre un poco de heno y paja. Fue alli donde considerándole reducido al estado mas pobre y en el lugar mas abyecto que hubiese sobre la tierra, y entre dos animales, siendo el Dios que reina en las alturas entre el Padre y el Espíritu Santo y recibe los homenajes de los ángeles, caia en un tierno desmayo producido por el asombro y la gratitud á aquel exceso de bondad que la Majestad divina manifestaba á los hombres.

¡Oh Dios eterno! ¿Eres tú el que yo veo niño, que aun no tiene una hora de vida? ¿Eres tú, Dios inmortal é impasible, soberano principio

de toda vida? ¿Y te has hecho pasible y mortal para morir por nosotros? Omnipotente Criador del universo, ¿cómo te ven mis ojos en un cuerpecito tan pequeño? Señor de los señores, á quien todo obedece, ¿cómo te sujetas ahora á la última de tus siervas? ¡Oh Santo de los santos! ¿cómo te muestras en traje de pecador? ¡Oh Dios omnipotente, á cuya mirada se estremecen las cumbres de los cielos! ¿Eres ahora tierno niño y tan débil que no puedes tenerte en pie? ¡Oh infinita Sabiduría, oh Palabra eterna de Dios! ¿Cómo te has reducido á tan humilde silencio? ¡Oh profundidad de los consejos divinos! ¡Oh exceso incomprensible de bondad, dulzura, amor y misericordia! ¿Qué entendimiento no quedará abismado y perdido en la inmensidad de tantas maravillas?»

Todo esto lo decia la Señora con un fuego tan celestial que parecia que el corazon se le saliese por los labios, y lo que á estos no era dable expresar, significábanlo sus ojos con elocuentes lágrimas de ternura. Y luego callaba como para recojerse á una meditacion profunda; pero el divino Infante acariciándola de nuevo la despertaba de aquella especie de sueño misterioso, y con sus ojos lindísimos, y su carita risueña solicitábala á seguir solazándole con la melodia de su voz, que

le enamoraba y deleitaba mas que toda la música de los ángeles; y ella proseguia diciendo: ¡oh Rey de los reyes, oh Señor de los señores, oh supremo monarca del mundo, cuán elevados sobre la humana sabiduria son los caminos de tu Providencia!

Los reyes de la tierra nacen de una reina poderosa, y tú, Emperador del cielo y de la tierra, has querido nacer de una pobre doncella, esposa de un carpintero: nacen regularmente los reyes en la capital de su imperio; y tú has escogido una aldeilla: al nacer se recibe á los reyes en un palacio magnífico; y tú eres recibido en un establo: á los reyes en el momento que nacen se les pone en cunas no menos blandas y regaladas que ricas y suntuosas; y tú, gran Rey de los reyes, tienes por cuna un pesebre y un poco de paja y heno: á los reyes al ver la primera luz del dia rodea una pomposa corte compuesta de los señores y príncipes del reino; y á tí, gran Rey del cielo, no te acompañan en tu nacimiento mas que dos animales, un buey y un asno, ni tienes á tu servicio mas que tu Madre y José. ¡Oh majestad humillada! ¡Oh niño, cuánto, cuánto hay que admirar en tus humillaciones!....

Pero algun dia se verá postrarse á sns pies

á aquellos poderosos reyes de la tierra, se les verá venir á adorar tu infancia; aquellos hijos de emperatrices que nazcan en sus palacios y en sus grandes ciudades, rodeados de una corte brillante y numerosa, recibidos en la púrpura, en la opulencia y en la grandeza, vendrán algun dia á tus divinas plantas á confesar que su majestad es baja condicion de esclavos comparada con la tuya; que sus palacios suntuosos son viles chozas cotejados con el establo en que naces; que sus muebles preciosos, sus muelles y magníficos lechos, y su corte tan numerosa, tan augusta y tan noble son bajeza y miseria en parangon de las grandezas que acompañan tu nacimiento. No, no será posible considerarle sin admirarle; solo él será venerado por todas las generaciones: solo él vivirá eternamente en la memoria de los ángeles: solo él será celebrado con admirable magnificencia todos los años y en toda la Iglesia, y por todos los siglos. ¡Oh divino Infante! ¿Cómo podria ser esto, si verdaderamente no fueras un Dios todo poderoso?

¡Hermoso niño recien nacido! Tú eres el omnipotente Dios mio, único hijo mio, fruto bendito de mis entrañas, tú eres mi Dios, eres el Criador de todos los seres. Sí, tú mismo en persona, eres mi hijo, mi propio hijo, salido ahora,

ahora mismo de mi seno, tú eres mi padre, mi señor, mi criador, mi Dios, el Dios omnipotente que adoro.» Al decir esto volvia á postrarse á sus celestiales plantas toda derretida en dulzura, toda abismada en un profundo respeto, y toda lánguida de amor, é inclinándose devotamente le repetia: «Yo te adoro, majestad infinita de mi Dios, que por mi amor y por el de toda la naturaleza humana te has dignado reducirte á tan pobre estado.»

Luego alzando algun tanto los ojos para contemplar el hechicero rostro de su niño, entraba en un éxtasis de júbilo. ¡Oh rostro divino todo lleno de gracias! ¡Oh belleza que los ángeles del cielo desean remirar continuamente hartos siempre y siempre hambrientos de verte! Te admiro, te adoro, te ofrezco todos los ardores de mi corazon! ¡Oh Dios de amor!» Quién nos diria lo que pasaba entretanto en lo interior del Hijo y de la Madre? En aquella tierna Madre, inclinada sobre el bellísimo cuerpecito de su divino Infante, parecia que todo hablaba; su lengua, sus ojos, sus manos, su rostro, todo parecia animado por un mismo anhelo. El niño por su parte le manifestaba un vehemente deseo de irse á sus brazos á gozar la dulzura de la leche de sus virginales pechos.

Descubren los santos Padres tantas maravillas en el privilegio que tuvo Maria de alimentar con su leche al niño Jesus, que no tienen dificultad en compararlo al de su prodigiosa maternidad, teniendo ambos tanta conexion que la misma sangre, que en un principio fue la materia de su adorable cuerpo, vino á ser despues la leche que conservó y acreció su vida humana; y son tan semejantes que cuando se habla del divino Infante en el seno de su Madre, puede entenderse ó sus purísimas entrañas que le formaron, ó sus virginales pechos que la dicha tuvieron de lactarle.

Aquellas eran veneradas por los ángeles como santuario de Dios; estos son admirados por el celestial Esposo como el objeto de sus divinas complacencias, diciendo en el cantar de los cantares: *Quam pulchræ sunt mammæ tuæ! cant.* 4, *v.* 10. ¡Oh cuán bellos son tus pechos, hermana mia, esposa mia! Hermosos eran sus pechos á los ojos de Dios (segun uno de los mas devotos expositores del sagrado cántico), al ver que su Hijo estaba pendiente de ellos, gustando el néctar puro de una virgen madre que se le daba con inefable delicia. Si es un Dios el que con ella se alimenta, es muy justo que sea virginal esta dichosa leche. Sabiduría

del mundo, si lo negares, te mostrarás insensata y despreciable.

¡Cuál no seria el gozo espiritual de la Virgen y qué inmensidad de divino consuelo inundaria su alma cuando tenia en sus brazos y estrechaba á su seno al Hijo del Dios vivo, al Criador del mundo, al que es el regocijo de los ángeles y la felicidad del universo, al que es su amado tesoro, su delicia y su todo! Si los reyes magos, solo por verle y adorarle en el pesebre, rebosaron en tan indecible alegria que no pudo expresarla el Evangelio sino aglomerando muchas palabras que significan lo mismo: *Gavisi sunt gaudio magno valde.* ¡Qué gloria la de la Madre que siempre le poseia, continuamente le veía y tenia el privilegio envidiado por los ángeles de besar su adorabilísimo rostro, y de estrechárselo con tal frecuencia á su abrasado corazon! ¡Ah! ¿Qué decia y qué hacia aquel encendido corazon? Si no espiró de gozo fue porque le sostuvo la diestra del Excelso.

¿Qué haceis, Virgen Santísima, qué haceis? Doy mi leche al que me ha dado el ser: le doy la leche que se convierte en su carne, la leche que se convierte en sangre de sus venas: esta carne que yo le doy, padecerá los tormentos de su pasion y esta sangre que yo le suministro, se derramará

en la cruz por la salud de los pecadores. — Señora, segun eso, ¿seréis vos quien pagueis sus deudas, y sereis por consiguiente su salvador? —No, nunca seré yo su salvador, sino quien á su verdadero Salvador da la carne y la sangre con que los salva; y por tanto es indudable que tengo una gran parte en la salvacion. Asi podrá decirse con entera verdad que él ha salvado por mí á todos los pecadores, y que yo los he salvado por él. Tambien podrá decirse que yo soy por él, y él por mí, quien alimenta con la santísima Eucaristia á los verdaderos hijos de la Iglesia; pues si de mí no hubiese recibido su cuerpo y su sangre, no los daria en comida y bebida. Y recibiendo el mismo cuerpo y sangre que yo le dí para ellos, puede muy bien decirse que cuando comulgan estan como colgados de mis virginales pechos, saboreándose con la exquisita leche que destilan.

¡Ah! no separemos nunca al Hijo de la Madre, ni á la Madre del Hijo en la grande obra de nuestra salvacion: si separamos al Hijo de la Madre, y le consideramos como si nada tuviese de ella, no tendremos ni Salvador ni Redentor que pague con su preciosa sangre las deudas de nuestros pecados, porque no habrá una madre que con la leche de sus virginales pechos le suministre el

precio de nuestro rescate: lo que de ella recibe por la boca, algun dia nos volverán sus llagas, siendo tal la conexion de los pechos de Maria con las llagas de Jesus, que aquellos y estas son los ricos manantiales de nuestra eterna salud.

Aliéntate, hombre, exclama un Padre de la Iglesia, acércate confiadamente al trono de Dios, aunque seas culpable, pues tienes tan poderosos medianeros, al Hijo para con el Padre, y la Madre para con el Hijo; el Hijo muestra al Padre su costado abierto con la lanza, y la Madre muestra al Hijo su dulcísimo seno y los pechos que le lactaron: él y ella claman en tu favor con las voces de su sangre y de su leche, salidas de lo íntimo de sus compasivos corazones. ¿Negará el Hijo á la Madre lo que para tí le pida? ¿Negará el Padre á su Hijo lo que le pida en beneficio tuyo? ¿Pues cómo será posible que seas desechado? Y si aun lo temes, mezcla tus propias lágrimas á la sangre de Jesus y á la leche de Maria, y ten por cierto que alcanzarás misericordia.

San Bernardo tuvo el consuelo de verse entre Jesucristo crucificado, que derramaba de sus llagas los torrentes de su sangre divina, y Maria que de sus pechos sacratísimos destilaba el precioso néctar de su leche: uno y otro objeto le enamo-

precio de nuestro rescate: lo que de ella recibe por la boca, algun dia nos volverán sus llagas, siendo tal la conexion de los pechos de Maria con las llagas de Jesus, que aquellos y estas son los ricos manantiales de nuestra eterna salud.

Aliéntate, hombre, exclama un Padre de la Iglesia, acércate confiadamente al trono de Díos, aunque seas culpable, pues tienes tan poderosos medianeros, al Hijo para con el Padre, y la Madre para con el Hijo; el Hijo muestra al Padre su costado abierto con la lanza, y la Madre muestra al Hijo su dulcísimo seno y los pechos que le lactaron: él y ella claman en tu favor con las voces de su sangre y de su leche, salidas de lo íntimo de sus compasivos corazones. ¿Negará el Hijo á la Madre lo que para tí le pida? ¿Negará el Padre á su Hijo lo que le pida en beneficio tuyo? ¿Pues cómo será posible que seas desechado? Y si aun lo temes, mezcla tus propias lágrimas á la sangre de Jesus y á la leche de Maria, y ten por cierto que alcanzarás misericordia.

San Bernardo tuvo el consuelo de verse entre Jesucristo crucificado, que derramaba de sus llagas los torrentes de su sangre divina, y Maria que de sus pechos sacratísimos destilaba el precioso néctar de su leche: uno y otro objeto le enamo-

raba, uno y otro le robaba el corazon. ¿A dónde me volveré? decia. Por un lado me asegura la vida eterna esta sangre adorable, por el otro una leche virginal me hace gustar las dulzuras de un celestial maná. ¡Oh cuán adorables son ambas! ¡Oh cuán amables me parecen ambas! Véome suspenso entre una y otra, y no sé á cuál volverme. *Hinc pascor à vulnere; illinc lactor ab ubere: quo me vertam, nescio.*

CAPITULO XX.

Es de fé que esta Mádre virgen ha sido siempre purísima, y que su único Hijo fue la misma pureza, por lo cual ni el Hijo ni la Madre tenian necesidad de purificarse; pero Dios habia dado á los judios una ley que á todas las madres obligaba á tres cosas. 1.ª A presentarse en el templo á los cuarenta dias de dar á luz un hijo. 2.ª A ofrecer á Dios dos tórtolas ó dos palomas en sacrificio, á fin de purificarse con este acto de religion. 3.ª A ofrecer su hijo al Señor como un don que de él habian recibido.

Es indudable que ni el Hijo ni la Madre ha-

bian menester de la purificacion, pues nada tenian de impuro; pero quisieron observar la ley para dar ejemplo á todo Israel, principiar la obra de la salud del mundo, y practicar las esclarecidas virtudes de la obediencia, la humildad, la adoracion suprema á Dios, el sacrificio, la oracion, la devocion y otros muchos actos de la virtud de la religion, y porque espirando en aquel tiempo la ley antigua, y viniendo el mismo Dios á abolirla, parecia justo que la sepultase honrosamente en su persona.

Tres razones obligaban á todas las otras madres á la observancia de la ley, y las mismas manifiestan la exencion de Maria. Era la primera el pecado de nuestros primeros padres; y esta misma la exceptua claramente, pues no ha tenido parte alguna en el pecado de origen, y por consecuencia no es merecedora de su castigo como las otras mujeres. Cuando el Altísimo dijo á Eva: tú serás madre con muchas incomodidades y al fin parirás con dolor, no lo dijo por la Madre admirable que concibió á su único Hijo como en el esplendor de los santos, abismada en un océano de gracia, y por obra del Espíritu Santo le llevó en su castísimo seno sin la mas leve incomodidad, y á los nueve meses le di ó á luz, no solo sin dolo-

res, sino antes bien con divino alborozo, conservando siempre intacta su vírginal pureza, antes del parto, en el parto y despues del parto, y lo que es muy digno de tal Madre y de tal Hijo, sin que en aquella ocasion se viese la mas mínima inmundicia, pues su adorable Hijo salió de sus entrañas mas puro que el rayo al desprenderse del sol. No estaba, pues, obligada á la ley de la purificacion, ni á permanecer lejos del templo como inmunda, ni á ofrecer á Dios el sacrificio de expiacion por el pecado.

La segunda razon que sometia á todas las madres á la ley era el que sus hijos fuesen pecadores. Por consiguiente lo contrario formaba la gloriosa excepcion de Maria. ¿Pues quién se atreveria á decir que concibió en pecado al divino Jesus? ¿No era Dios, no era el santo de los santos, no era el cordero de Dios que quita los pecados del mundo? ¿Quién se atrevería á decir que la Virgen produjo á un enemigo de Dios, á un objeto de su odio? ¿No es él la delicia del Padre y el objeto de su divina complacencia? ¿Quién se atreveria á decir que hubiese quedado inmunda por haber producido al Dios de la pureza, ó que estuviera obligada á ir á purificarse al templo la que era templo vivo de Dios?

La tercera razon que obligaba á todas las madres á la observancia de esta ley, era el dejar de ser vírgenes al recibir el título de madres. Claro es que esta ley exceptuaba á la Santísima Virgen al obligar á todas las otras, pues por ser madre no dejó de ser virgen, porque recibiendo del Espíritu Santo, y no de un hombre, la fecundidad, nada perdió de su integridad perfecta, antes por el contrario la aumentó y perfeccionó como, segun las palabras de San Agustin, canta la Iglesia en alabanza suya: *Matris integritatem non minuit sed sacravit. August. serm. 24 de tempore.*

Queda demostrado que esta ley no la obligaba, pero Maria cumplió con ella por haberse impuesto la misma Señora otra ley muy diversa, cual es la del buen ejemplo, pues jamás habria consentido en dar la mas mínima ocasion de que el prójimo se escandalizára con su conducta. ¿Y quién duda que habria causado escándalo verla dispensarse de una ley, que con tanta puntualidad observaban todas las demas mujeres? ¿Qué no se hubiera dicho de la omision de una práctica tan santa, ignorándose las razones que para ello tenia la Reina de la santidad? Y no solo por evitar el escándalo, sino tambien porque estaba obligada, como todos lo estamos, á dar buen ejemplo á sus prójimos.

Movióla tambien á ello la virtud de la obediencia, no contentándose con el cumplimiento de sus deberes, y haciendo mucho mas de lo que debia, y asi no solo fue tan puntual en las cosas de su obligacion, sino tambien en las que no lo eran por abundancia de buena voluntad y acrecentamiento de fidelidad.

Impelíala por último el deseo de practicar las mas heróicas virtudes, y en toda su perfeccion. Llegó á lo sumo en aquella ocasion su humildad incomparable, pues sacrificó toda su gloria y hasta la de su Hijo, poniéndose en el órden de las mujeres que necesitaban purificarse, como si no fuese una madre-virgen, y á su Hijo en la esfera de los pecadores, como si no fuera Dios.

Exponiendo San Agustin aquellas palabras del salmo 18: *In sole posuit tabernaculum suum*; puso en el sol su tabernáculo, por este sol entiende la humildad de Nuestra Señora, en la cual el Dios-Hombre se ha sentado como en el trono de su gloria; pues asi como el sol eclipsa con su presencia á los demas astros á fin de campear solo, y ni aun consiente que le miremos, puesto que se esconde tanto en su propia luz que no hay quien le mire de frente, asi la verdadera humildad encubre las demas virtudes, oculta las per-

fecciones de un alma, y luego hace todo lo posible por esconderse á sí misma.

¿A dónde estan en el misterio de su purificacion las sobrehumanas grandezas de Maria? No se trasluce ni sombra de tanta gloria, está escondida bajo el velo de su humildad. ¿A dónde está la honra de haber concebido por obra del Espíritu Santo, la de haber parido sin dolor y sin la menor impureza? ¿A dónde la de ser madre de un Dios? Es su humildad el sol que eclipsa todos estos brillantísimos astros del firmamento. ¿Y osténtase por ventura esta humildad tan profunda, tan esplendorosa y admirable? No aparece, porque se emplea en una accion ordinaria, comun á todas las mujeres, y en la cual nadie á primera vista sospecha que se encierre un acto heróico de esta virtud sublime.

Aunque no se hizo para ella la ley de la purificacion, sin embargo estaba la Señora muy obligada á presentarse en el templo para dar gracias á Dios como las otras madres por el incomparable beneficio de su fecundidad. San Pablo nos advierte que toda paternidad viene de Dios como de su principio, que tiene esta gracia guardada en sus tesoros para concederla á quien le place; y por esto en todos tiempos han ido las madres á

presentarse al templo con el fin de dar gracias á Dios por el beneficio de su fecundidad. Por lo cual, aunque Maria no tuviese mas motivo que ser madre, estaba como las otras obligada á esta santa ceremonia.

Si consideramos que es madre del Verbo encarnado, deduciremos al momento que ella sola debia al Todopoderoso mas que todas las otras madres juntas, y por consiguiente estaba mas obligada á darle gracias por haberla honrado y distinguido con una fecundidad tan rica y prodigiosa. Pero no comparemos sus obligaciones por su divina fecundidad con las de todas las otras madres juntas; menester seria compararlas con las que Dios mismo tendria si por caso imposible debiese á algun otro su divina fecundidad; pero esto es un absurdo; toda la obligacion recae sobre la Madre de Jesus, que no teniendo este poder por sí misma, lo recibió del Altísimo por una gracia enteramente gratuita. ¡Y qué beneficio tan excelso, ó Dios de amor! ¡Ser por gracia madre del mismo Hijo, de quien Dios es padre por su divina naturaleza!

¡Ah! ¡cuáles serian por tan imponderable beneficio los sentimientos de su corazon! ¡Cuán obligada se creeria á ir al templo de Jerusalen á

dar infinitas gracias á su amoroso Bienhechor!..... ¿Y cómo podia darselas debidamente si no ofreciéndole el mismo tesoro infinito que recibió de él? Llévale por tanto en sus brazos y le entrega al buen anciano Simeon para que le ofrezca á Dios en nombre de la naturaleza humana, y principalmente en el de su Madre. ¡Oh cuánto desearía que todas las criaturas se volviesen lenguas y corazones para dar gracias á Dios por ella! Ni podemos nosotros hacer cosa que le sea mas grata que ayudarle á dar gracias al soberano Autor de todo bien.

Otro de los motivos que la impelian á cumplir con esta ley, era la gloria de Dios, pues le honraba infinitamente con presentarle á su Hijo. Los teólogos consideran en Dios dos especies de gloria: una que llaman interior, y consiste en su propia divinidad; y otra que denominan exterior, la cual está cifrada en las alabanzas y suprema adoracion que sus criaturas le tributan. Una y otra gloria hallabase encerrada en aquel divino Infante, que presentára la Doncellita-madre: la gloria interna, porque es verdaderamente Dios, poseyendo todas las infinitas grandezas de Dios; y la gloria externa, porque las criaturas solo por él glorifican dignamente á la augustísima Trinidad.

• ¡Oh Virgen santa! ¿Quién dirá el precio de las riquezas que en las manos teneis? ¿Quién comprenderá la alteza y dignidad del sacrificio que vais á ofrecer en el templo? Vais á presentarle á Dios el homenaje de toda su gloria interior y exterior, porque le presentais un Dios que le es igual en todo, despues de haberle hecho inferior suyo, dándole el ser de hombre. Infinita es la gloria que recibe al verle en vuestros benditos brazos como en altar de suavísima fragancia. No solo vais á ofrecerle toda su gloria interna, sino tambien toda la externa, porque toda está encerrada en vuestro amado Hijo, como en su principio. Recorred con el pensamiento todos los tiempos desde la creacion del mundo hasta el fin de los siglos: recorred todos los lugares desde el polo ártico hasta el antártico: contemplad la innumerable muchedumbre de las generaciones humanas: considerad todas sus obras buenas, y en especial todas las prácticas de la virtud de la religion que tiene por objeto el supremo culto debido á solo Dios, y por último, todo cuanto hiciere la tierra por agradar á su Hacedor; y en todo esto vereis que nada le ha agradado, ó tributádole la mas mínima gloria, sino por Jesucristo vuestro único hijo.

Hé aqui la importancia del sacrificio que vais

á hacer en el templo: vos sola vais á llenar las obligaciones de todos los seres y en particular las de toda la naturaleza humana: esta debia infinitamente á Dios; cierto es que el cielo nos ha enviado su tesoro para satisfacer nuestras deudas; pero vos sois la depositaria de todo nuestro bien; ni nos es dable pagar á Dios sino por vuestro medio. El Señor está esperando que le deis en su templo esta satisfaccion de incalculable valor.

En tercer lugar, la movieron á esta accion generosa los intereses de los pobres pecadores, que le estaban confiados. Consideremos donde vá, miremos lo que hace, observemos sus pasos: vá al templo, lugar destinado para el sacrificio: lleva á un Dios pasible y mortal que el mundo espera desde la creacion como á preciosa víctima, única que puede reconciliarle con su Juez indignado; la pone en manos del sacerdote Simeon. ¿Y qué hará una víctima en manos del sacrificador si no ser sacrificada? Pero aun no es llegado el tiempo, no es este el sitio del sacrificio cruento. Veo sin embargo una cruz, veo los brazos de la Santísima Virgen extendidos y levantados para presentar su víctima: *Extendens enim sanctas ulnas Dominum portavit*: veo al amor divino hacer el oficio de sacrificador, hiriendo con un mismo golpe mor-

tal los corazones del Hijo y de la Madre. *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.*

Mandábase en la ley que los primogénitos de los animales se consagrasen al Señor y se le sacrificasen en su templo, y que los primogénitos de los hombres, en vez de ser sacrificados, fuesen rescatados por sus padres; segun esta ley la Virgen inmaculada, despues de haber presentado al Eterno á su primogénito, le rescató viniendo á ser de esta suerte la redentora del que habia de redimirnos con los raudales de su sangre; y dió por él dos tortolillas y algunas moneditas de plata, queriendo valer tan poco el Rey de reyes y dueño del universo á fin de que ningun pobre perdiese la esperanza de poseerle.

CAPITULO XXI.

Tenia la Virgen Nuestra Señora para con Jesus tres relaciones de todo punto particulares. Considerábale como á su hijo y le amaba con un amor natural: como amante suya le amaba con un amor sobrenatural, como á su Dios amábale con un amor infuso y enteramente divino. Y lo mas notable es que estas tres suertes de amores formaban en ella un mismo y único amor, que podia en algun modo llamarse amor trino y uno, componiendo todos tres un solo vínculo indisoluble. *Funiculus triplex difficile rumpitur. Eccl.* 4, *v.* 12. Mas aunque consideremos estos

tres amores como uno solo en el corazon de Maria, no dejaremos sin embargo de distinguirlos, considerándolos sucesivamente para ver mejor su extraordinaria hermosura y admirar el imperio que ejercieron en su maternal corazon. Principiemos por el amor natural.

Distínguese el de la Virgen del amor de las otras madres en que ella es en realidad madre de un Hombre-Dios: en calidad de madre natural de un hombre, su amor natural le es comun con todas las otras madres, aunque muchísimo mas perfecto; pero en calidad de madre del Hijo de Dios su amor natural de madre le es comun con el de Dios Padre, pues está fundado en la divina maternidad, que todos los santos Padres llaman atrevidamente una admirable participacion de la fecundidad de Dios: enseñándonos la fé que el Eterno Padre y la Madre Virgen tienen un solo y un mismo Hijo que les es comun, podemos tambien decir que uno y otro tienen un mismo amor para con el hijo que les es comun. ¡Oh amor natural de la Madre de Dios, cuán divino eres! ¡Cuán superior al de todas las otras madres!

Si cotejamos el de estas con el de la Madre de Jesus, será notabilísima la diferencia que hallemos entre ambos. El de aquellas adolece por lo

regular de algunas imperfecciones; en el de Maria no se hallan: el de aquellas suele estar dividido entre varios hijos, y por lo mismo toca menos á cada uno de estos; en el de Maria no hay divisiones; á solo Jesus pertenece por entero, y un amor indiviso es sin comparacion alguna mas ardiente, mas constante y perfecto. Las otras madres, aunque solo tengan un hijo, tan solo por mitad pueden llamarse la fuente de su ser, y por tanto la naturaleza ha distribuido entre ellas y los padres el amor natural, que por ordenacion de la bondadosa Providencia es el mas dulce patrimonio de los hijos. Solo Maria era el padre y la madre de su Hijo, no habiendo concurrido ninguna otra persona á darle el ser humano; luego ella sola era deudora y ella sola pagaba á aquel divino Verbo humanado todo el amor natural de que es tan digno.

Las otras madres tienen muchas razones para que en ellas se entibie el amor natural á sus hijos, porque unos son defectuosos en el cuerpo, otros son de muy escaso talento, otros de mala índole y perversas inclinaciones; unos son desobedientes, otros se muestran ingratos á los beneficios que de ellas han recibido, despues que mucho las hicieron padecer cuando los llevaban en su vientre, y cuando los daban á luz, y cuando los

lactaban, y cuando los educaban y alimentaban con el trabajo de sus manos y con el sudor de su rostro. Para la Madre de Jesus no habia cosa que no acreciese su amor, que no le inflamase y elevase hasta lo infinito.

Si es amable la hermosura del cuerpo, y si tiene un grande atractivo para todas las madres, el Hijo de la Virgen era el mas hermoso de los nacidos. *Speciosus forma præ filiis hominum. Ps.* 44. Si la belleza del alma hace amable al hombre mas que la del cuerpo, el alma del Hijo de la Virgen era la primera y la mas perfecta de todas las almas de los hijos de Adan. Si el respeto y la obediencia concilian á los hijos el amor de sus padres, jamás se ha visto ni respeto mas profundo, ni mas fiel y puntual obediencia que la de este Hijo divino. *Et erat subditus illis.* Si la gratitud á los beneficios recibidos hace mas amable al hijo que la demuestra; opinan algunos Santos Padres que Jesus hizo á Maria madre de todo su cuerpo místico en reconocimiento del cuerpo natural que ella le diera, es decir, que la hizo señora y soberana de todos sus escogidos en recompensa de la sangre que le dió para redimirlos.

Un hijo en suma mas amable que todos los hijos de todas las madres juntas; un hijo rey de

reyes y señor de señores; un hijo adorado por los ángeles, temido por los demonios é infinitamente amado por su divino Padre. ¡Ah! ¿Cómo seria posible comprender la grandeza y perfeccion del amor que le tenia? Este amor vehementísimo la obligó á seguirle siempre, por do quiera y en todo.

¡Ay! vióle siempre entre cruces y dolores, y alli fue donde le manifestó de un modo mas expresivo la fuerza y la ternura de su amor. En la cruz le ve comenzar su vida, en la cruz le ve pasarla, en la cruz exhalarla, entendiéndose por cruz toda especie de dolores y acerbos padecimientos: apenas nace, y ya le lleva á presentarle en el templo como á una víctima, y porque esta Madre dolorosa extiende y alza los brazos para ofrecerle á la divina justicia, bien puede decirse con San Epifanio que ella es la cruz primera en la cual se sacrifica el verdadero Isaac.

Toda su vida le ve padecer contínuamente una cruz interna por el agudo dolor que le causan los innumerables pecados, con los cuales hacen los hombres una injuria infinita á la majestad de Dios; le ve padecer por el ardiente deseo de morir por ellos, no menos que por el ansia de reparar la gloria de su divino Padre. Por último

le ve morir en cruz en medio de los dolores é ignominias del mas cruel suplicio. A todas partes le sigue el amor de la Madre ansioso y hambriento de participar de todas sus cruces. ¡De cuán asombroso heroismo la reviste su amor! ¡Cuán amargos sacrificios le impone!

La ignominia de ser madre de un ajusticiado, padecer agudísimos dolores, ver morir á su hijo á manos de verdugos con una muerte cruelísima é infame; hé aqui lo que ha ganado con ser madre de Dios; pero su amor es infinito y esto le basta: su amor en verdad es su mayor tormento, y al propio tiempo su mas dulce consuelo, pues para ella no hay delicia como verse semejante en un todo al objeto adorado de su amor. Asi es que su amor natural la obliga á seguir incesantemente á su hijo, á su amado Jesus. ¿Y qué diremos de su amor sobrenatural? ¡Oh madres! Ahora os llamo á aprender cómo habeis de amar á vuestros hijos.

Hagan las madres todos los esfuerzos posibles por sublimar el amor que tienen á sus hijos; trabajen cuanto quieran, porque no sea natural sino racional; y no solo racional sino cristiano; y no solo cristiano sino perfecto; regulándole universalmente, segun la divina voluntad, será sin em-

bargo cierto que en él le cabe á la naturaleza una parte tan considerable que su amor jamás podrá llamarse absolutamente sobrenatural. Solo Maria tiene derecho para gloriarse de que el inmaculado fuego con que ama á su santísimo Hijo, es completamente divino y sobrenatural.

El amor sobrenatural es la caridad que Dios derrama en nuestras almas por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado, segun las palabras del grande apóstol: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis. Rom.* 5, *v.* 5.

Sentado pues que del Espíritu Santo recibe el alma el precioso tesoro de la caridad, síguese que á medida que él por mas tiempo habite y obre con mayor libertad, recibirá mas abundantemente el tesoro de su divina caridad. Ahora bien, es positivo que ninguna otra pura criatura estuvo ni estará jamás tan llena del Espíritu Santo como Maria; luego ninguna otra le ha igualado en esta especie de amor.

Leed y meditad las palabras del sagrado Evangelio. Despues que el ángel la hubo saludado como llena de gracia, añadió que aun sobrevendria en ella el Espíritu Santo y que la virtud del Altísimo haria de ella como una sombra suya, y

como una representacion de su augusta Majestad: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbravit tibi. Luc.* 1, *v*, 35. Ved como el Espíritu Santo viene á ella dos veces: la primera para llenarla de la gracia santificante, la cual jamás se comunica sin él: la segunda para llenarla de otra suerte de gracia sin comparacion mas excelente; y esta es la de su divina maternidad, gracia incomparable que con tanta perfeccion hace de esta Madre una sombra, una imágen, y si decirse pudiera, una copia de la Divinidad, que por ella viene á ser la verdadera madre del mismo Hijo, que tiene á Dios por padre, con solo la diferencia de que él es su padre por naturaleza y ella es su madre por gracia. ¡Oh Dios, qué prodigio de gracia!

Gracia en cuya posesion entra y cuyo fruto percibe por medio de la misma persona del Espíritu Santo, que es el amor infinito, el amor personal y sustancial de Dios; ¿pues cómo concebir la abundancia de gracia y de amor sobrenatural que el Altisimo comunicó á la que entregaba su propio Hijo, y á su Santo Espíritu para que con ella fuese el principio de su ser humano?

Regla general es y recibida comunmente por los Santos Padres, y muy conforme á la razon

que todos los privilegios, gracias, prerogativas y perfecciones, que el Señor ha dispensado á alguno de los santos, los cuales no son otra cosa que fieles siervos suyos, no solo no las ha negado á su querida Madre, sino que se les ha conferido con muchísima mas abundancia que á todos ellos; ¿pues cómo no habia de enriquecer tal Hijo á su Madre amabilísima mucho mas que á todos sus siervos?

Vemos que tan liberal fue con muchos santos de aquel oro purísimo del fuego de su divino amor, que los tenia tan ardorosos y enajenados que no pensaban mas que en Dios, ni respiraban otra cosa que Dios. ¿Pues cuál seria el incendio del corazon de Maria? Solo aquellas vehementes y patéticas expresiones, aquella lánguida ternura, aquellos afectos incomparables, aquellos éxtasis, aquellos desmayos, aquel santo frenesí de amor divino con que el Espíritu de sabiduria nos le dejó bosquejado en el cántico de los cánticos, pueden darnos alguna idea de su elevadísimo vuelo y celestiales ardores.

El amor adquirido no es mas en su principio que el amor sobrenatural que el Espíritu Santo nos infunde; pero como está en nuestra mano aumentarle con el buen uso que de él hagamos, llá-

mase amor adquirido, en el concepto de que es el presente galardon con que el Todopoderoso corona siempre el mérito de las buenas obras. Ninguna hacemos, que actualmente no la pague con un nuevo grado de amor añadido al que ya poseiamos en recompensa de nuestra buena obra, por lo cual le llamamos amor adquirido, aunque solo nos sea dable adquirir su acrecentamiento, pues el primer grado del amor divino jamás somos capaces de conseguirle por nosotros mismos. ¡Oh qué idea tan consolatoria la de poder aumentar el precioso tesoro del divino amor en nuestras almas, y esto todos los dias y todas las horas del dia, y en todos los instantes de la vida! ¡Qué consuelo tan dulce y tan íntimo! En efecto, el que es la misma verdad nos asegura en el Evangelio que un vaso de agua con que á su nombre socorramos á un mendigo, no carece de mérito y recompensa, y aquel poco de agua aumenta en un alma el fuego del amor divino.

Partiendo de este principio indudable, ¿qué lengua era capaz de expresar, ni qué entendimiento era capaz de comprender la grandeza del amor adquirido de la Santísima Virgen? Si alguien pudiese medir con alguna exactitud la grandeza de sus buenas obras, tambien alcanzaria á medir la de su

galardon, es decir la grandeza de su amor adquirido. ¿Pero quién podrá hacerlo? ¿dónde hallar una balanza para pesar una sola de aquellas? Por ejemplo, cuando dió el ser á un Dios-Hombre, á un Salvador del humano linaje, ¿habrá quien diga cuánto mereció con esto, habiendo determinado el Excelso que esta obra tan insigne fuera libre y voluntaria á fin de que le fuese meritoria? Y bien se puede asegurar que la Señora en algun modo ha producido solo con esta las buenas obras de todos los santos, siendo verdad inconcusa que todas son consecuencias del asentimiento de Maria á la embajada del ángel de la anunciacion. Y si cada buena obra que hacemos, ó que somos causa de que se haga, tiene su premio, y este consiste en el correspondiente acrecentamiento del amor adquirido, ¡oh Dios vivo! ¿á dónde no llegará esta grandeza en la nobilísima persona de vuestra Madre? Mientras mas lo reflexionemos, mas insondable nos parecerá este abismo.

¿Y quién alcanzará, ni aun siquiera á imaginar, cuánto merecia la Emperatriz de los serafines cuando lactaba al Hijo de Dios con la leche de sus pechos virginales, y alimentaba con su propia sustancia aquel adorable cuerpo, que tanto habia de sufrir por nosotros en su pasion, y cuando llenaba

sus venas de aquella preciosa sangre, que habia de verter por nosotros en el Calvario? ¿Quién calculará el mérito de estas buenas obras? El Cardenal Halgrino compara la leche que le daba de sus castísimos pechos con toda la sangre, que los mártires han derramado por él y por la defensa de su nombre, y concluye que en realidad la Santísima Virgen mereció con su leche mas que todos los mártires con su sangre. *Mirabilis prerogativa merendi monstratur in Virgine, quæ non minus meruit fundendo lac de uberibus suis ad Filii nutrimentum quam martyres meruerunt fundendo sanguinem suum in martirio; omnium enim operum merces secundum radicem charitatis pensatur.* Y con razon; pues la sangre de los mártires se derramó en defensa de la fé, y la leche de Maria se dió por alimento á la adorable persona de Jesus, objeto de la misma fé.

Y si aun queremos formar una idea mas viva del gran tesoro de su amor adquirido, acordémonos de lo que el soberano Juez de vivos y muertos dirá á sus escogidos en el dia de su juicio: «Venid, benditos de mi Padre, venid á tomar posesion de las eternas coronas, que por su misericordia os ha preparado, y que por justicia se darán á vuestros merecimientos: tuve hambre y me dis-

teis de comer, tuve sed y me disteis de beber, desnudo estaba y me vestisteis, y peregrino me recibisteis en vuestra casa.

¿Y á quién en rigor y literalmente dirigirá estas palabras, sino á su Madre santísima? Solo ella pasó toda su vida en compañía de su amado Jesus, prestándole inmediatamente cuantos servicios y obsequios puede hacer una madre al hijo de sus entrañas, dándole siempre la casa, el vestido, la comida y todo lo demas necesario á la vida. «Ven, pues, bendita de mi Padre, ven amada de mi corazon, ven y te pondré en las sienes la primer corona de mi gloria, ven á ocupar el trono mas encumbrado de mi eterno imperio, porque tuve hambre ¿y cuántas veces no me diste de comer? tuve sed ¿y cuántas veces no me diste de beber? desnudo estaba, y me vestiste; peregrinando no tenia habitacion sobre la tierra, y recibísteme en tu casa.»

¡Ah! por mas que examinásemos y pesásemos una por una todas sus obras buenas, jamás llegaríamos á penetrar lo que mereció con ellas la diligente Madre de la divina gracia: *mater divinæ gratiæ.* Cuantas fuesen aquellas, y cuán sublimes, no es dable imaginarlo: quedaría abrumado y confuso nuestro entendimiento con semejante empe-

ño; mejor será meditar en el silencio de la oracion mental con cuanto fervor y anhelo seguia por do quiera á Jesus la enamorada Madre, á impulsos de este amor adquirido; y siendo cierto que el amor es quien dirige todos los pasos de los que tiene abrasados en su activísimo fuego; ningun alma le ha seguido tan de cerca y con pasos tan agigantados como ella, porque ninguna le ha amado tanto, por lo cual S. Epifánio la llama: *Perpetuam Jesu sectatricem.*

CAPITULO XXII.

Los teólogos distinguen entre la gracia santificante y la gratisdata, diciendo que todas las gracias que se nos dan por nuestra propia utilidad para que nos hagamos mas gratos á Dios, y nos unamos mas íntimamente con él, se llaman gracias santificantes ó gratificantes: *Gratum facientes*; por lo cual no se cuentan entre las gratis datas: y que estas son las que recibimos para trabajar en la salvacion del prógimo. A todos es necesaria para ser santos la gracia santificante, y será mas santo quien mas la posea. Pero pueden tenerse gracias gratis datas ó gratuitas, sin ser

santo; de modo que es posible tenerlas todas y ser al mismo tiempo un gran pecador y condenarse.

Prévia esta dilucidacion, es mas fácil responder á la pregunta de si Maria reunió en su persona todas las gracias gratis datas, ademas de la inmensidad de su gracia santificante. Hablando absolutamente y sin mas examen, sobran razones para afirmar que las poseyó todas de un modo mas perfecto que todos los santos, si se exceptua á nuestro divino Salvador. Baste por todas ellas la siguiente. Quien recibe gracias para emplearlas en beneficio de la salud eterna del prógimo, se cree que ha recibido gracias gratuitas; y como nadie las recibió tan abundantes en pro del humano linaje como la Santísima Virgen, pues produciéndonos al Salvador del universo, contribuyó á la salud de los mortales mas que todos los ángeles, mas que todos los patriarcas, profetas, apóstoles, confesores, doctores y mártires de la ley antigua y nueva, síguese que en mas abundancia que todos ellos poseyó las gracias gratuitas.

Mas descendamos á algunos pormenores, é indaguemos si realmente poseyó todas las gracias gratuitas, que resplandecieron en otros santos. El apóstol de las naciones en la epístola á los Corintios señala hasta nueve especies, que segun él dis-

tribuye el Espíritu Santo á diferentes personas. Unos, dice, reciben el espíritu de sabiduria, otros el espíritu de ciencia, otros el don de la fé, otros la gracia de restituir la salud á los enfermos, otros la de obrar milagros, algunos el don de profecia, otros el discernimiento de los espíritus, otros el don de lenguas, y otros la inteligencia para interpretar facilmente las Escrituras.

Santo Tomás, á quien sigue en esto la mayor parte de los teólogos, tiene por indudable que que nuestra divina Madre las tuvo todas, al menos en hábito, y que aun poseia en acto las que no repugnaban á su sexo y condicion, conviniendo al ministerio sublime á que Dios la destinaba. Fijemos la atencion en sus palabras. No debemos dudar, nos dice, que la Santísima Virgen haya recibido superabundantemente el don de sabiduría y la virtud de obrar milagros, como tambien el espíritu de profecía; sin embargo no recibió el uso de todas las gracias gratuitas, siendo este un privilegio que solo á Jesucristo pertenece: solamente ejerció las que á su condicion convenian: recibió por ejemplo el uso del don de sabiduria para sostenerse y confirmarse en sus contemplaciones sublimes, pero no tuvo facultad para emplearlo en predicar públicamente el Evangelio, por-

que no era conveniente á su sexo. Poseia la gracia de los milagros, mas no hizo uso de ella, principalmente mientras Jesus predicaba, porque convino que él solo hiciese milagros en confirmacion de su doctrina, y esto debia reservarse á los que él mismo enviaba á predicarla al pueblo como á sus apóstoles y discípulos. En efecto, ¿de dónde nace que no hizo ningun milagro el gran precursor San Juan Bautista, y que tampoco hizo ninguno la Santísima Virgen durante la vida de nuestro Señor? *Ut omnes Christo intenderent.* A fin que, responde Santo Tomás, no se dividiese entre varias personas la atencion de los pueblos, y solo para Jesucristo tuviese ojos y oidos.

Tuvo pues la Señora en altisimo grado el don de sabiduría, es decir, un sublime conocimiento de los misterios de la Divinidad y de toda la economía de la redencion del mundo, de modo que nadie profundizó tanto como ella en las virtudes divinas.

Despues de la Ascension del Señor, fue Maria el segundo sol de la Iglesia. San Ignacio mártir, San Anselmo y otros varios aseguran que instruía á los apóstoles y les revelaba muchos misterios que no comprendian. *Multa Apostolis per Mariam revelabantur. Anselm. l. de excellentia*

Virg. c. 7. De todas partes se le consultaba sobre los puntos mas dificiles, y á ella se dirigian para alcanzar la inteligencia de las palabras é intenciones del divino Maestro, como á quien perfectísimamente las sabia. Era la sapientísima y doctísima maestra de los apóstoles y de toda la Iglesia católica, como la llama San Anselmo: *Ecclesiæ et Apostolorum doctricem, et sapientissimam magistram. Idem l. de concep. Virg. c.* 27.

Aunque Maria por su sexo no tuvo autoridad para enseñar en público como los apostóles, ni para presidir como los prelados en las asambleas; sin embargo instruia y decidia mas que todos ellos privadamente. Nadie se le acercaba sin que de ella se separára mas iluminado en el conocimiento de Dios. Servíale ademas el don de sabiduría en su contínua contemplacion. Era un astro que jamás se eclipsaba, astro siempre iluminado é iluminante, que recibia incesantemente las luces del sol divino y las comunicaba al mundo con sus ejemplos y palabras.

Dice Ruperto Abad que los apóstoles la miraron siempre como á su oráculo, y que sin embargo de que estaban llenos del Espíritu Santo, consultábanla muchas veces, como si en ella hubiesen hallado un comentario vivo de todas las pa-

labras del Evangelio. Aun hoy vemos que los predicadores ejerciendo el ministerio de los apóstoles, recurren á ella como á la mas docta intérprete de los divinos oráculos, que han de exponer al pueblo, rezando el *Ave Maria* al principio de sus sermones, y haciéndola rezar á su auditorio con el mismo fin. ¡Cuántos doctores célebres, cuántos insignes predicadores no le debe la Iglesia! ¿Quién ignora el prodigio que obró con San Alberto magno, haciéndole admirable por su sabiduría? ¿Quién no sabe que hizo lo mismo con el Abad Ruperto, que cuando jóven era tan negado que nada aprendia en ciencia alguna, y luego vino á ser el asombro de su siglo? No acabariamos nunca si hubiésemos de señalar las muchas y brillantes lumbreras que ha encendido en el firmamento de la Iglesia. Dígalo San Bernardino de Sena, el cual teniendo un impedimento natural en la lengua, y tal ronquera que no le era posible predicar, llegó á ser oráculo de predicadores y brillantísimo ornamento del órden seráfico, por favor de Maria, que no solo le curó instantáneamente, sino que tambien le llenó de los raudales de luz divina, que admiramos en sus escritos.

San Buenaventura la consideraba como esas lámparas, que están ardiendo dia y noche delan-

te del Santísimo Sacramento, las cuáles nunca dejan de iluminar nuestros templos; y al modo que ellas suministran la luz cuando se trata de encender los cirios para la celebracion de los divinos misterios, asi la Virgen suministra abundancia de luces á toda la Iglesia cristiana; el Señor la tiene expresamente en su casa como antorcha de luz inextinguible para iluminar y abrasar en su purísimo fuego á sus siervos hasta la consumacion de los siglos: *Ipsa est lucerna Ecclesiæ ad hoc destinata à Deo.*

¿Qué se entiende por don de fé? ¿Es acaso la virtud teologal, que se nos dá para creer todos los misterios de la religion cristiana? No, no es esta una gracia gratuita, porque es absolutamente necesaria para la salvacion de quien la recibe. ¿Será acaso esa fé obradora de milagros, de la cual decia Jesucristo, que si la tuviésemos transportariamos con ella las montañas? No; aunque es cierto que la virtud de obrar milagros es una gracia gratuita, no es precisamente el don de fé. ¿Pues en qué consiste? Santo Tomás enseña que es un talento particular para persuadir fácilmente las verdades de la fé, el cual supone que quien la posee está firmemente persuadido de ella, y es una gracia que Dios suele derramar en los labios de los

predicadores y de la cual proveyó copiosamente á los apóstoles al enviarles á predicar el evangelio por la redondez del orbe.

No cabe duda en que Maria tuvo este don precioso en un grado mas perfecto que todos los apóstoles, pues sin hacer gran caso de la piadosa creencia de los que sostienen que convertia instantáneamente á la fé á cuantos hablaba; ¿no tenemos en el Evangelio una prueba evidente cuando alcanzó de Jesus el primer milagro en favor de los convidados á las bodas de Caná? ¿No mostró la firmeza de su fé cuando sufrió aquella aparente repulsa de su santísimo Hijo: *Quid mihi et tibi mulier*; y esto no obstante creyó firmemente que él obraria el milagro que le pedia? Mas lo que sobre todo dió á conocer que tenia el don de fé y la facilidad de insinuarla en otros, fue que apenas dijo á los sirvientes de la casa que podian esperar el milagro, é hiciesen lo que Jesus les diria, pudo hacerlo creer en el acto, aunque ellos no veian indicio alguno.

¿Y á la Reina de los santos habia de faltar el don de hacer milagros? No se extrañe la pregunta: sé que toda la Iglesia está llena de sus milagros: sé que no hay reino ni provincia en el mundo cristiano en que no haya muchas iglesias

y capillas célebres por el insumable número de milagros, que en ellas ha obrado y obra todos los dias; pero nada de esto prueba que tuviese en vida el don de hacer milagros, pues sus infinitos prodigios son posteriores á su gloriosa asuncion. La cuestion versa sobre si tuvo verdaderamente el don de hacer milagros mientras vivió sobre la tierra.

No hallamos en la sagrada Escritura ningun milagro suyo ni de San Juan Bautista, excepto el prodigio de los prodigios de ser virgen al mismo tiempo que madre y habernos dado al Salvador del mundo. Santo Tomás parece que es de opinion que no convenia que hiciese ninguno durante la vida de Nuestro Señor para que la divina omnipotencia no resplandeciera mas que en él y en los que él mismo enviaba á convertir las naciones: *Ut omnes Christo intenderent.* Pero aunque el santo no conceda que haya tenido el uso del don de hacer milagros, no niega que haya tenido este don ni que usase de él despues de la ascension del Salvador. San Juan Damasceno la llama un abismo de milagros; y Metafraste escribiendo su vida, dice que en el momento que espiró se obró al rededor de su cuerpo tal multitud de prodigios que no era posible contar.

En cuanto al punto de la cuestion, que es si hizo ó no algun milagro durante su vida, nada podemos asegurar. Algunos creen con mucha probabilidad que los hacia en la infancia de Jesus, principalmente en su viaje á Egipto cuando era necesario para el bien de su divino Infante y despues de su ascension á los cielos para confirmar la fé que los apóstoles predicaban, y afirmar la Iglesia naciente; pero todo esto no pasa de una creencia piadosa.

En cuanto al don de profecía, no puede dudarse que lo tuvo Nuestra Señora, pues toda la Iglesia ve y admira la profecia que hizo de sí misma en su cántico *Magnificat*, viendo en espíritu los honores que le tributarian los ángeles y los hombres mientras el universo exista. Esto es lo que propiamente se llama profecía, ver las cosas futuras antes que sucedan. Profetizó que todas las generaciones la llamarian dichosa en vista de su eminente dignidad de madre de Dios. *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*; los siglos pasados y el siglo presente son testigos del cumplimiento de esta célebre profecía.

Réstanos ver si igualmente tenia las otras gracias gratuitas, como el don de lenguas, la discrecion ó el discernimiento de los espíritus. Este con-

siste en una prudencia cristiana, que no está sujeta á ser engañada ni por artificios humanos, ni por la sutileza de las tentaciones, ni por las ilusiones del demonio, ni por la hipocresía de los herejes, ni por las falsas apariencias de una virtud fingida: es una luz que penetra al través del disimulo y de la mentira como el sol por la nube, y en el fondo del alma descubre las mas ocultas verdades: es una participacion de la infinita sabiduría divina, que conoce perfectamente los secretos de los corazones. Asi descubrió San Benito que no era el rey Totila aquel personaje de su corte, que por órden suya iba haciendo papel de monarca.

Siendo regla general aprobada por todos los teólogos que las gracias que Dios ha concedido á algunos de sus siervos no las ha negado á su propia Madre; bastaria decir: la gracia de la discrecion de los espíritus la han tenido algunos santos; luego infaliblemente la tuvo Nuestra Señora. Bien claramente lo mostró cuando el ángel vino á saludarla y anunciarle de parte de Dios que seria madre del Hijo del Altísimo. Otra que no tuviese la gracia del discernimiento de los espíritus, hubiera creido que era un demonio transfigurado en ángel de luz; hubiérale tenido por un tentador al oirle decir que seria madre habiendo ella

hecho voto de virginidad, que seria madre de Dios la que se reputaba por vilísima esclava; pero tenia la gracia de la discrecion de los espíritus, y en un momento de reflexion sobre las palabras de aquel embajador (*cogitabat qualis esset ista salutatio*) conoció que era un ángel del Señor; y lo que es mas, segun la opinion de algunos santos Padres, vió la esencia y la sustancia espiritual del ángel al través de los velos del cuerpo extraño con que venia encubierto aquel príncipe de la gloria. Tenia pues la Señora la gracia de la discrecion de los espíritus, y la tenia en el mas alto grado de perfeccion.

Tocante al don de lenguas, parece que no es necesario á su sexo, el cual no está ciertamente destinado á predicar ni á enseñar la fé. El mismo Santo Tomás no se ha explicado acerca de esto, ni ha decidido si tuvo ó dejó de tener el don de lenguas. Por una parte se vé en el Evangelio que habló poquísimo y no se halla ningun testimonio de que hubiese hablado mas lengua que su idioma nativo. Por otra como no debemos creer que Dios le haya negado ninguna de aquellas gracias que á otros santos ha concedido, tambien parece muy creible que la privilegiada Esposa del Espíritu Santo tuviese el don de lenguas igualmente

que los apóstoles, á lo menos en el hábito, y en cuanto á la potencia de hablar todas las lenguas como ellos si le hubiese sido necesario. Esta probabilidad que Santo Tomás y otros, que le han seguido, ven por una y otra parte, los ha mantenido en un modesto silencio sin decidir nada.

Sin embargo el celo de algunos otros como de un Alberto el grande y de un San Antonino les hizo avanzar algunos pasos mas en esta senda, y escribieron ser cosa casi segura que ella recibió el don de lenguas igualmente que los apóstoles, no solo en cuanto al hábito, sino tambien en cuanto al uso, y que esta gracia le fue necesaria en muchas ocasiones. Por ejemplo, cuando los Magos fueron desde el Oriente á adorar al niño Jesus en la cueva de Belen, ¿no era preciso que entendiese su idioma y le hablase para responderles? Cuando fue á Egipto por salvar á su divino Infante de la persecucion de Herodes, y permaneció allí por espacio de siete años, segun la opinion mas seguida, ¿por ventura no le era necesario entender y hablar el idioma de aquellos paises? Ademas ¿no es muy probable que despues de la ascension del Señor, cuando la fé cristiana empezaba á dilatarse en las regiones mas remotas, muchos viniesen de lejos á ver y á honrar á la Madre de su Dios?

¿Qué extraño es que los que la reverenciaban como á Madre del Hijo de Dios, sabedores de que aun vivia sobre la tierra y de que era un prodigio celestial, como la llamaban San Ignacio mártir y San Dionisio Areopagita; qué extraño es, repito, que muchos de los principales y de los mas espirituales viniesen de lejanos paises á recrear santamente sus ojos con la vista de este gran milagro, y á oir los oráculos de aquella boca divina? Es pues indudable que entonces le era preciso el don de lenguas para entenderles y hablarles.

Sea lo que fuere de esto, menester es no desviarse de aquella doctrina segurísima de que esta Madre admirable es el centro de todos los beneficios divinos; que habiendo Dios elegido su casto seno para depositar en él el tesoro donde están las riquezas todas *In quo sunt omnes thesauri*, puso tambien en ella el rico depósito de todas sus gracias. Admiremos pues á Maria como el gran don de los dones de Dios, debiendo hacer de ella un aprecio altísimo sobre todo lo que no es Dios. Preciso es confesar con el doctísimo Gerson que ella sola constituye una gerarquía aparte, inferior á Dios, y superior á todo lo que no es Dios.

¡Oh divina Maria! ¿qué entendimiento crea-

¿Qué extraño es que los que la reverenciaban como á Madre del Hijo de Dios, sabedores de que aun vivia sobre la tierra y de que era un prodigio celestial, como la llamaban San Ignacio mártir y San Dionisio Areopagita; qué extraño es, repito, que muchos de los principales y de los mas espirituales viniesen de lejanos paises á recrear santamente sus ojos con la vista de este gran milagro, y á oir los oráculos de aquella boca divina? Es pues indudable que entonces le era preciso el don de lenguas para entenderles y hablarles.

Sea lo que fuere de esto, menester es no desviarse de aquella doctrina segurísima de que esta Madre admirable es el centro de todos los beneficios divinos; que habiendo Dios elegido su casto seno para depositar en él el tesoro donde están las riquezas todas *In quo sunt omnes thesauri*, puso tambien en ella el rico depósito de todas sus gracias. Admiremos pues á Maria como el gran don de los dones de Dios, debiendo hacer de ella un aprecio altísimo sobre todo lo que no es Dios. Preciso es confesar con el doctísimo Gerson que ella sola constituye una gerarquía aparte, inferior á Dios, y superior á todo lo que no es Dios.

¡Oh divina Maria! ¿qué entendimiento crea-

do formará una idea cabal de vuestra grandeza? Ni aun á los querubines es dable comprenderos, y á vos misma me atreveria á preguntaros respetuosamente: ¿comprendeis bien, Señora, todas las perfecciones y grandezas de que os ha enriquecido la prodigiosa liberalidad del Altísimo? ¿No os veis obligada á admirarlas, confesando que solo Dios las conoce perfectísimamente? ¡Oh Madre de mi Dios! Aunque para amaros formasen un solo corazon todos los ángeles y hombres, ¿serian capaces de amaros cuanto mereceis? Solo Dios, Reina mia, solo Dios os ama segun vuestro merecimiento. ¡Oh Madre de misericordia, ó refugio de pecadores! ¿Cómo es posible que nos excedamos en amaros? ¿Cómo es posible que se nos tache de tener para con vos demasiado respeto ó demasiada ternura? ¿Cómo es posible que se recurra á vos demasiado y se confie demasiado en vos? ¿No sois la Madre de nuestro Salvador, aquella á quien él mismo tuvo tanto respeto y amó con tan dulce ternura? Venid, seráfico San Buenaventura, decidnos y hacednos repetir estas vuestras palabras llenas de uncion y de celo ardoroso: ¡Oh grande! ¡Oh piadosa! ¡Oh Maria dignísima de alabanza! Es imposible pronunciar vuestro nombre sin que se abrase el corazon, ni pen-

sar en vos sin que el alma de vuestros amantes rebose de alegria, ni acordarse de vos, sin que el amor de vuestro Hijo venga juntamente con vos. *Oh magna! Oh pia! Oh multum laudabilis Virgo Maria! Nec nominari potes quin accendas, nec cogitari quin recrees affectus diligentium te, tu nunquam sine dilectione tibi insita memoriæ portas ingrederis* (*Bonav. In speculo*, c. 8).

INDICE

de las materias que contiene este tomo.



Pág.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

CAPITULO XV.

CAPITULO XVI.

CAPITULO XVII.

CAPITULO XVIII.

CAPITULO XIX.

CAPITULO XX.

CAPITULO XXI.

CAPITULO XXII.